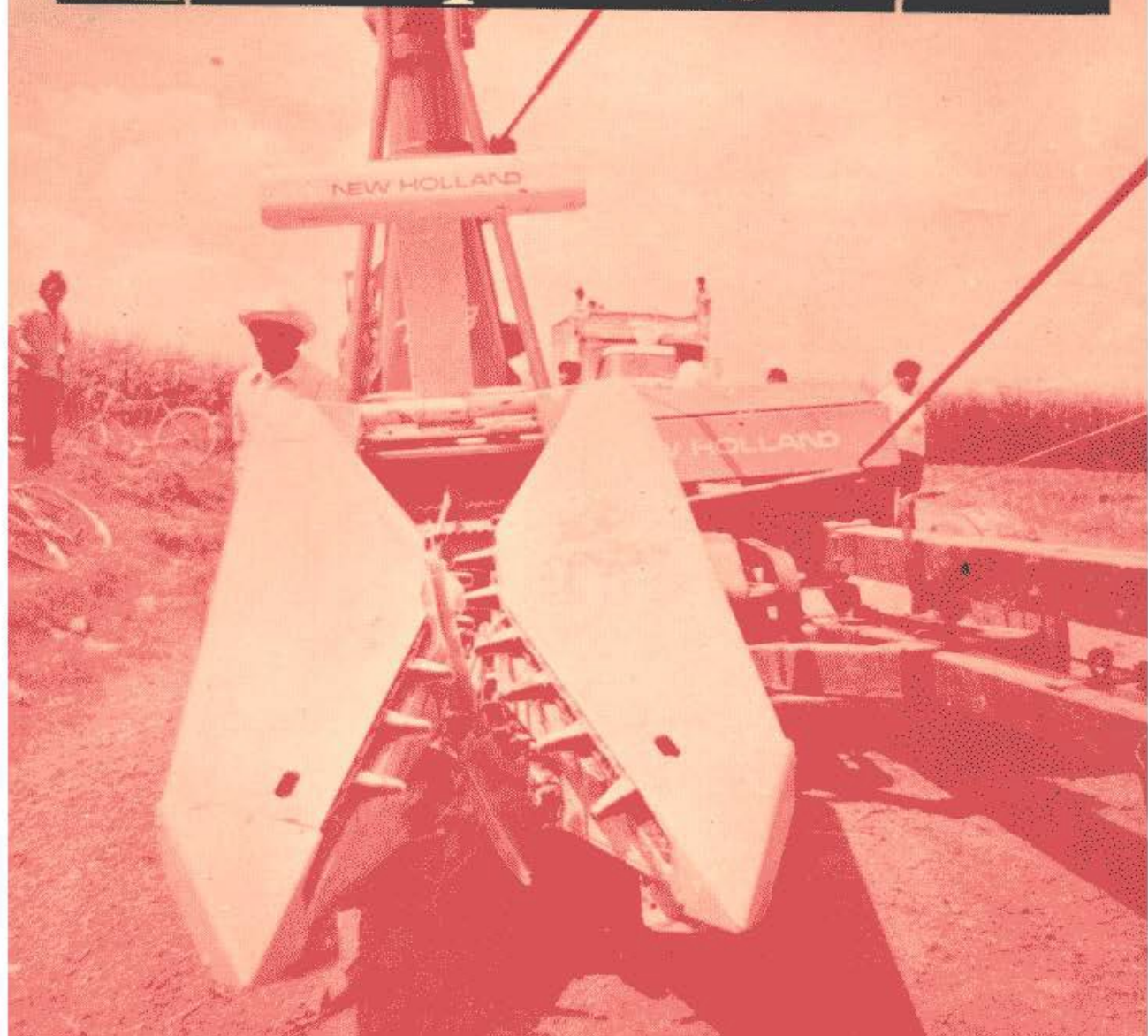


Nueva Antropología

5



ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA



NUEVA ANTROPOLOGIA

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

AÑO II, NÚM. 5 REVISTA TRIMESTRAL MÉXICO, JULIO DE 1976

SUMARIO

<i>Sección editorial</i>	3
J. Grigulevich, <i>¿Cuál es el futuro de la antropología social?</i>	7
Héctor Díaz Polanco, Laurent Guye, <i>El desarrollo del capitalismo en el Bajío</i>	29
Lourdes Arizpe, <i>Migración indígena, problemas analíticos</i>	63
Angela Gillian, <i>Clase, raza y etnicidad en Brasil y México</i>	91

POLEMICA

Eduardo Matos Moctezuma, <i>Hacia una arqueología comprometida</i>	105
Andrés Servín, <i>Observación militante en una "villa miseria"</i>	108

OPINION ESTUDIANTIL

María del Rayo Mena, <i>La coyuntura electoral de 1976</i>	119
Alberto Vargas, <i>Política agraria</i>	121

NUEVA ANTROPOLOGIA

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Dirección: Silvia Gómez Tagle.

Subdirección: Lourdes Arizpe, Héctor Díaz Polanco, Luisa Paré.

Consejo Editorial: Luis Barjau, Eckart Boege, Luis Berruecos, Magali Civera, Pierre Denis, Ludka de Gortari, Francisco Javier Guerrero, Fernando Lavin, Pedro Lewin, Elda Londoño, Andrés Medina, Jaime Riva Palacio, Mayra Rojas, Erwin Stephan Otto, Silvia Terán, Héctor Tejera, José del Val.

Asesores: Guillermo Bonfil B., Ricardo Pozas A., Javier Romero, Rodolfo Stavenhagen.

Portada: Ludka de Gortari y José del Val.

Grabados Interiores: Pablo Picasso, *Suite Vollard*, Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1956.

Revista trimestral publicada por Nueva Antropología A.C.
Reg. 720-75. Céd. Emp. 80363. Reg. Fed. Caus. NAN 750708-001.
Apartado postal 11-425, México, D. F.
PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 28.00

Imprenta Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
3 000 ejemplares.

Sección Editorial

LOS ANTROPOLOGOS, LOS SOCIOLOGOS Y EL ESTADO

Recientemente tuvo efecto el Primer Encuentro Nacional de Profesionales en Antropología y Sociología, organizado por el IEPES, como parte de la campaña presidencial del licenciado José López Portillo. No se trató de una distinción, puesto que hace ya varios años que se han llevado a cabo reuniones similares con toda clase de profesionales de diversas disciplinas, sino más bien de un reconocimiento tardío de que existen estas ramas de las ciencias sociales.

Pero los más sorprendidos ante esta invitación fueron los propios sociólogos y antropólogos, quienes, habiéndose considerado como "la conciencia crítica de la sociedad", impugnadores del sistema y del Estado, no esperaban ser invitados para discutir sus puntos de vista con el futuro presidente de la República. Lo que se evidenció en esta reunión fue la contradicción en que se encuentra la mayor parte de los científicos sociales que trabajan para el Gobierno, de una u otra forma, en las universidades o centros de investigación, o en las dependencias públicas, y que, al mismo tiempo, pretenden ejercer su libertad crítica, e inclusive contribuir a la transformación del sistema. Fue también evidente la falta de preparación o de organización para tomar una posición frente a un acto político, y en esta medida, la ineficacia del ejercicio individual de la crítica.

Por una parte, la ausencia de numerosos invitados fue notoria; pero esta decisión no se presentó como un acto orgánico

que obedeciera a una posición definida; los asistentes, por otra parte, tampoco lograron formular un planteamiento político.

Aquellas mesas de trabajo en las que se examinaron los problemas concretos, lograron una discusión más rica y conclusiones más precisas. Por ejemplo, en la que estuvo dedicada a tratar la situación de los investigadores al servicio de dependencias gubernamentales, se precisaron algunas de las contradicciones existentes entre los intereses y necesidades de la población estudiada, y con la cual el investigador se siente comprometido, y la burguesía o la burocracia política, local o nacional. En un tono similar, se analizaron los problemas en algunas ramas de la antropología, como la arqueología, la lingüística y la antropología física, cuyo ejercicio profesional está limitado casi exclusivamente a las instituciones oficiales. Se señaló la necesidad de que los programas de trabajo y la asignación de recursos obedezcan a las necesidades del desarrollo científico y no a intereses turísticos o de otra índole.

En general, los ponentes se quejaron de la falta de recursos para la investigación y la docencia, de la discriminación de que son "víctimas", de la poca seriedad con que se toman sus recomendaciones en las dependencias oficiales; y se llegó al extremo de pedir más y mejor remunerados trabajos, e inclusive manifestar que "todos somos el problema y todos seremos la solución"...

Asimismo se intentó hacer algunos planteamientos políticos; el centro de la argumentación giró en torno de la necesidad ineludible que tiene todo científico social de mantener, independiente del Estado, su ideología y su política, para desempeñar su papel como "conciencia crítica de la sociedad" y cumplir su compromiso con la clase trabajadora. Por ello, se demandó respeto a la libertad para la investigación, la docencia y la publicación.

Evidentemente, este es el problema central; pero la situación es mucho más compleja. El verdadero científico social "comprometido" no puede quedarse en el diagnóstico de los problemas, sino que tiene que estudiar la realidad para transformarla.

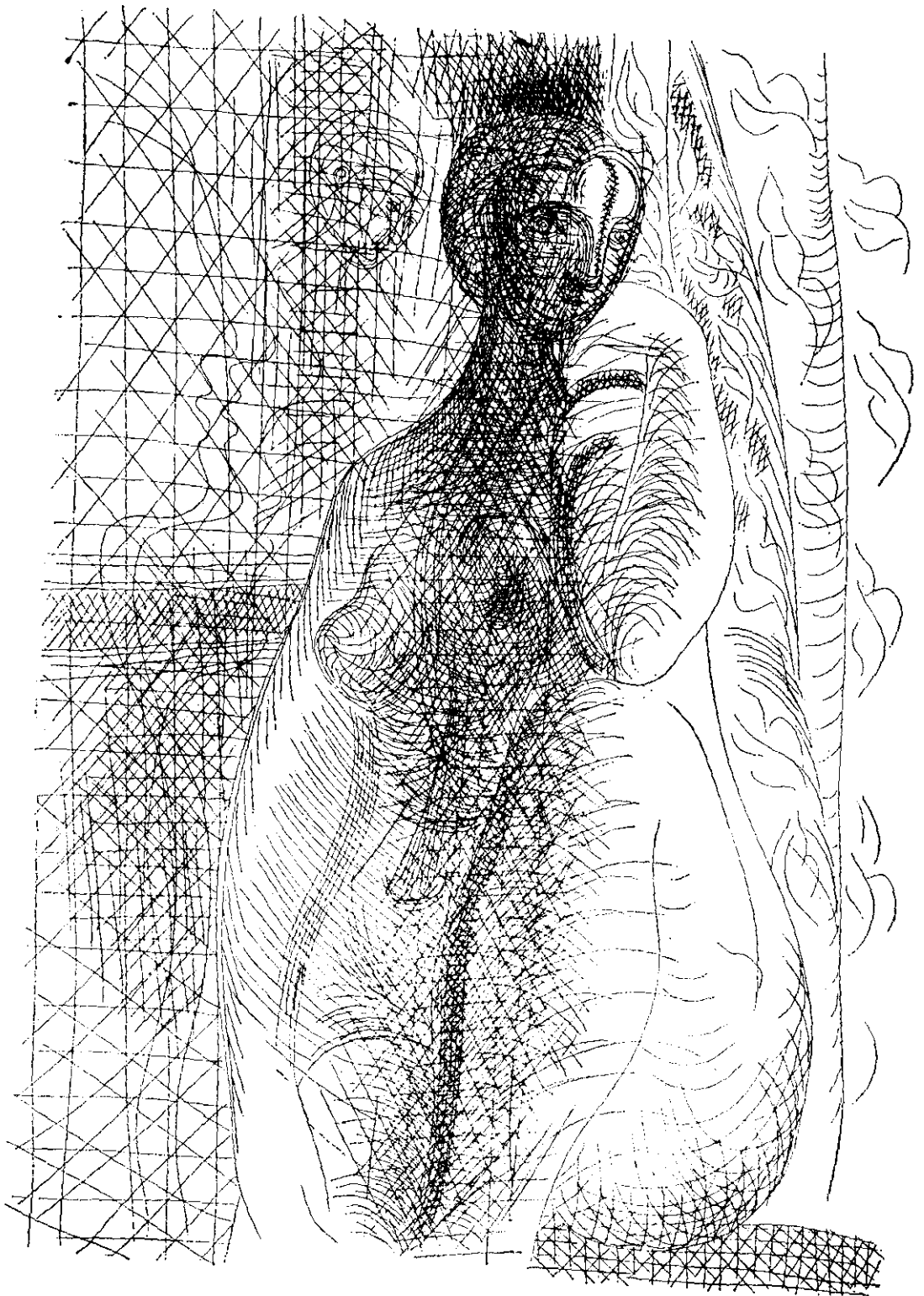
El licenciado José López Portillo, con la agudeza típica de nuestros gobernantes, señaló el conflicto, sólo que con una visión totalmente unilateral. Según él, la vocación del científico social es la política, y necesariamente conduce al estado; pero no como un "empleado", sino como un político activo. Cabría preguntarnos: ¿en su concepción de "democracia social" queda

excluida toda oposición, toda acción política independiente del Estado?

Si se pretende transformar la sociedad, el objetivo será también cambiar al Estado; y, para ello, la práctica política tendrá que ser independiente y ubicarse afuera de los organismos que actualmente lo integran.

Para que el "compromiso" que proclaman los antropólogos y los sociólogos sea algo más que un estilo muy en boga en las presentaciones académicas, es necesario abandonar el cubículo y acercarse a la práctica. Si no se quiere participar en el PRI, se tendrá que optar por participar en alguno de los otros partidos políticos o en alguno de los sindicatos independientes que ya existen..., y si nada de eso satisface... crear otros nuevos. Porque la política no se puede practicar individualmente.

Desde luego, el buen o mal papel que hicieron los invitados o los ausentes al Encuentro Nacional de Antropólogos y Sociólogos, organizado por el IEPES, tiene poca importancia; pero lo que sí es fundamental es reconocer la ineficacia de la crítica individual y la necesidad de asumir responsablemente el "compromiso" que tienen con las clases trabajadoras, explotadas, de nuestro país.



¿Cuál es el futuro de la Antropología Social?

J. Grigulevich *

La antropología sobrevivirá en el mundo cambiante si está de acuerdo con perecer, para renacer luego con un nuevo rostro.

Claude Lévi Strauss

La ciencia etnográfica no tuvo suerte con el nombre. A diferencia de las otras ciencias sociales, la etnografía se llama de distinto modo en diferentes países, al tiempo que su objeto y su materia dan pie para vivas discusiones y juicios contradictorios entre los especialistas.¹

En los Estados Unidos arraigó el término de "antropología cultural"; en Inglaterra, el de "antropología social".² En los últimos años, el segundo término va ganando más y más partidarios, tanto en los Estados Unidos, como en los países de la Europa

* Academia de Ciencias de la URSS, Ciencias sociales contemporáneas.

¹ La historia de esta cuestión y el punto de vista de los científicos soviéticos están expuestos en el libro de Y.V. Bromlei: *Etnos y etnografía*, Moscú, 1973, p. 178-213 (en ruso).

² Véase la crítica a la antropología cultural/social por los científicos soviéticos en las recopilaciones *La etnografía anglonorteamericana al servicio del imperialismo*, Moscú, 1951, y *La etnografía norteamericana contemporánea. Orientaciones teóricas y tendencias*, Moscú, 1963; y de Y.P. Avérkíeva: "La etnografía y la antropología cultural/social en Occidente", *Soviétskaia Etnografía*, 1971, n. 5; "La etnografía de EE.UU. y el neocolonialismo", *Nóvaia y Novéishaia Istoría*, 1972, n. 5; y "Sobre la actitud hacia el marxismo en la etnografía contemporánea de Occidente", *Investigaciones etnográficas en el extranjero. Ensayos críticos*, Moscú, 1973 (en ruso).

Occidental. Partiendo de ello, también nosotros usaremos el término de “antropología social” para designar la ciencia etnográfica occidental.

Mientras los representantes de otras ciencias veían en el antropólogo (aquí y en adelante se tratará del antropólogo social), según la metáfora del autor norteamericano C. Kluckhohn, al saqueador de sepulcros, al coleccionista de flechas indias que vive entre caníbales sucios,³ los propios antropólogos tienen más elevada opinión de sí mismos. Consideran que su ciencia es nada menos que “filosofía superior”, llamada a explicar por qué el mundo en que vivimos es tal como es.⁴

Claude Lévi-Strauss opina que en los países anglosajones la antropología aspira al conocimiento global del hombre, y lo estudia en toda su espacialidad geográfica e histórica; tiende, además, a un conocimiento que pueda ser aplicado al desarrollo universal del hombre, desde los homínidos hasta los pueblos contemporáneos. La antropología, dice Lévi-Strauss, permite hacer deducciones —sean positivas o negativas—, que corresponden a todas las sociedades humanas, desde la gran ciudad moderna hasta la tribu melanesia.⁵

Como podrá persuadirse el lector, estas pretensiones de los antropólogos a una propia intelección filosófica y visión del hombre y la sociedad resultaron muy exageradas, si bien contribuyeron al éxito de la antropología social en los medios del *establishment* —clases dominantes de los países capitalistas desarrollados—, los cuales hallaron aplicación útil para sus fines, tanto a la propia antropología, como al antropologismo filosófico.

Precisamente al apoyo del *establishment* obedece el que la antropología social se convirtiera, después de la Segunda Guerra Mundial, en una ciencia en rápido ascenso, “en boga” y “necesaria”. Goza de particular popularidad en los Estados Unidos. En los años de posguerra se quintuplicó el número de miembros de la Asociación Antropológica Americana (que reúne a los especialistas en antropología física y social), hasta llegar a varios miles de personas. Algunos, incluso, opinan que supera el total de científicos en esta especialidad de todos los demás países del mundo.

En los años de posguerra, en muchas grandes universidades

³ C. Kluckhohn: *Antropología*, México, 1949, p. 20.

⁴ M.J. Herskovits: *El hombre y sus obras*, México, 1964, p. 9.

⁵ Véase de C. Lévi-Strauss: *Antropología estructural*, La Habana, 1970, p. 319.

norteamericanas se fundaron cátedras de antropología social; comenzaron a aparecer decenas de revistas especializadas dedicadas a estas ciencias, entre ellas la prestigiosa revista *Current Anthropology*, que, en esencia, es el órgano internacional de los científicos en la materia.

Numerosas fundaciones privadas, tan abundantes en los Estados Unidos, financian generosamente las investigaciones de los antropólogos sociales en todos los confines del globo terrestre y coadyuvan a publicarlas. Hoy, gozan de los servicios de los antropólogos el Pentágono, el Departamento de Estado, la CIA y otros departamentos e instituciones del gobierno estadounidense. Recurren cada vez más a sus servicios también los grandes monopolios que funcionan en los países del llamado "tercer mundo".

La antropología social ha rebasado hace mucho el marco de la ciencia sobre los pueblos carentes de escritura. La antropología social moderna se dedica a las estructuras políticas y económicas, a las capas marginales, al modo de vida campesino y urbano, no sólo de los pueblos "atrasados", sino, asimismo, de las sociedades capitalistas altamente desarrolladas.

Sin embargo, este crecimiento impetuoso, este éxito, tiene también su reverso, sus sinsabores. En los últimos años, muchos antropólogos afirman que su ciencia está en estado de crisis. Lo prueban los títulos de informes y artículos. Por ejemplo, Lévi-Strauss publicó el artículo "La crisis de la antropología moderna";⁶ el antropólogo P. Warsley tituló su informe al VI Congreso de Sociólogos, celebrado en 1966, "El fin de la antropología"; G. D. Berreman publicó en 1968, en *Current Anthropology*, un artículo titulado "¿Está viva la antropología?" Podría citar muchos ejemplos similares.

No se trata de que en los Estados Unidos no haya demanda de antropólogos sociales ni de que mengüe el interés por sus investigaciones. Por el contrario, en este sentido todo marcha más que satisfactoriamente. La crisis atañe a los aspectos ideológicos de la antropología social. Se discute acaloradamente la actitud de los antropólogos hacia el destino de los pueblos, que son "objeto" de sus estudios, su actitud hacia el imperialismo, hacia el *establishment* y hacia los procesos revolucionarios. Los antropólogos se preguntan cada vez con mayor frecuencia qué intereses defienden: ¿los de los oprimidos o los de los opresores, los de los explotados o los de los explotadores? ¿Con quién están: con

⁶ C. Lévi-Strauss "La crise de l'anthropologie moderne", *El Correo de la Unesco*, 1961, n. 11.

las fuerzas del progreso social y la paz, o con los partidarios de la agresión, de la guerra fría, del anticomunismo y el neocolonialismo?

Estos problemas se debaten ampliamente en los últimos años en congresos, simposios y revistas especializados, en particular, en *Current Anthropology*.

En estas discusiones, ocupa un destacado lugar el problema de la actitud de los antropólogos hacia el colonialismo y la colaboración con las autoridades que practican una política neocolonialista imperialista.

Aunque las publicaciones norteamericanas suelen presentar al antropólogo como un personaje extravagante, inofensivo y estrafalario (según S. Tax es algo intermedio entre Einstein, dedicado al estudio de los secretos de la naturaleza, y un artista de circo),⁷ en realidad es un instrumento "útil" en la máquina de la opresión nacional y colonial.

Kluckhohn señala que los conocimientos de los antropólogos acerca de los pueblos "primitivos" fueron aprovechados por los colonizadores de Inglaterra, Portugal, Holanda, Francia. Los funcionarios coloniales que se destinaban a las Indias Orientales (Indonesia) recibían en Holanda cursos especiales de ciencias antropológicas. En Francia, se enseñaba antropología en la Escuela de Ciencias Coloniales. En Inglaterra, la antropología se convirtió casi en un sistema "científico" de opresión colonial. Los antropólogos trabajaban tanto en el departamento para los asuntos de los aborígenes, en Londres, como en la administración colonial, especialmente en las colonias africanas y en la India. Los colonizadores ingleses usaban ampliamente para sus fines las enseñanzas de la escuela funcionalista en antropología, cuyo fundador fue B. Malinovski.⁸

Por su parte, Malinovski no estimaba que la misión del antropólogo fuera esclarecer la historia, el origen de unas u otras instituciones "primitivas", sino demostrar la importancia de las mismas en la sociedad contemporánea con el objetivo de ayudar a las autoridades coloniales y a los empresarios europeos sobre cómo debían tratar a los pueblos subyugados, para lograr sus fines con más comodidad.⁹

Algunos antropólogos ingleses se sentían muy orgullosos de

⁷ Véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 20.

⁸ *Idem*, p. 182-86.

⁹ Véase la recopilación *La etnografía anglonorteamericana al servicio del imperialismo*, cit., p. 53.

participar en la opresión colonial. Por ejemplo, el bien conocido S. F. Nagel, quien realizó indagaciones antropológicas en Nigeria y Sudán, por encargo del departamento colonial inglés, y ocupó durante la Segunda Guerra Mundial el cargo de secretario para los Asuntos de los Aborígenes en la administración militar británica de Eritrea, escribía en uno de sus trabajos de 1942:

Se asevera que la antropología moderna ha de prestar una gran ayuda a las autoridades coloniales, proporcionándoles conocimientos sobre la estructura social de los grupos aborígenes, sobre cuya base deberá crearse una administración aborígen sana y armoniosa, tal como lo estipula el sistema de la administración indirecta. Permítaseme decir que me encuentro entre quienes están firmemente persuadidos de la posibilidad de tal colaboración entre los antropólogos y los funcionarios (coloniales).¹⁰

Los antropólogos ingleses ocuparon puestos responsables en el Foreign Office, en el Almirantazgo, en el Servicio de Información, en el Servicio para el Estudio de los Aspectos Sociales de la Guerra, así como en los frentes de la guerra. Los antropólogos fueron empleados vastamente en el Medio Oriente. Era antropólogo el administrador del Sudán Angloegipcio, quien respondía por el establecimiento de contactos con los "aborígenes" de Kenya y Abisinia. La antropóloga W. G. Bawer cobró fama como la "Lawrence de la Segunda Guerra Mundial": llegó a ganarse la confianza de la tribu zemi, que habita en el territorio situado entre Asam y Birmania, y a sublevarla contra los japoneses.¹¹

Con igual franqueza escribía J. S. Holden, antropólogo inglés, quien, en un artículo publicado en 1956 por la revista *Journal of the Royal Anthropological Institute*, declaraba que la antropología cultural moderna es un producto derivado del colonialismo; que la constituyen trabajos que pertenecen casi exclusivamente a personas de origen europeo acerca de la conducta de los miembros de otros grupos culturales sobre los cuales pre-

¹⁰ Véase de J. Foris: "Pax Britanica and the Sudan: S.F. Nagel", *Total Asad* (ed). *Anthropology and the Colonial encounter*, London, 1974, p. 155. En este libro figuran otros hechos que testimonian que los colonizadores británicos utilizaban a los antropólogos y sus investigaciones para oprimir y explotar a los pueblos aborígenes.

¹¹ C. Kluckhohn: ob. cit., p. 187.

dominaron, debido, fundamentalmente, a la mayor eficacia de sus armas.¹²

Los medios gobernantes de los Estados Unidos también aprovecharon esta ciencia para sus fines. Los antropólogos trabajaban en el Buró para los Asuntos de los Indios, adjunto al Departamento de Asuntos Interiores de los Estados Unidos, y en el Comité para el Estudio de las Demandas de los Indios. Los antropólogos participaron en la administración colonial de los denominados "territorios bajo tutela" de los Estados Unidos en la zona del Pacífico, incluyéndose en sus obligaciones: 1) hacer recomendaciones a la administración en la realización de sus iniciativas y en la solución de los problemas que surjan debido a ello; 2) evaluar el éxito y la eficacia de esas iniciativas; 3) determinar los problemas de estudio que representen interés teórico para los antropólogos y tengan importancia práctica para la administración colonial.¹³

Ya antes de la Primera Guerra Mundial se comenzó a enseñar antropología en la Escuela de Posgraduados para los Asuntos Administrativos, adjunta a la Universidad de Harvard. Se suponía que pertrecharía a los futuros capitanes de la industria con medios capaces de evitar los conflictos clasistas y de organizar las "relaciones humanas" entre los capitalistas y los obreros. Con este fin, en 1914 se organizó la Sociedad de Etnografía Aplicada, que comenzó a publicar la revista *Applied Anthropology*.

Los antropólogos dan clases en el Instituto de Servicios Exteriores del Departamento de Estado y en otros centros de estudios especializados que gradúan a especialistas para trabajar en el extranjero. Los lazos entre los antropólogos y el *establishment* se estrecharon especialmente en los años de la Segunda Guerra Mundial.

En la primera página del voluminoso manual de R. L. Beals y H. Hoijer *Introducción a la antropología* (la primera edición apareció en 1953 y se reeditó reiteradas veces), los autores comunican con orgullo que durante la Segunda Guerra Mundial casi en todas las batallas se recurrió a los antropólogos y se usaron los datos que ellos proporcionaban. Desde 1942, los antropólogos participaron en la preparación de las fuerzas navales de ocupación. Poco después, en los *colleges* de universidades norteamericanas los antropólogos que conocían las lenguas y las cos-

¹² Véase *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 398.

¹³ G. McGregor: "Anthropology in government: United States", *Yearbook of Anthropology*, Nueva York, 1955, p. 421-32.

tumbres de Asia, Africa y el sur del Pacífico, desempeñaron un papel rector en la capacitación especializada de unidades militares especiales que participaron en las operaciones militares en diferentes frentes. Al mismo tiempo, los antropólogos que trabajaban en distintos “lugares perdidos” de la Tierra, hicieron un enorme aporte a la actividad del Servicio de Información Militar, a la Oficina de Servicios Estratégicos, al Consejo de la Guerra Económica, a los servicios de inteligencia del Ejército y de la Marina, así como a otros servicios gubernamentales.¹⁴

En los Estados Unidos, a los antropólogos se los empleó, además, como consejeros sobre problemas tales como el estado moral del Ejército norteamericano, las relaciones raciales en la industria, la guerra psicológica, la propaganda política. Los antropólogos consejeros del Pentágono, entre paréntesis, al terminar la Segunda Guerra Mundial, objetaron categóricamente la abolición del poder imperial en Japón; afirmaron que su conservación y subordinación a las tropas de ocupación permitirían a las últimas cumplir con mayor éxito sus tareas.¹⁵

Ya hemos dicho que la “explosión antropológica de posguerra” en los Estados Unidos obedece, principalmente, al creciente aprovechamiento de los antropólogos por los servicios gubernamentales, a saber: el Pentágono, la CIA y el Departamento de Estado, que remuneran generosamente sus servicios profesionales, aparte de las fuertes sumas destinadas por las “fundaciones” Rockefeller, Ford y muchas otras, para financiar los estudios antropológicos en todos los rincones de la Tierra, sin exceptuar a los propios Estados Unidos.¹⁶ Sin dicha financiación, no hubiera visto la luz la mayoría de las investigaciones antropológicas, ni tampoco aparecerían las revistas antropológicas, incluida *Current Anthropology*, que se edita gracias a la generosidad de la fundación Wenner Gren. Es dudoso suponer que estas fundaciones gasten su dinero con tanta largueza para las

¹⁴ Véase de R.L. Beals, H. Hoijer: *Introducción a la antropología*, México, 1960, p. 3. Por cierto, los antropólogos fueron empleados para el espionaje también en la Primera Guerra Mundial (véase de F. oBas: “Scientists as spies”. *The Nation*, 919, n. 109, p. 797).

¹⁵ C. Kluckhohn: ob. cit., p. 188-90.

¹⁶ Después de la Segunda Guerra Mundial, los grandes monopolios comenzaron a emplear a los antropólogos para estudiar los conflictos sociales. La “antropología industrial”, resultado de ello, trata —según especifica Kluckhohn— de aplicar a la sociedad capitalista el método y la metodología elaborados de las condiciones de campo en las colonias y aprovechados en lo pasado por la administración colonial (véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 205, 206).

indagaciones antropológicas, si éstas no reportan una utilidad determinada y altamente concreta a las clases gobernantes de los Estados Unidos.

Es notorio que los nazis alemanes y los fascistas italianos también utilizaran activamente a los antropólogos para fundamentar "científicamente" sus monstruosas invenciones racistas.

Ante estos hechos, el conocido ideólogo de la antropología norteamericana M. J. Herskovits se lamentaba: "¡Qué se le va a hacer; la antropología no es la única ciencia que han aprovechado las clases gobernantes para oprimir a los pueblos!" Los antropólogos honrados, a su juicio, siempre han protestado contra tal utilización de su ciencia.¹⁷ Mas esto no cambia el hecho de que los datos concretos de la ciencia antropológica, así como los servicios de muchos antropólogos, fueran usados por los colonizadores y por los magnates capitalistas para sus intereses de clase. Estos hechos, justamente, dieron lugar a la crisis actual de la antropología occidental.

No por casualidad, a medida que surgían los Estados independientes en el "tercer mundo" y se incrementaba el movimiento de liberación nacional, crecía la autocritica de los antropólogos.

En el ya mencionado artículo de Lévi-Strauss, publicado por *El Correo de la Unesco* en 1961, el autor señalaba que la opinión pública del "tercer mundo" adopta hacia los antropólogos occidentales una actitud hostil por motivos psicológicos y éticos.¹⁸

Lévi-Strauss afirmaba que si la antropología deseaba sobrevivir en las condiciones de colisión con el "tercer mundo", "debía modificar su propia esencia y reconocer que, por consideraciones lógicas y morales, le es imposible enfocar las sociedades liberadas del coloniaje sólo como *objetos de estudio*". "Hoy", continúa el autor, "esas sociedades se han convertido en *sujetos colectivos*, que exigen derechos para efectuar los cambios sociales y políticos que son imprescindibles para su desarrollo".¹⁹

Las mismas cuestiones fueron abordadas con más detalles en el artículo del antropólogo belga J. J. Maquet, publicado por *Current Anthropology* en 1964.

Según Maquet, hasta la Primera Guerra Mundial, los etnólogos afirmaban que entre los "salvajes" había costumbres extrañas, por no decir repelentes, pues vivían en el mundo preló-

¹⁷ M.J. Herskovits: ob. cit., p. 709-10.

¹⁸ Véase *El Correo de la Unesco*, 1961, n. 11.

¹⁹ *Ibidem*.

gico de absurdas supervivencias; su absurda conducta, supeditada a los impulsos instintivos, la explicaban como supuesta inferioridad racial. La expansión colonial requería una determinada idea acerca de los pueblos carentes de escritura, idea que fuera aceptable para la opinión pública occidental. La etnología sostenía las mismas ideas a un nivel más refinado.²⁰

En el período entre las dos guerras mundiales, los colonizadores, que predominaban en Africa, procuraban fortalecer su poder apoyándose en las capas feudales y tribal-gentilicias locales. Para eso contaban con los consejos de los antropólogos. En sus investigaciones sobre aculturación, los antropólogos demostraban el daño de la influencia occidental sobre la sociedad y la cultura de Africa. Al pronunciarse por la conservación de las tradicionales instituciones aborígenes, los antropólogos apoyaban el colonialismo, pues, como señala Maquet, la fuerza conservadora de la tradición que defendían, implicaba un peligro menor para el dominio colonial que las fuerzas progresistas originadas por el desarrollo industrial.²¹

Maquet opina que, en el período colonial, la mayoría de las investigaciones antropológicas revestía —con frecuencia involuntaria e inconscientemente— un carácter “conservador”.

Las formulaciones críticas de Maquet tuvieron gran resonancia entre los antropólogos. Lévi-Strauss, apóstol del estructuralismo, reconocía —en un artículo publicado por *Current Anthropology* en 1968— que la antropología social se desarrollaba ligada al proceso histórico, una de cuyas particularidades era la subordinación de la mayoría de la humanidad a su minoría, y durante el cual millones de seres humanos inocentes eran sometidos al exterminio, el saqueo, la esclavización y las enfermedades, sin poder defenderse, al tiempo que sus instituciones y creencias eran aniquiladas. La antropología occidental es consecuencia de esta era de violencia.²²

La antropología, afirmaba a su vez Lévi-Strauss, es la ciencia de las culturas, vistas “desde fuera”, y primera misión de los pueblos en los cuales despierta la conciencia de su existencia independiente, y su singularidad es exigir para sí el derecho de observar sus propias culturas “desde dentro”. Entonces la antro-

²⁰ J.J. Maquet: “Objectivity in Anthropology”, *Current Anthropology*, 1964, vol. 5, n. 1, p. 50.

²¹ *Idem*, p. 49.

²² Véase de C. Lévi-Strauss: “Anthropology. Its achievements and future”, *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 7, p. 126.

pología perdería sus rasgos específicos y se convertiría en algo similar a la arqueología, la historia y la filología.

A los pueblos de los países en desarrollo, y en particular a su intelectualidad; a los pueblos que durante decenios figuraron en los registros de los antropólogos como “primitivos”, “atrasados”, “bárbaros”, no les agrada en lo más mínimo que se los estudie “desde fuera”, tal como el naturalista estudia los insectos. El científico boliviano C. Alba habla con indignación del sentimiento de superioridad —propio de sus colegas norteamericanos— frente a sus objetos de estudio. Propone que a tales científicos no se los llame etnógrafos, sino “entomógrafos”.²³

La antropóloga K. Gough, en el artículo “Nuevas proposiciones para los antropólogos”, publicado igualmente por *Current Anthropology* en 1968, declaraba enfáticamente que la antropología es hechura del imperialismo occidental. Sus raíces, plantea, están en la concepción humanística del mundo que viene de la época de la Ilustración; pero como disciplina universitaria y ciencia moderna con sus propias tareas sólo aparece a fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando los países occidentales daban el último salto para someter al mundo no occidental pre-industrial a su control político y económico.²⁴

Los colonizadores iban entonces acompañados de misioneros y antropólogos. Tanto unos como otros, gozaban del favor de los primeros. Tanto unos como otros, carecían de preocupaciones mientras las grandes potencias conservaban sus posiciones en las colonias. Hoy, la situación ha cambiado radicalmente, y los antropólogos comienzan a enfrentar dificultades, señala Gough. Por una parte, el “tercer mundo” está sublevado contra los Estados Unidos por ser la potencia occidental más fuerte y más contrarrevolucionaria. La guerra de Vietnam agudizó al máximo, sin duda alguna, el sentimiento de indignación contra los imperialistas. Por otra parte, añade, los antropólogos están sometidos, cada vez en mayor grado, tanto a las restricciones y al control político, como a las diferentes tentaciones del gobierno norteamericano y de sus agencias. Cabe preguntar, continúa la autora: ¿Qué debe hacer el antropólogo dependiente de un gobierno contrarrevolucionario en un mundo cada vez más revolucionario? El problema se hizo más complicado aun cuando aparecieron en la arena los estudiantes —el cuarto sector y el más vo-

²³ *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 291.

²⁴ K. Gough: “New proposal for anthropologists”, *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 403.

cinglero—, quienes en lo pasado se “nutrían” pacíficamente de conocimientos; pero ahora, al atravesar su propio estado de crisis, hacen desagradables preguntas acerca de la ética, la coparticipación y los objetivos finales de la ciencia antropológica.²⁵

Gough indica que la mayoría de los estudios de posguerra pertenecientes a antropólogos norteamericanos arranca de orientaciones y teorías erróneas o dudosas, y es acogida con creciente censura por los estudiosos de los países en desarrollo. En esos trabajos se asevera, entre otras cosas, que el atraso económico obedece al sistema de valores vigente entre la población aborigen y a sus peculiaridades psicológicas; que sería de desear que se evitasen los rápidos cambios “destructores”; que el antropólogo no puede adoptar una posición axiológica contraria a la política oficial de su país; que la causalidad (de la miseria, del atraso, etc.) siempre es multifacética; que la comunidad local es la unidad conveniente para llevar adelante los programas de desarrollo; que el proceso principal del desarrollo se opera a través de la “difusión” desde el centro industrial; que la revolución no sería la única vía práctica hacia el bienestar económico.²⁶

D. J. Jones, antropólogo también norteamericano, destaca que, si bien a su juicio la mayoría de los antropólogos no es enemiga del comunismo y sustenta criterios liberales, no puede menosca- barse el hecho de que los resultados de sus indagaciones se aprovechen para oprimir a determinados grupos sociales. A juzgar por todo, añade, en esto residía el papel tradicional del antropólogo.²⁷

Dos años y medio más tarde, estos problemas fueron nuevamente objeto de discusión en el artículo de D. Lewis “Antropología y colonialismo”.²⁸ Los síntomas de crisis en la ciencia antropológica, escribe el autor, se manifiestan, tanto en el trabajo de campo, como en el aula universitaria. Crece la alienación entre los antropólogos y los pueblos no blancos, a cuyo estudio se dedicaban por tradición. Al investigador de campo, pongamos por caso, se le puede negar el permiso de entrada en el país objeto de su estudio, o puede chocar con la actitud hostil de la intelectualidad de dicho país. Con frecuencia tropieza con la resistencia de los grupos que se proponía estudiar. La actitud benévola que le dis-

²⁵ *Idem*, p. 405.

²⁶ *Idem*, p. 406.

²⁷ Véase de D.J. Jones: “Social responsibility and the belief in basic research; an example from Thailand”, *Current Anthropology*, 1971, vol. 12, n. 3, p. 349.

²⁸ D. Lewis: “Anthropology and colonialism”, *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 571-91.

pensaron antes, se troca en franca desconfianza y sospecha. Y cuando regresa a su país para escribir o dictar conferencias sobre el pueblo que estudió, los representantes del mismo objetan cada vez con mayor frecuencia la autenticidad de los resultados de su investigación.

El síndrome tradicional del antropólogo, cristalizado en virtud de que desempeñaba el papel de colonizador, de observador *outsider* y "objetivo", corresponde a una época que pasó a la historia, escribe D. Lewis. El colonialismo occidental, basado en la "superioridad blanca", está ahora bajo los golpes de las guerras liberadoras revolucionarias y de la mentalidad revolucionaria. En las actuales condiciones, los pueblos de Asia, Africa y la América Latina, así como las minorías étnicas de la América del Norte, ponen constantemente en tela de juicio la honradez del antropólogo, lo obligan a evaluarse a sí mismo con sentido crítico y a reconsiderar las orientaciones que hasta no hace mucho tiempo consideraba inmutables.

A las contrariedades que le vienen al antropólogo "desde afuera", se suman "las de adentro". A partir de 1960, en los Estados Unidos se subraya marcadamente la incapacidad de los antropólogos para justipreciar el carácter y la significación de los cambios revolucionarios que se operan en el "tercer mundo", y extraer de ello las correspondientes enseñanzas para su ciencia.

Esa "miopía" se debe, dice D. Lewis, a que en lo pasado el colonialismo imponía las relaciones entre los antropólogos y los pueblos no occidentales. Las investigaciones de campo eran uno de los muchos privilegios de que gozaban los antropólogos, en concepto de miembros del grupo dominante. Realizaban el trabajo en interés de los colonizadores.

D. Lewis considera que, aunque la mayoría de los antropólogos no simpatizaba con el sistema colonial, objetivamente le hacía el juego con sus trabajos. En este caso, se manifiesta la estrechez ideológica, la deficiencia teórica y la falla metodológica de sus orientaciones.²⁹

El defecto principal de sus trabajos, del cual derivan todos los demás, es la ausencia del enfoque clasista en el estudio de los fenómenos sociales, lo cual les impidió comprender la verdadera naturaleza del colonialismo y el imperialismo, así como que están condenados por la historia. De aquí el que sea inherente a los antropólogos el menosprecio del marxismo, cuyas orientaciones

²⁹ *Idem*, p. 291.

metodológicas les darían la clave para desentrañar las fuerzas motrices del proceso histórico, y les permitirían comprender las regularidades de los fenómenos sociales.

Cuando el antropólogo ligaba la idealización de la cultura denominada “primitiva” con el concepto del determinismo cultural, señala D. Lewis, adoptaba hacia el pueblo que estudiaba una actitud paternalista e hipócrita. El antropólogo rechaza para su propia cultura los rasgos típicos de la vida primitiva, que él mismo romantiza y trata de eternizar en otros pueblos. Describe con entusiasmo la vida altamente integrada de los “primitivos”, la ausencia de *stress* con una limitada libertad de elección; pero para sí mismo defiende el derecho a tomar decisiones personales y a poder optar.

Los antropólogos, concluye el autor, crearon un concepto de la “cultura” que, en su uso analítico y teórico, aparece como un peligroso reflejo del racismo colonial. Tanto el antropólogo, como el colonizador, encuentran en la “singularidad” cultural de los hombres una justificación para perpetuar el estado de cosas vigentes. La significación que comunican los antropólogos al concepto de “cultura” quizá ayude a comprender por qué aceptaban con tan poca crítica el sistema colonial, dentro del cual actuaban.

Creemos que D. Lewis desplazó el acento al afirmar que el actual estado de crisis de la antropología social es el efecto de sus vínculos anteriores con los colonizadores, y de la desconfianza—originada por esa circunstancia— con que las autoridades y la opinión pública de los países en desarrollo acogen a los representantes de esta ciencia. O sea: los antropólogos de hoy están pagando los viejos pecados. Por muchos pecados que hayan tenido en lo pasado las escuelas tradicionales de antropología social, difícilmente la opinión pública de los países del “tercer mundo” y los movimientos democráticos de los indios, negros, chicanos y puertorriqueños en los Estados Unidos, tendrían hacia ella una actitud de tanta desconfianza, e incluso de hostilidad, si no fuera por sus actuales vínculos con los intereses del *establishment* y el imperialismo.

El antropólogo norteamericano J. G. Jorgensen dice al respecto que, aunque las instituciones gubernamentales, en particular el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, eran escépticas en cuanto a la importancia de las ciencias sociales, crecen constantemente sus pedidos de estudios sociales: exigen información con fines políticos para resolver las complicaciones corrientes o prever lo futuro y prepararse con antelación. Los funcionarios



norteamericanos en los países extranjeros, añade, a veces exigen que los antropólogos les procuren la información que ellos mismos no pueden obtener. El Departamento de Justicia, el FBI, la policía local y otros organismos de seguridad semejantes, pueden exigir a los antropólogos sociales y a los etnólogos una información que puede usarse con fines contrarios a los del investigador.³⁰

Los antropólogos deben estar preparados para que tal información se les exija en creciente volumen. El autor previene que, para obtenerla, el antropólogo deberá ampliar el uso de instrumentos especiales, tales como micrófonos escondidos o dirigidos, minigrabadoras, cámaras fotográficas infrarrojas, y otros dispositivos empleados con fines de espionaje, que los servicios gubernamentales suministrarán gratis o con grandes descuentos, y cuyo uso le planteará serios problemas de orden moral. Es más, el autor no descarta que en un futuro próximo el antropólogo usará espejos invisibles, aplicará la hipnosis, drogas que controlan la conducta del hombre, cuestionarios cifrados y otros medios delincuentes a fin de obtener información. Las computadoras también pueden emplearse para objetivos delincuentes.³¹

No todos los científicos, por supuesto, critican el colonialismo ni exigen apoyar el movimiento liberador y romper el cordón umbilical que ata a los antropólogos con el *establishment*. El ya mencionado R. L. Beals, en su trabajo *La política de los estudios sociales: un examen de la eficiencia y las responsabilidades de la ciencia social*, por ejemplo, dice que es digna de que entre los estudiosos norteamericanos haya un grupo "pequeño, pero ruidoso", de adversarios de la política gubernamental, que ponga en duda todas las motivaciones de las autoridades. Algunos incluso estiman que el gobierno es delincuente. Niegan la posibilidad de que el gobierno o su política puedan, en lo futuro, gozar del apoyo de la mayoría de la población o que sobre ellos pueda ejercer influencia positiva la opinión pública. Algunos incluso dudan en sí deben publicar los resultados de sus indagaciones que, tanto su propio gobierno, como cualquier otro, podría aprovechar con fines amorales. Esos "nihilistas" están dispuestos a consumir una cantidad ilimitada de fondos gubernamentales para las investigaciones, pero se niegan a colaborar con el gobierno.³²

³⁰ Véase de J.G. Jorgensen: "On ethics and anthropology", *Current Anthropology*, 1971, vol. 12, n. 3, p. 326.

³¹ *Idem*, p. 326-27.

³² R.L. Beals: *Politics of social research: an inquiry into the effectiveness and responsibilities of social science*, Chicago, 1969, p. 151.

El argumento principal de Beals es el siguiente: la renuncia de los científicos a colaborar con el gobierno hará venir a menos la ciencia e impedirá, presuntamente, el logro del objetivo central de las investigaciones científicas; es decir, la acumulación de conocimientos para su útil empleo final.

¿Pero qué hay detrás de estas frases archisabidas? ¿Cuál es el quid de la discusión entre los partidarios y los enemigos de la colaboración con el *establishment*? Sería realmente absurdo exigir a los antropólogos en el siglo xx que se encierren en cierta “torre de marfil” y renuncien a colaborar con cualquier gobierno, a partir de la comprensión anárquica o “nihilista” de su esencia como materialización del “mal absoluto”. Entre un gobierno y otro hay diferencias. Nadie negará cuán plausible e incluso necesaria es la colaboración de los antropólogos extranjeros y de los científicos de los países del “tercer mundo” con los gobiernos de estos países, a excepción de los regímenes racistas o “gorilas” del tipo de Sudáfrica o del Chile de Pinochet. En la mayoría de los países del “tercer mundo”, no surge el problema de la “incompatibilidad” de los objetivos y las tareas de los antropólogos que estén situados, por supuesto, en las posiciones del anticolonialismo de los gobiernos locales. Este problema tampoco surge en la Unión Soviética ni en otros países de la comunidad socialista, en los cuales la etnografía aboga por el principio de la igualdad de derechos, la amistad y la ayuda mutua de los pueblos, cualquiera que sea el número de su población y el color de la piel.

Por otra parte, en los Estados Unidos surge con particular agudeza el problema de la “compatibilidad” de intereses de los antropólogos y la política del gobierno; pero para ello hay motivos absolutamente concretos, que deben buscarse en la política interna y externa de los medios gobernantes de este país. En cuanto a la política interna, basta con mencionar la situación “explosiva” que reina entre grupos de la población norteamericana (como negros, indios, chicanos y puertorriqueños), objeto tradicional de estudio de los antropólogos yanquis. ¿Qué ha proporcionado a estos grupos, hasta la fecha, la colaboración de los antropólogos con el gobierno? En total, nada positivo. Si estos grupos tienen hoy algunos derechos más que antes, no es mérito de los antropólogos, sino de los movimientos democráticos, progresistas y revolucionarios, que representan los intereses de estos grupos y luchan por ellos. No debe sorprender que entre los antropólogos honrados estos hechos provoquen protestas y los lleven a la oposición activa contra el *establishment*, al que —con todo funda-

mento— atribuyen la responsabilidad de la penosa situación de sus tutelados. Pasemos a los problemas de la política exterior. El hecho de que el Pentágono, la CIA y el Departamento de Estado, emplearan a los antropólogos en la prolongada guerra agresiva contra el pueblo vietnamita y con el fin de aplastar los movimientos de liberación nacional en los países del “tercer mundo”, provocó la protesta y la indignación, tanto en su propio medio, como en el de los países que fueron víctimas de las acciones agresivas del imperialismo norteamericano. Son notorias las tentativas del Pentágono y de la CIA para aprovechar los conocimientos de los antropólogos y sociólogos en la lucha contra el movimiento guerrillero. Para acabar con un solo guerrillero, hay que movilizar contra él a diez soldados, afirmaban antes los expertos del Pentágono; ahora consideran que los antropólogos pueden salir más airosos de esta empresa que los soldados, pues los científicos sugerirán los medios “pacíficos”, y por ello más eficaces y baratos, para engañar a la masa campesina aborigen atrasada, con cuyo apoyo cuentan los guerrilleros. Los antropólogos norteamericanos fueron incorporados al cumplimiento del Proyecto Agil, amplio examen antiguerrillero que se practicó activamente en Bolivia, Tailandia y otros países.³³ Por encomienda del Pentágono y de la CIA, participaron en la creación de los escandalosos proyectos “sociológicos” Camelot, Simpático y otros por el estilo, cuya finalidad era elaborar medidas más eficientes para combatir el movimiento de liberación nacional. ¿Acaso no servían al mismo fin las enrevesadas teorías antropológicas “ultra-nuevas”, tales como la “cultura de la pobreza” de Oscar Lewis, que transfería la responsabilidad de la miseria de las bajas capas sociales a ellas mismas, para eximir al poder de los magnates de esa responsabilidad? Aquí, ni por asomo hay ciencia objetiva; ni siquiera ciencia. El antropólogo que utiliza sus conocimientos para sojuzgar a los pueblos, se asemeja al médico que participaba en los experimentos criminales en los campos de concentración nazis, o que da consejos a la policía secreta sobre cómo torturar “de un modo científico” a la víctima durante el interrogatorio.

Lo dicho confirma la tesis marxista acerca del carácter partidista de las ciencias sociales; entre ellas, la antropología social. No existen ciencias sociales sin partido o suprapartidistas. Cualquier sistema social, teoría, esquema, modelo o fórmula, reviste

³³ Véase *Current Anthropology*, 1968, vol. 5, n. 5, p. 427, *idem*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 567-68.

objetivamente carácter social, sirve a determinados intereses de clase, independientemente del deseo subjetivo de su autor o ejecutor. Mientras la antropología era el *hobby* de acaudalados *gentlemen*, y la distracción de unos pocos, podía parecer que estaba al servicio de la verdad científica, y sólo de ella. Mas, a medida que la antropología se convertía en una rama "reconocida" de las ciencias sociales, su contenido social se manifestaba cada vez con mayor precisión. En modo alguno consideramos que todos los antropólogos no marxistas sean reaccionarios o servidores del imperialismo. Es más, estimamos que estos últimos son la minoría entre los antropólogos norteamericanos. Lo testimonian, entre otras cosas, los artículos de *Current Anthropology* que comentamos. La mayoría de los miembros de la Asociación Americana de Antropólogos censuró en su momento la guerra vietnamita: muchos antropólogos condenaron los proyectos del tipo Camelot y rechazaron la "cultura de la pobreza" de Oscar Lewis.³⁴

Pero, justamente, la existencia en la antropología de estas tendencias y corrientes que se excluyen mutuamente, confirma la tesis sobre el carácter clasista de esta ciencia.

D. Lewis opina que, para convertir la antropología en una "ciencia útil", es preciso modificar radicalmente sus orientaciones sociales, su metodología y sus objetivos. Los antropólogos deben tomar en consideración la opinión y los intereses de los grupos y pueblos que estudian. Deben aceptar la realidad en su pluralidad de planos. El concepto del saber únicamente justo y objetivo debe ceder lugar al saber "de perspectiva", que no pretenda conocer el todo y enfoque la realidad desde una posición especial, "existencialista", adoptada por el observador. Nos parece que tanto esta como otras formulaciones del autor, referentes a las nuevas bases metodológicas de la antropología, no están del todo claras y requieren una mayor elaboración y puntualización.

El autor formula su idea con más claridad al promover la creación de una "antropología activista". D. Lewis declara que si la antropología quiere corresponder a los intereses y las necesidades reales de los pueblos estudiados por ella, y no a los intereses profesionales de esta disciplina y de sus representantes, debe convertirse, en un determinado nivel, en ciencia *francamente* ac-

³⁴ Véase de J.L. Horovitz (ed.): *The rise and fall of Project Camelot: studies in relationship between social sciences and practical politics*, Cambridge, 1967; C. Valentine: *Culture and poverty. Critique and counter proposals*, Chicago, 1968; E. Leacock (ed.), *The "culture of poverty"*, Nueva York, 1971; "Anthropology and world affairs as seen by USA associates" *Current Anthropology*, 1964, vol. 5, n. 5.

tivista y empeñada, que proporcione científicos sociales, partidarios de los cambios radicales.³⁵

El autor ruega no confundir la antropología “activista” con la tradicional antropología aplicada, cuyos adeptos son conocidos en los países del “tercer mundo” como los defensores más declarados de los sistemas colonial y neocolonial.³⁶

D. Lewis propone utilizar la experiencia positiva de los antropólogos europeos que trabajan con los materiales de sus propios países, y la de los representantes de la antropología “aborigen”, o sea, de los antropólogos de los países del “tercer mundo”. Tanto unos como otros, actúan más “independientemente” de los intereses explotadores, y por eso tienen mayor interés por aportar una utilidad real a sus pueblos.

Los razonamientos de D. Lewis recuerdan el llamamiento lanzado hace más de veinte años por S. Tax para crear la “antropología de la acción” (*action anthropology*), que no encontró mayor apoyo.³⁷

El artículo de D. Lewis se envió a cincuenta antropólogos, para solicitarles su opinión. Respondieron diecinueve científicos de nueve países, y sus contestaciones fueron publicadas en *Current Anthropology*. Casi todos se solidarizaron con las tesis básicas del artículo en cuestión, hicieron sugerencias y añadidos. C. Alba (Bolivia), por ejemplo, comparte la idea de D. Lewis de que el antropólogo debe necesariamente ser partidario de los cambios radicales. Pero esto implica que el investigador debe poseer una determinada ideología. Si es partidario de los cambios, debe explicar el contenido y carácter de los mismos. K. Bertnold (Canadá) considera, a su vez, que la antropología crítica debe basarse en la teoría radical. K. J. Okoye (Nigeria) apoya casi cada frase del artículo de D. Lewis. M. Ovasu (Estados Unidos) recuerda el vínculo simbiótico existente entre el mundo científico occidental y el dominio de Occidente sobre los pueblos no occidentales.

En el mismo número de *Current Anthropology* se insertó el artículo de D. Wyllner, titulado “Antropología: ¿vocación o mer-

³⁵ *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, p. 589.

³⁶ Este punto de vista coincide con la opinión del antropólogo J. Moore, también norteamericano, quien en 1971 propuso la idea de crear una antropología “guerrillera” (J. Moore: “Perspective for a partisan anthropology”, *Liberation*, 1971, n. 16, p. 34-43).

³⁷ Véase la opinión soviética sobre la intervención de S. Tax en: Y.P. Avérkíeva: “Significación funcional de la etnografía en EE.UU.”, *Véstrnik istorii mirovoi kulturi*, 1959, n. 4, p. 72-3 (en ruso).

cancia?"³⁸ Al igual que a D. Lewis, a este autor le preocupa el estado de crisis en la antropología social norteamericana, y propone dividir la antropología en ciencia "por vocación", o sea, independiente de los patronos, y en ciencia-mercancía, por la cual pagan y está al servicio de los intereses del *establishment*. Aunque creemos que esta división es difícil de lograr, no podemos menos que aplaudir el sincero deseo de D. Wyllner de renunciar a que la antropología se someta a los intereses de las clases dominantes.

¿Cuáles son las conclusiones? ¿Qué testimonian las citadas opiniones de los antropólogos norteamericanos? En primer término, evidencian la bancarrota de las viejas orientaciones ideológicas de esta ciencia, que, por regla general, convertían a sus representantes en servidores de los intereses internos y externos de los grupos dominantes de las grandes potencias imperialistas.

Los representantes de la antropología oficial estadounidense no escatiman declaraciones grandilocuentes acerca de la utilidad de esta ciencia para la humanidad contemporánea. Kluckhohn, por ejemplo, quien —dicho sea de paso— actúa también en el campo de la soviología (fue director del Centro de Estudios Rusos adjuntos a la Universidad de Harvard), escribía que la antropología da base científica para el estudio de un importante problema que se plantea ante el mundo contemporáneo: ¿de qué modo los pueblos disímiles, que hablan en lenguas incomprensibles para unos y otros y que se atienen a diferentes modos de vida, pueden vivir en paz?³⁹

Pero la antropología social burguesa, en virtud de su vinculación a los intereses de los grupos dominantes, no puede ofrecer a los hombres más de lo que dispone. Fue Kluckhohn quien confesó en las últimas páginas de su obra que la eficacia de tal antropología es muy limitada; que existe un abismo entre su programa y sus resultados; que la fuerza principal de la antropología consiste más bien en formular correctamente algunas preguntas que en darles respuestas correctas.⁴⁰

No debe sorprender que tanto los medios progresistas en los Estados Unidos, como los pueblos del "tercer mundo" que han emprendido el camino de la independencia, rechacen las orientaciones ideológicas de las escuelas antropológicas norteamericanas

³⁸ D. Wyllner: "Anthropology: vocation or commodity?", *Current Anthropology*, 1973, vol. 14, n. 5, 547-55.

³⁹ Véase de C. Kluckhohn: ob. cit., p. 11.

⁴⁰ *Idem*, p. 281.

tradicionales, y estimen que esas orientaciones no son válidas para las necesidades de los jóvenes estados, liberados del colonialismo. A estas circunstancias se debe la actual crisis de la antropología social.

Es evidente, asimismo, que el estado de crisis ocasionó una aguda lucha ideológica en el medio de los antropólogos sociales, dividiéndolo, de hecho, en dos campos: los servidores del *establishment* y los partidarios de la antropología "comprometida" (activista) que se pronuncian por el reconocimiento de la realidad política del "tercer mundo" y tratan de limpiarse de la vergonzosa mancha de ser cómplices del imperialismo. Si bien los partidarios de la antropología empeñada sólo comienzan a elaborar sus orientaciones ideológicas y metodológicas, y entre ellos existen diferencias sustanciales en la apreciación de los problemas, sustentan, en general, posiciones avanzadas. A nuestro juicio, a ellos precisamente les pertenece la futura antropología social.

La antropología no ha muerto, asevera G. D. Berreman, antropólogo norteamericano. Lo que pasa es que sus sacerdotes tradicionales no desean ser "empeñados". Si ellos tienen éxito, puede perecer. Su ciencia atañe al hombre, y aunque procuran evitar ser incorporados a la lucha, no lo pueden evitar. Ya están comprometidos, quieranlo o no. No se plantea: "¿estaré comprometido?", sino: "¿cómo puedo estar comprometido de modo que ello corresponda a mi humanismo?"⁴¹

En uno de sus artículos escritos en 1968, Lévi-Strauss declaraba que la antropología sobrevivirá en el mundo cambiante si se permite perecer, para renacer con un nuevo rostro.⁴²

¿Cómo debe ser ese "nuevo rostro" de la antropología occidental? ¿Quizá comience a tratar con igual respeto a todas las culturas del mundo y registre el último suspiro del último "primitivo", antes de que lo absorba la civilización occidental, como considera Lévi-Strauss, o se convertirá en una ciencia "comprometida", "activista", como propone D. Lewis, que irá a salvar a ese "primitivo" o a otros "objetos" de su investigación, basándose sólo en sus propias fuerzas, "en sí misma"?

A nuestro juicio, la futura antropología no sólo reside en esto, sino también en la estrecha colaboración de sus representantes en aras del progreso social y científico, de la paz y la amistad

⁴¹ Véase de G.D. Berreman: "Is anthropology alive? Social responsibility in social anthropology", *Current Anthropology*, 1968, vol. 9, n. 5, p. 395.

⁴² *Current Anthropology*, 1968, n. 7, p. 126.

de los pueblos, desde las posiciones de categórico rechazo lo mismo del imperialismo, que del colonialismo, tanto pasados como presentes.

El desarrollo del capitalismo en el Bajío

Héctor Díaz-Polanco,*
Laurent Guye Montandon

Los autores intentan examinar, en el presente trabajo, cómo se va conformando una estructura agraria de corte netamente capitalista, en un caso específico. Este proceso de conformación del actual sistema capitalista, se estudia concretamente en un área claramente delimitada: la región de El Bajío, en el Estado de Guanajuato. De esta amplia zona, se analiza específicamente un municipio (Valle de Santiago) que, por diversas razones, es considerado como característico dentro del espacio socioeconómico seleccionado.

El Bajío, como se sabe, fue hasta hace poco (y aún sigue siéndolo en cierta medida) una importante región agrícola de México, gran productora especialmente de granos. De ahí que el desarrollo del capitalismo en este lugar se exprese principalmente en el sector agrícola y, como se verá, en la actividad comercial que acompaña a la expansión de la agricultura. Intentamos mostrar precisamente, a lo largo del período de 120 años abarcado, cómo se van conformando diversos conjuntos socioeconómicos, en momentos distintos, que implican también acomodamientos y jerarquías diversas entre las fracciones o sectores de clase, hasta alcanzar la actual estructura de la que emerge una figura de contornos claramente definidos: la *burguesía agraria*, con sus dos sectores más importantes, que son, a saber, la burguesía agropecuaria y la burguesía comercial-agraria.

Como puede comprenderse, debido al largo lapso estudiado, sólo podremos esbozar aquí los rasgos más generales del proceso.

* E.N.A.H.

En realidad, lo que ofrecemos ahora al lector, constituye un avance muy resumido de un análisis histórico más amplio y detallado que actualmente elaboran los autores. Las fuentes manejadas fueron diversas: libros del Protocolo Municipal, del Registro Público de la Propiedad, la correspondencia del presidente municipal, expedientes de la S.R.A., informes de gobernadores del Estado de Guanajuato, documentos de archivos privados e información personal. Al efecto, se estudiaron 667 libros del protocolo, que abarcan desde 1819 hasta 1942, 74 libros de la correspondencia del presidente municipal que van desde 1904 a 1926, y 31 volúmenes del Registro Público de la Propiedad que cubren el lapso entre 1890 y 1934. En total, 772 libros del archivo municipal.

Los autores están en deuda con varias personas. En primer lugar, con el Prof. Rodolfo Stavenhagen, quien inspiró la investigación sobre "Burguesía agraria", de la cual el presente artículo es un resultado. Al Sr. Basilio Rojas debemos el amable suministro de apuntes del Protocolo Municipal que abarcan el período de 1819 a 1892. Similar deuda de gratitud tenemos con el Dr. Benjamín Lara. Enrique Mendoza Tolosa fue una pieza clave en la recolección de información. Finalmente, sin la ayuda del Lic. Armando Tamayo Pérez, del Lic. Alfredo Enríquez Magaña, del Lic. José Luis Sánchez Reyes, del Sr. Arturo Ramírez Hernández y del personal del Ayuntamiento y del Registro Público de la Propiedad de Valle de Santiago, hubiera sido muy difícil darle cima al presente trabajo.

I. De la Independencia a la Reforma: la crisis de los terratenientes.

La estructura social que encontramos en Valle de Santiago inmediatamente después de la Independencia parece, a primera vista, muy clásica. Los terratenientes ocupan aparentemente el primer plano en la economía del municipio. Prácticamente, toda la superficie está monopolizada por un reducido grupo de hacendados. El censo de 1830 registra 39 haciendas y ni un solo rancho, lo que contrasta con la situación general que prevalece en el Estado de Guanajuato, donde el número de ranchos es casi dos veces mayor que el número de haciendas.¹ Como varios hacendados poseen dos o más fincas, el número de terratenientes es

¹ Cf., *Memoria instructiva que presenta al superior gobierno del Estado de Guanajuato su primer vice-gobernador constitucional*, Guanajuato, 1830.

todavía más reducido: para los años veintes anotamos, echando mano de los datos del Protocolo Municipal, 18 *propiedades* de tamaños muy diversos. La mayor de todas abarca 67 500 has, ocupa el 80% de la superficie del municipio, y constituye, en función de los criterios de la época, el único latifundio existente en la zona. Encontramos luego dos propiedades de 5 618 y 1 990 has., respectivamente. Algunas otras tienen una extensión inferior a 1 000 has.; las demás no alcanzan las 500 has. Pero este pequeño tamaño no debe de llamar a engaño sobre el valor real de esas fincas, pues incluyen las tierras más fértiles del país: las "tablas" que bordean el río Lerma, beneficiándose de irrigación por gravedad, gracias a uno de los sistemas de riego más antiguos de México, lo que permite producir dos buenas cosechas al año. Estas haciendas, de superficie limitada, pero con tierras en las que se puede obtener una alta productividad, representan el rasgo distintivo de la estructura agraria de Valle de Santiago en esa época.

Pese a que controlaba casi todas las tierras del municipio, este exiguo núcleo de terratenientes se encontraba, al salir de la Guerra de Independencia, en una situación económica precaria. El Bajío había sufrido, más que cualquier otra región del país, las consecuencias de estos diez años de inseguridad y de ir y venir de los diversos ejércitos. La ciudad de Valle fue saqueada e incendiada; algunas haciendas fueron objeto seguramente de requisiciones de granos y de animales; en la totalidad de las haciendas hubo interrupción de las comunicaciones y falta de mano de obra, por el enganche de los trabajadores en las tropas de uno u otro bando. Las minas de Guanajuato, que constituían el principal mercado para la producción agropecuaria del Bajío, permanecieron inactivas durante los años de la guerra; buena parte de ellas sufrieron daños irreversibles, de manera que el despegue de esta actividad en los años veintes es muy lento. En pocas palabras, la economía de las haciendas fue quebrantada durante este período de crisis.

La situación de depresión se ve agudizada por el endeudamiento. Las más de las fincas de Valle arrastran, desde hace varios decenios, gravámenes que impiden una rápida recuperación. Al terminar la Guerra de Independencia, los acreedores, corporaciones eclesiásticas, en la mayoría de los casos, pretenden cobrar los réditos no pagados durante los diez años de hostilidades. Para los acreedores era indiferente que durante este período las haciendas hayan estado paralizadas por los disturbios: exigen, por concepto de intereses vencidos, una suma que equivale, por

lo general, a la mitad del adeudo contraído por la finca (10 años al 5% de interés: 50%). Así lo señala el gobernador del Estado de Guanajuato en 1830: "Agobiados con el enorme peso de los réditos vencidos durante el tiempo de la Revolución, en vano han deseado [los hacendados] una ley que arreglase nuevamente este derecho en circunstancias [de] una conmoción tan general como inevitable por su parte... [pues] no era justo que los capitales puestos a réditos permaneciesen tan inalterables, como un navío encantado en medio de una tormenta deshecha."²

En Valle de Santiago, son por lo menos 9 los casos en que la exigencia de pago de los réditos vencidos obliga al hacendado a rematar parte o la totalidad de su finca. Las haciendas de "Carmelitas Chico" y de "Pitayo" son embargadas por sus acreedores; los propietarios de "Huérfanos", "San Joaquín", "Santiago" y "Santa María", tienen que rematar estas fincas en subastas públicas; los de "Santa Rosa", "San José de Propios" y "Villadiego" llegan a un arreglo con sus acreedores; pero tienen que vender algunos predios para poder pagar los adeudos.³ Es probable que los demás hacendados del distrito evitaran embargos y remates sólo mediante pago de fuertes sumas a los detentores de las hipotecas.

A raíz de la Guerra de Independencia se produjo, pues, un importante fenómeno de transferencia de la riqueza de los hacendados al capital usurero: las corporaciones eclesiásticas, en nuestro caso. Al drenar lo fundamental del valor generado en la agricultura, para orientarlo hacia la construcción de templos y conventos, hacia el costoso mantenimiento del alto clero y hacia la multiplicación de las operaciones hipotecarias, las corporaciones eclesiásticas bloquean gravemente las posibilidades de acumulación de capital por parte de los terratenientes y, por lo tanto, de toda inversión productiva en las haciendas.

El auge del capital usurero es el principal motor del proceso socioeconómico en este período. El decaimiento que provoca entre los terratenientes de los años veinte, quienes con toda seguridad poseían sus fincas desde antes de la Independencia, permite el surgimiento de nuevos individuos que remplazan a aquéllos paulatinamente en la cúspide de la sociedad vallense. Por el procedimiento de los remates, se empiezan a ofrecer algunas fincas en venta: aparece un mercado de bienes raíces. Este fenómeno

² *Idem*, págs. 33-34.

³ Cf., *Protocolo Municipal*, actas del 27. VII. 1830; VIII. 1835 30. V. 1836; 14. XII. 1837; 23. I. 1838; 31. X. 1839 y 18. XI. 1839.

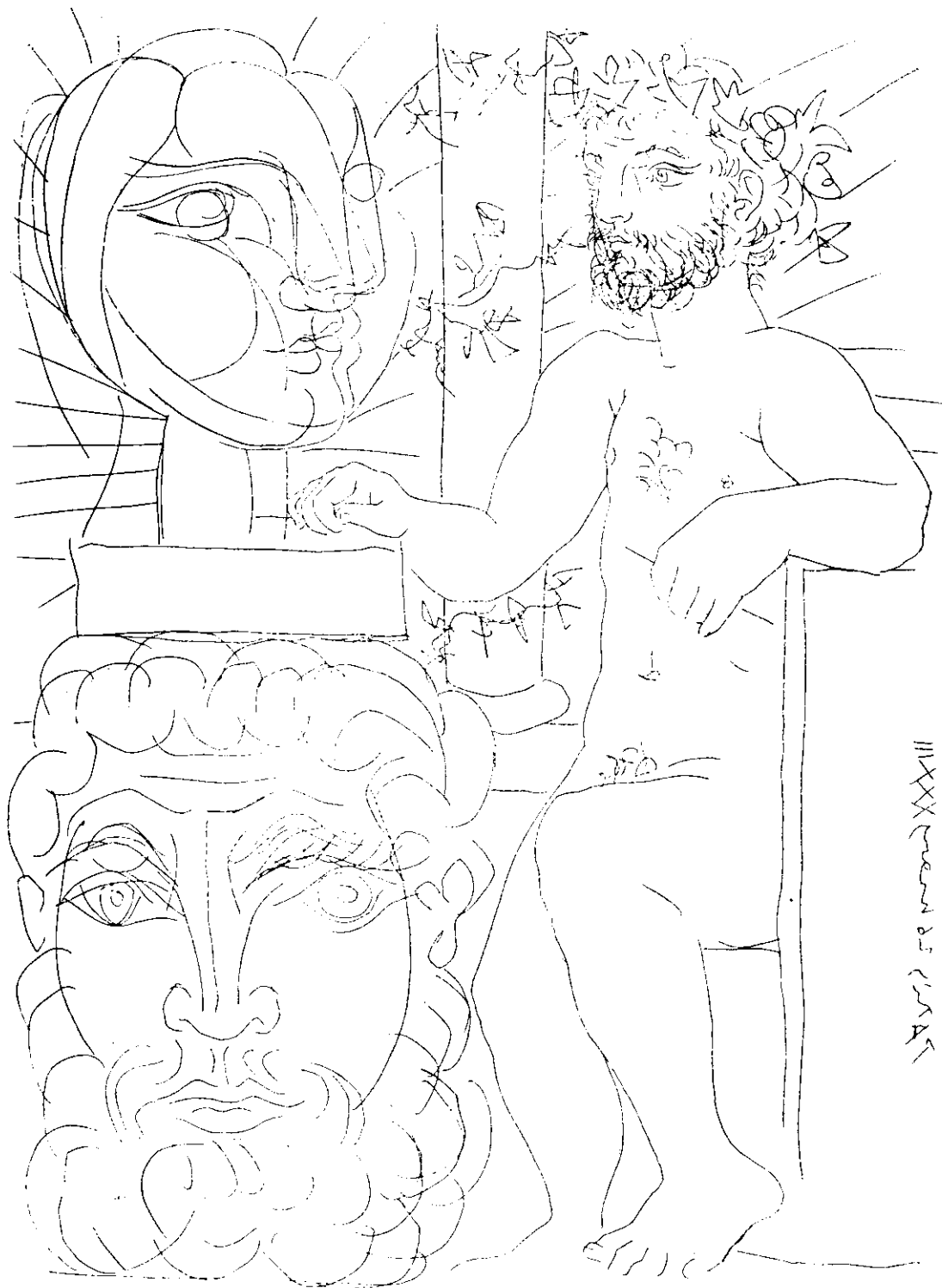
incipiente se amplía con la venta de las haciendas de algunos terratenientes que mueren sin dejar descendientes. Por ejemplo, los generales Luis y Pedro de Cortázar, dueños del enorme latifundio de Parangueo, mueren en 1840 y 1850, respectivamente. En el año que precede a su muerte, Pedro de Cortázar se deshace de todas sus propiedades. De ahí resulta que en el curso del decenio 1821-1830, se registra en el Protocolo Municipal una sola operación de compra-venta de finca rústica, por un monto de 12 000 pesos, mientras que en el decenio 1831-1840, las operaciones aumentan a 13, por la suma de \$ 45 837.00, y durante el lapso 1841-1850, se efectúan 24 operaciones por un monto de \$ 150 002.00.

Tales operaciones de compra-venta no implican solamente un cambio de los individuos que están a la cabeza de las haciendas; modifican también en buena medida la estructura de la tenencia. Para los años cincuentas, registramos un total de 26 propiedades que se reparten 41 haciendas o fracciones de ellas. En 30 años, se produjo un claro proceso de fraccionamiento; el número de terratenientes aumentó en un 44%. Se ensanchó la base de la pirámide que ocupaban los propietarios. El latifundio de Parangueo cambió de manos y se redujo ligeramente: cuenta ahora con 65 000 has. Tenemos, al igual que en 1820, dos propiedades de más de 2 000 has, y 7 con extensión de 10 a 25 caballerías (de 430 a 1 070 has.); pero, además, encontramos ahora a 16 propiedades de menos de 10 caballerías, de las cuales 4 no alcanzan las 5 caballerías (214 has.).

Los cambios que afectan al grupo terrateniente, de 1820 a 1855, son de envergadura: de las 32 haciendas registradas en 1820, tan sólo 8 no cambian de dueño⁴ ni se fraccionan. La élite terrateniente local se ha renovado casi por completo: desaparecieron de la escena los propietarios que heredaron sus fincas del período colonial. Escapa a este proceso la Iglesia: de las 8 haciendas que no cambian de dueño ni se fraccionan, 6 pertenecen a corporaciones eclesiásticas. Siendo el mayor prestamista del país, la Iglesia experimenta una gran prosperidad económica en estos años: cobra adeudos, embarga varias fincas, y multiplica las hipotecas a su favor.

Sin embargo, el clero no es el único beneficiario en el ocaso de los antiguos propietarios; algunos grandes arrendatarios se apresuran en ocupar el lugar dejado por éstos. La ascensión de los arrendatarios es comprensible, puesto que, si bien sufrieron, al igual que los terratenientes, la situación que imperó durante la

⁴ No se consideró como cambio de dueño el traspaso de una finca, por herencia, dentro de una misma familia.



Illegible vertical text or signature on the right side of the drawing.

Guerra de Independencia, pudieron, una vez terminadas las hostilidades, restablecer más fácilmente su estado económico, por no tener que arrastrar el enorme fardo de diez años de réditos vencidos. Así, pues, se encuentran a menudo en posición de fuerza frente a los terratenientes que les dan sus fincas en arrendamiento. Adelantan a veces el importe total de las rentas para todo el período de arrendamiento previsto; hacen incluir en los contratos cláusulas que les dan prioridad en caso de venta de la finca, y acaban frecuentemente por adueñarse de la hacienda arrendada. El ejemplo más notable de este fenómeno es el de don Manuel Roa, quien en Valle, a finales de los veintes, comenzó a hacer algunos préstamos y otorgamientos de fianza, y a tomar terrenos en arriendo. Amplía paulatinamente sus actividades al arrendar las haciendas de "San Javier" y "Primera y Segunda de Síntora", y acaba por comprarlas. Expande aún más sus actividades de prestamista y sus posesiones en bienes raíces. A su muerte (1847), la fortuna acumulada es considerable. En 1852, se reparten sus bienes entre los herederos: el valor de la testamentaria asciende a 273 584 pesos; se compone de 6 haciendas, con una extensión total de 2 422 has.; de 11 casas en la ciudad de Valle; de una tienda (con existencia de grano y de otras mercancías); de 64 000 pesos en efectivo y de numerosas deudas activas.⁵ En 30 años, el arrendatario de unos potreros llegó a ser uno de los hombres más ricos de Valle.

Para los grandes arrendatarios, esto no es más que el principio de una progresión económica y social que la Reforma va a estimular, al posibilitar la entrega de los bienes de mano muerta a sus arrendatarios.

II. *La Reforma: la desamortización y la restructuración de la clase propietaria.*

La prepotencia de la Iglesia que, a mediados del siglo XIX, era a la vez el principal casero, el mayor terrateniente, el mayor prestamista y el mayor líder espiritual del país, no podía dejar de suscitar el recelo del gobierno liberal que trataba de afianzar el dominio del estado sobre la nación. A raíz de esta situación, surge el movimiento de la Reforma.

Puede decirse que las Leyes de Reforma (particularmente la Ley de Desamortización de 1856 y la Ley de Nacionalización de los bienes del clero de 1859) fueron acogidas con júbilo por una

⁵ Cf. *Prot. Mpal*, actas del 7. IX. 1824; 9. XII. 1831; 5. III. 1833; 18. XI. 1839; 25. XI. 1848 y 18. VIII. 1852.

buena parte de los terratenientes y arrendatarios de Valle de Santiago. Los bienes acumulados por el clero en este municipio, como en el resto del Estado de Guanajuato, eran cuantiosos, y se habían acrecentado durante los últimos decenios. Las diversas corporaciones eclesiásticas poseían, en 1856, 5 haciendas, un rancho y varias casas urbanas con valor total de 211 231 pesos; tenían tres fincas embargadas por valor de 23 196 pesos; por fin, el monto de los gravámenes a su favor que reportaban haciendas y casas ascendía a \$112 203.00. La fortuna total de la Iglesia en el municipio era de 346 330 pesos, y le producía 20 900 pesos anuales por concepto de rentas y réditos.

Las fincas rústicas constituían lo esencial del patrimonio eclesiástico. Esto no implica, sin embargo, que la Iglesia haya estado más ligada con la producción agrícola en Valle de Santiago. Fundamentalmente, la Iglesia era una *rentista*: se conformaba con dar sus haciendas en arriendo, y no se preocupaba por mejorar el estado de las construcciones o por realizar inversiones que aumentaran el valor de las fincas.

El monto total de las deudas activas del clero se encontraba repartido en la forma de un gran número de pequeños créditos. Parece que la Iglesia procuraba evitar los riesgos de insolvencia, al preferir prestar sumas reducidas a numerosos hacendados, en lugar de un gran capital a uno o varios individuos. Estos créditos gravaban en total a 17 haciendas y a varias casas en la cabecera municipal. La casi totalidad de los terratenientes de Valle estaba endeudada, pues de las 32 haciendas registradas, 5 eran propiedad del clero, otras 3 estaban embargadas, y 17 reportaban adeudos a favor de corporaciones eclesiásticas. Tan sólo 7 fincas, o sea el 22% del total, escapaban al dominio de la Iglesia. Así, pues, el poder económico de la clase terrateniente era, en gran parte, más aparente que real. La buena marcha de las haciendas, que, según un estereotipo, son en todo momento sólidas unidades autosuficientes, estaba supeditada en cierto grado al suministro de fondos, por parte del capital usurero, ya se trate de corporaciones eclesiásticas o ya de prestamistas particulares.

La dispersión de los préstamos, anteriormente señalada, debilita bastante la posición de la Iglesia en el momento crucial: un considerable número de los terratenientes de Valle y todos los arrendatarios de las fincas del clero van a sacar provecho de las Leyes de Reforma y se convertirán, por lo tanto, en aliados del gobierno liberal. Así, es interesante notar que la Iglesia fue creando una formidable coalición de intereses en su contra, aun cuando su

dominio económico no es abrumador. Por cuantiosos que fueran sus bienes en el municipio, distaba mucho de poseer la mitad o siquiera la cuarta parte de la riqueza de la zona. De ninguna manera puede afirmarse que la propiedad de la tierra se encuentra, en 1856, "amortizada" en manos del clero. Al contrario, vimos que desde antes de esta fecha, existe en Valle un mercado de bienes raíces bastante activo; al permitir la inclusión de las 8 haciendas que poseía o controlaba el clero en este mercado, las Leyes de Reforma le imprimen mayor dinamismo a éste, pero no lo hacen surgir de la nada.

El movimiento de la Reforma pasa por tres fases. La primera la abre la Ley de Desamortización de 1856; en menos de quince días, los arrendatarios de las haciendas de "Terán", "Pantoja", "San Javier", "Pitayo" y "Aróstegui", solicitan y obtienen del jefe político del distrito la adjudicación de estas fincas, lo que ocasiona la mayor transferencia de propiedad registrada en Valle hasta esta fecha, ya que el precio total fijado para estas adjudicaciones alcanza \$ 137 017.00.⁶ Pero, en marzo de 1858, las fuerzas conservadoras se adueñan del Estado de Guanajuato, y anulan las adjudicaciones. La tercera fase se inicia con la vuelta al poder de los liberales, en 1860, y se desarrolla conforme a la Ley de Nacionalización de los bienes del clero. Esta ley prevé la confiscación por la nación de todos los bienes de las corporaciones eclesiásticas, cualquiera que sea su forma (bienes raíces o capitales), y la posibilidad para los deudores de rescatar los créditos mediante la entrega de una pequeña fracción del monto total en efectivo y el pago del resto en bonos de la deuda nacional.⁷

A partir de 1861, los exarrendatarios de las fincas del clero obtienen la revalidación de las adjudicaciones de 1856 y aprovechan las facilidades ofrecidas por el gobierno liberal para liquidar el adeudo creado por esta transacción. Por otra parte, la mayoría de los terratenientes "endrogados" con el clero se arreglan con el gobierno del estado para anular sus deudas. Algunos cometen el error de no pedir ellos mismos el rescate del capital piadoso que grava su finca; dejan así campo libre a los hábiles especuladores que entienden rápidamente cómo sacar provecho de la coyuntura: adquieren del gobierno los derechos sobre estos capitales mediante la entrega en efectivo de una cuarta parte del

⁶ Cf., *ibidem*, actas del 27. IX 1856; 2. X. 1856, 4, 6, 9 y 10. X. 1856.

⁷ Estos bonos de la deuda nacional se adquirían al 5 o 10% de su valor nominal. Cf., BAZANT, Jan: *Los bienes de la Iglesia en México. (1856-1875)*. México, El Colegio de México, 1971. pág. 183.

monto del adeudo; luego, exigen de los propietarios de la finca gravada el pago inmediato de la suma total; al negarse éstos, obtienen del jefe político el embargo de la finca y su remate por las dos terceras partes de su valor fiscal.⁸

Los efectos del movimiento de la Reforma sobre la estructura socioeconómica de Valle de Santiago son importantes:

a) El mercado de bienes raíces toma un gran impulso; durante el período 1841-1855, el monto anual promedio de ventas de fincas fue de 10 811 pesos; durante el período de la Reforma (1856-1870), este monto salta a la cifra de 26 426 pesos anuales.

b) A causa de la desamortización de los bienes del clero, desaparecen los últimos propietarios que poseen sus fincas desde el período colonial. En este sentido, la Reforma concluye el movimiento iniciado en el lapso anterior; en medio siglo (1820-1870), los miembros componentes de la clase terrateniente se han renovado por completo.

c) Permite a los terratenientes sanear provisoriamente la economía de sus haciendas, gracias al rescate, a vil precio, de los adeudos que las gravaban. Al descargarse del peso de los réditos, los hacendados hubieran podido dedicar los ingresos obtenidos de sus fincas a la inversión productiva. En realidad, las cosas no suceden así: en la mayoría de los casos, tan pronto como es borrada su cuenta con el clero, los terratenientes vuelven a endeudarse, esta vez, con prestamistas laicos.

d) Ocasiona el traspaso de las fincas del clero a sus arrendatarios. Frecuentemente, se interpreta este fenómeno como una especial manifestación del desarrollo del capitalismo en el campo, en el sentido de que la propiedad de la tierra pasa, debido a la Reforma, de manos de un terrateniente ausentista —la Iglesia— a las de unos empresarios agrícolas capitalistas —los arrendatarios—. Sin embargo, por lo menos en la zona de que se trata, tal cambio no tiene esa implicación, pues apenas convertidos en propietarios, sea por compra de una finca a un particular o sea por una adjudicación, los arrendatarios dejan de funcionar como organizadores de la producción, para convertirse a su vez en rentistas, dando su recién adquirida propiedad en arriendo. En este sentido, la Reforma provoca la sustitución, a la cabeza de algunas hacien-

⁸ En esta forma, logró Joaquín Benito Garma apoderarse de la hacienda de "San Vicente" por la suma de \$8 240 00; 30 años después, la misma finca se vende en \$240 000 00 Cf., *Prot. Mpal.*, actas del 16. I. 1863 y del 3. IV. 1878, y *Registro Público de la Propiedad*, acta 14, libro 25, 1909.

das, de un rentista de tipo particular, el clero, por otro grupo de rentistas, esta vez laicos.

e) Elimina a la Iglesia de una actividad de suma importancia: la usura, y deja así el campo libre a un pequeño y poderoso grupo de prestamistas particulares. Por una ironía de la historia, la mayor parte de estos nuevos usureros acumulan sus capitales iniciales gracias a las afectaciones de los bienes eclesiásticos.

f) Permite el surgimiento de un pequeño grupo de individuos que serán los “pudientes” de Valle durante el porfiriato. Un rápido análisis de los beneficiarios de la Reforma enseña que el conjunto de los adjudicatarios puede dividirse en dos grupos bien definidos. El primero agrupa a los que sacaron tan solo un provecho limitado o efímero de las Leyes de Reforma: se trata de los terratenientes que redimieron un capital piadoso, de pequeños adjudicatarios, que se convirtieron en propietarios del minifundio que les arrendaba la Iglesia, y de personas que obtuvieron la adjudicación de una finca importante; pero la perdieron rápidamente por incapacidad de pagar el monto total de la transacción. Este grupo es netamente el más numeroso, pues lo integran 14 individuos.

El segundo grupo se compone de aquellos que atesoraron cuantiosos capitales debido a la desamortización, y lograron mantenerlos o acrecentarlos durante los decenios posteriores. Pasamos a mencionarlos a continuación: Nicolás García de León, adjudicatario de las haciendas de “Pantoja” y “La Bolsa”; Moisés González, quien adquiere la finca de “San Javier”; Joaquín Benito Garma, quien se apodera, gracias a la compra de capitales piadosos, de las haciendas de “San Vicente” (Valle de Santiago), “La Cal” (Mpio. de Salamanca), “La Concepción” (Mpio. de Pénjamo) y “La Era” (Querétaro), y, finalmente, Matías Beraza, adjudicatario de “Terán”.

Todos ellos adquieren otras fincas después de la Reforma. El objetivo de éstos no es ampliar sus actividades, pues no cultivan directamente sus propiedades; las tierras constituyen más bien meras fuentes de renta o materia para especular. Además, estos grandes beneficiarios de la Reforma tienen en común el hecho de dedicarse al préstamo usurario: tal es el caso de Moisés González, de J. B. Garma, y, en menor escala, de Matías Beraza. Nicolás García de León muere en 1861; pero el más destacado de sus herederos, su nieto Refugio Aguilar, se convierte, durante el porfiriato, en el mayor prestamista que Valle haya conocido.

Así, las riquezas acumuladas de resultas de la usura, volvieron, después de su confiscación por el estado, a la usura.

La eliminación de la Iglesia de la escena económica del país provoca, pues, un gran dinamismo en la estructura social. Pero no es una hipotética clase de pequeños propietarios, a la que querían alentar los liberales, atribuyéndole las mayores virtudes cívicas, la que aprovecha estas nuevas oportunidades. El pequeño grupo de individuos que emerge después del remate de los bienes eclesiásticos, para ocupar luego la cúspide de la pirámide social vallense, es bien distinto: forma una clase particular cuyos miembros son a la vez grandes propietarios desligados de la producción (rentistas) y especuladores en bienes raíces, que no desdeñan, en ocasiones, el comercio, y tienen una afición especial por la usura. Este núcleo, que nace de las circunstancias particulares de la Reforma, alcanzará su pleno desarrollo con la paz y el crecimiento económico que caracterizan al porfiriato.

III. *El Porfiriato: emergencia de la burguesía comercial-agraria.*

Al contrario de los primeros setenta años del siglo XIX, que fueron en su mayoría de inseguridad, de inestabilidad política y de relativo estancamiento económico, las últimas décadas ofrecen un panorama de prosperidad. Esta impresión es más fuerte en aquellas regiones, como el Bajío, en donde la casi total ausencia de comunidades indígenas determinó que no se produjera el violento proceso de “descampesinización” que sacudió al agro mexicano durante el porfiriato. Debido a la construcción de los ferrocarriles,⁹ los grandes mercados son fácilmente accesibles, y la agricultura vallense recibe el estímulo de una demanda en crecimiento. Con mano férrea, los “rurales” mantienen el orden público en el campo, y el “bandidaje”, del que se quejaban tanto los hacendados de Valle, en los años 60-70,¹⁰ prácticamente desaparece.

⁹ La línea Querétaro-Irapuato, que pasa a unos 20 km. de Valle, data de 1890; en 1904, se inaugura el ramal Salamanca-Jaral que conecta el municipio de Valle con la red nacional.

¹⁰ Cf., la opinión de dos abogados sobre la situación de las haciendas vallenses en 1872: “Es un hecho inegable ... que la propiedad rústica se encuentra hoy abatida hasta la última extremidad. Esta degradación ha sido más grave en aquellos puntos que han tenido que sufrir más por la inseguridad, y entre ellos se observa que el Valle de Santiago es uno de los que, con este motivo, han padecido en mayor escala. Su posición topo-

1. *El auge de la producción agrícola.*

La producción agrícola llega a tener un crecimiento notable. No encontramos datos, a nivel municipal, para todo el período; pero las cifras para la década 1896-1906 son elocuentes: el valor de la producción agrícola, a precios constantes, se triplica, pasando de \$ 518 808.00 en 1896 a \$ 1 690 779.00 en 1906.¹¹ La amplitud del aumento parece exagerada;¹² sin embargo, está fuera de duda que en estos años se registra una gran expansión de la producción. Los ingresos que perciben los agricultores y los terratenientes suben todavía más aprisa, ya que los precios de los productos agrícolas que venden, muestran un alza mayor que el índice de precios de los bienes no alimenticios.¹³

Lógicamente, el precio de la tierra y las rentas de las haciendas siguen el mismo movimiento. Durante el período estudiado, 8 haciendas o fracciones de haciendas se venden dos veces: en 7 casos, el valor de la finca, a precios constantes, aumenta de una venta a otra en un porcentaje que fluctúa del 11% (hacienda de "Huérfanos") al 235% (hacienda de "Pantoja"). En el caso de las rentas, el alza es menor, pero apreciable, pues fluctúa entre el 3% ("Carmelitas Grande") y el 67% ("Carmelitas Chico"). Ya que el precio de la tierra tiende a aumentar, su compra y venta llega a ser un negocio provechoso. Este fenómeno repercute claramente, dinamizando el mercado de bienes raíces, que experimenta un auge sin precedentes. El monto de las transacciones por quinquenio (a precios constantes) pasa de \$ 141,263.00 (1886-1890) a \$ 926,715.00 (1906-1910); o sea, un aumento del 556%.

2. *La evolución de la estructura agraria*

A raíz de estas numerosas ventas, se producen en la estructura agraria, cambios de gran relevancia. El proceso local toma un rumbo distinto del que se observa durante el porfiriato a

gráfica, sus mismos elementos agrícolas y la circunstancia de estar situado en la frontera que divide al Estado de Guanajuato del de Michoacán. han favorecido los planes de todos los rebeldes y malhechores..." *Prot. Mpal*, acta del 28. X. 1872.

¹¹ *Anuarios estadísticos de la República Mexicana*, Secretaría de Fomento, Colonización e Industria, México, 1896, 1898 y 1906.

¹² Quizás 1896 fue un año de malas cosechas; si tomamos el año de 1898 como base (1898=100), el índice para 1906 es de 166.

¹³ *Cf.*, *Estadísticas económicas del porfiriato*, El Colegio de México, Seminario de Historia Moderna de México; México, sin fecha.

nivel nacional. Lo que distingue al campo vallense en estos años, no es el fortalecimiento de los grandes latifundios, su expansión a costa de las comunidades indígenas, sino el fraccionamiento de varias haciendas y el surgimiento de pequeñas unidades de producción con características propias: los *ranchos*.

El principal mecanismo responsable de la parcelación de las haciendas es el sistema de herencia. Al morir un terrateniente o su esposa, se efectúa un inventario de los bienes acumulados por la pareja durante sus años de vida matrimonial; se atribuye la mitad de estos bienes al cónyuge *superstite* por "gananciales en el matrimonio"; la otra mitad se reparte entre los demás herederos. Tal sistema se aplicó, a todo lo largo del siglo XIX y fue una de las causas de la disolución de las grandes fortunas de los años cincuentas (las de José Antonio Benito González y de Manuel Roa, por ejemplo). Lo nuevo, en el período a que nos referimos ahora, es que estas divisiones de bienes se multiplican y se hacen irreversibles en la medida en que los herederos ya no permanecen al frente de sus predios, sino que los venden a individuos ajenos a la familia. Las parcelas salen así del patrimonio familiar y llegan a constituir unidades de producción autónomas.¹⁴ Las ventas de fracciones predominan netamente: de las 177 operaciones de venta de predios rústicos que se registran en Valle, de 1881 a 1910, tan solo 27 implican el traspaso de propiedad de una hacienda entera; las otras 150 se refieren a venta de ranchos o fracciones de haciendas. Este proceso es de tal dimensión, que algunos "recién llegados" al seno de la clase terrateniente de Valle tienen que realizar numerosas operaciones de compra de terrenos para lograr establecer una unidad de producción de importancia.¹⁵

De este fenómeno surgen los ranchos. Su auge en este período es impresionante. Recordemos que el censo de 1830 registraba la existencia de 39 haciendas y la total ausencia de ranchos. En 1883, se registran 30 haciendas y 94 ranchos; en 1904, 35 haciendas y 124 ranchos.¹⁶

Las haciendas representan el polo pasivo de la estructura

¹⁴ En algunos casos, las ventas de fracciones pueden deberse a la decisión de un hacendado de deshacerse de una parte poco productiva o muy alejada de sus propiedades.

¹⁵ Tal es el caso del general Francisco Franco, quien compra la hacienda de "Villadiego" en tres operaciones, y "La Cal" y "La Tinaja", en 14 operaciones.

¹⁶ Cf., *Memoria del Estado libre y soberano de Guanajuato*, leída por el C. gobernador, Lic. Manuel Muñoz Ledo, en la solemne instalación del décimo Congreso Constitucional, Guanajuato, 1883.

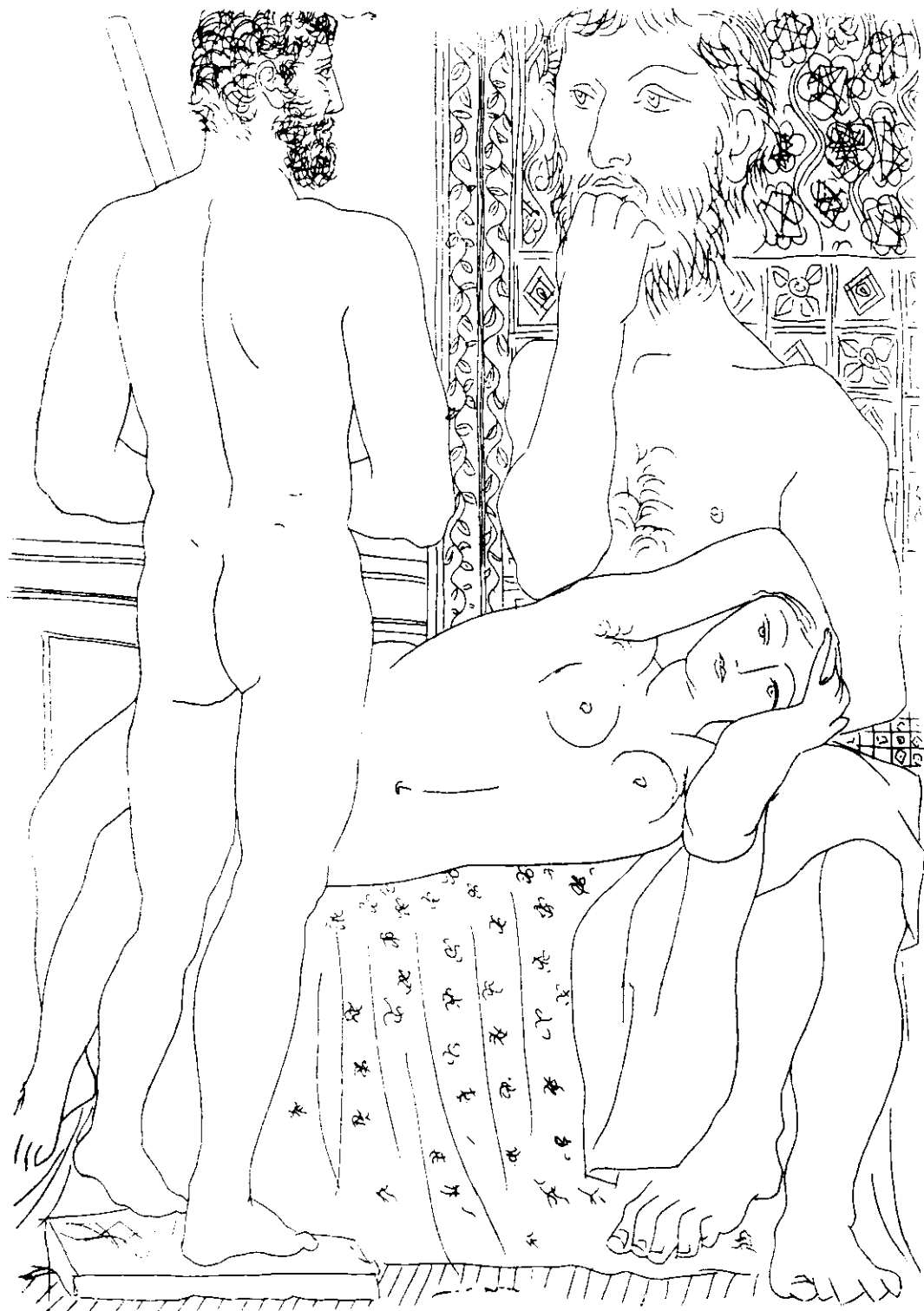
agraria vallense. Al no existir tierras baldías ni comunidades indígenas en detrimento de las cuales expandirse, las haciendas conservan, en el mejor de los casos, la misma superficie; más frecuentemente, son fraccionadas, como ya se ha visto. Este hecho no excluiría, *a priori*, que hayan podido elevar su producción, por la intensificación de los cultivos. No disponemos de datos sobre la producción respectiva de los ranchos y las haciendas; sin embargo, tenemos la impresión de que la producción de las haciendas no aumentó, o el crecimiento fue mínimo. En efecto, el 71% del aumento de la producción agrícola registrada de 1896 a 1906, se debe a una elevación en la producción de maíz. Ahora bien, el maíz es el típico cultivo de subsistencia, del cual se ocupan más bien las unidades de tipo familiar, y no las haciendas, las cuales están más orientadas hacia el mercado, máxime si la evolución del precio del maíz no es especialmente favorable. Parece, pues, que son los ranchos los que incrementan su producción, y nos las haciendas.¹⁷

3. Características de las haciendas vallenses

Desafortunadamente, los datos sobre la economía de las haciendas de Valle son muy escasos. La información disponible se refiere a indicaciones indirectas que aparecen en los contratos de arrendamiento o en las actas de venta. La idea que reflejan del funcionamiento de las fincas de Valle, difiere bastante de los estereotipos que circulan acerca de las haciendas. Para empezar, si exceptuamos el latifundio de Parangueo con sus 19 578 has., todas tienen una extensión limitada, en comparación con los criterios de la época. De las 30 haciendas mayores del municipio, 15 tienen menos de 500 has. y de labor en promedio; 9 tienen 1 078 has. de labor en promedio, y solamente 5 tienen una superficie total de más de 2 000 has. (con un promedio de 1 428 has. de labor.¹⁸ De la superficie de labor, solo una parte disponía de riego, suministrado por los canales que distribuyen las aguas del río Lerma (para las haciendas que pertenecían al Laboratorio de Valle de Santiago) o por pequeñas presas donde se almacenaba el agua durante la temporada de lluvias (caso de San José de Parangueo). Por lo que se refiere a las haciendas

¹⁷ Las dos comunidades indígenas del municipio, "La Magdalena" y "San Jerónimo Araceo", ya habían perdido la mayoría de sus tierras durante la Reforma.

¹⁸ Cf., *Correspondencia del presidente municipal*, carta del 23. V. 1905.



del Laborío, 15 disponían de menos de 5 caballerías *mercedadas* con agua, 14 controlaban entre 5 y 10 caballerías, y 4 tenían más de 10 caballerías (con un máximo de 18 caballerías).¹⁹ Al parecer, esta parte regada de las haciendas era la que estaba en cultivo bajo la administración directa del propietario o del arrendatario principal. En estas áreas, se realizaban los cultivos comerciales: el trigo principalmente, pero también la caña de azúcar, el camote, el cacahuate, el garbanzo, etc. Las zonas de temporal, dedicadas especialmente al cultivo del maíz, eran por lo general, entregadas a pequeños aparceros con los cuales terratenientes o arrendatarios principales hacían contratos orales.²⁰ Estas fracciones en cultivo indirecto eran casi marginales en la mayoría de las haciendas del Laborío (es decir, de la zona de riego); pero tenían una gran importancia en las haciendas mayores de la zona oeste del municipio.²¹

Estas haciendas, de tamaño relativamente reducido, dedicadas principalmente al cultivo directo, no eran el universo social cerrado que se pinta habitualmente. Los terratenientes y los grandes arrendatarios radicaban casi todos en la ciudad de Valle, y no en las haciendas. Al parecer, casi toda la mano de obra estaba encomendada a jornaleros diseminados en las rancherías de los alrededores de la finca, y no por peones acasillados, fincados dentro del perímetro de la hacienda.²²

El hecho más notable es la casi total inexistencia de tiendas de raya en las haciendas.²³ Varios factores pueden explicar esta curiosa e interesante ausencia. En primer lugar, gracias a la fuer-

¹⁹ Cf., *Respetuoso homenaje de consideración al Sr. Lic. Joaquín Obregón González, Presidente del Laborío de Valle de Santiago, en su día onomástico*, 18 de agosto de 1901. Museo de Valle de Santiago.

²⁰ Son muy escasos los contratos de aparcería que se encuentran en el Protocolo Municipal, en comparación con el gran número de contratos de arrendamiento.

²¹ En la hacienda de "San José Paranguero", que se dedicaba principalmente a la ganadería, había 8 374 has. de maíz sembradas por medieros, mientras solamente 473 has. de trigo eran sembradas, por cuenta directa de la hacienda. Cf., *Mapa de la Hacienda de San José Paranguero, 1895*. Documento propiedad del Ing. Manuel del Moral y Gutiérrez. Recordemos que esta hacienda constituye un caso excepcional en la estructura agraria de Valle.

²² Esta consideración se funda en listas de raya de la hacienda de "San Antonio", del año de 1897. A pesar del corto intervalo que separa una lista de la otra (6 semanas), numerosos son los nombres de peones que aparecen una sola vez.

²³ En ninguno de los inventarios de las haciendas del municipio, por muy detallados que sean, se menciona la existencia de una tienda de raya. Por otra parte, un documento, etc.

te densidad de población, en la zona existía abundante mano de obra disponible y, por lo tanto, no era necesario recurrir al mecanismo del endeudamiento para ligar a los peones con la hacienda. En segundo lugar, todas las haciendas del municipio se encontraban relativamente cerca de la ciudad de Valle; así, peones, medieros y rancheros, podían fácilmente realizar sus compras en el núcleo urbano. En tercer lugar, debido a su poca extensión, las haciendas empleaban una fuerza de trabajo reducida, que constituía un mercado demasiado limitado como para justificar la instalación de una tienda.²⁴ Esta ausencia de las tiendas de raya tiene una gran significación, pues implica que no se daba en Valle el avasallamiento de la mano de obra a través del endeudamiento, fenómeno que se considera, por lo general, como la característica de las haciendas porfirianas. Estos elementos parecen indicar que las haciendas vallenses eran fundamentalmente centros de producción estrechamente vinculados a la cabecera municipal y al mercado nacional, y no los asentos de micro-sociedades cerradas frente al mundo exterior.

Comúnmente, los terratenientes arrendaban sus fincas. El término de los arriendos fluctuaba entre 3 y 7 años prorrogables. A cambio de la renta, el arrendatario tenía plena libertad para efectuar los cultivos por él escogidos, así como para subarrendar fracciones de la finca. Los arrendatarios, habitualmente, eran administradores de fincas y no agricultores ellos mismos. Con frecuencia poseían también una hacienda, de manera que se daba a veces la situación paradójica de un terrateniente que entregaba su propia finca en arriendo y, al mismo tiempo, tomaba él otra en arriendo.²⁵

La situación de la mayoría de estos terratenientes rentistas, bastante precaria durante la primera parte del siglo XIX, pese a haber mejorado, sigue siendo frágil a lo largo del porfiriato. Ni el rescate de los créditos piadosos, ni el incremento de la producción agrícola han logrado consolidar la economía de este grupo social. Una primera prueba de ello es su endeudamiento generalizado: casi todas las haciendas de Valle estaban hipotecadas. Tan sólo 7 fincas, de un total de 32, no tenían gravamen alguno. Estas hipotecas eran a veces tan cuantiosas, que el propietario no podía soportar la carga de los intereses, y tenía que

²⁴ De hecho, las únicas tiendas instaladas en haciendas, de las cuales existe alguna mención, se encontraban en "San José Parangueo" y "Pan-toja", las dos fincas más grandes del municipio.

²⁵ Cf., *Prot. Mpal.*, actas del 12, X. 1864 y del 16. VII. 1867.

vender.²⁶ Los terratenientes se encontraban, pues, en una clara relación de dependencia frente al pequeño grupo de prestamistas particulares que surgen con posterioridad a la Reforma.

Otro índice de esta debilidad es la gran cantidad de ventas de fincas. Ya mencionamos la importancia de las ventas de fracciones; este tipo de operación podía sacar momentáneamente de apuros a un terrateniente. Pero el movimiento de ventas no se limita a estas parcelas; la mayoría de las haciendas cambian de manos en varias ocasiones, durante el período 1870-1910. Valiéndonos de los documentos del Protocolo Municipal, pudimos rastrear la historia completa de 33 haciendas. De ellas, 10 permanecen en la misma familia en este lapso; 7 cambian una vez de manos; 6, dos veces, y 10, cambian de propietarios tres o más veces. Existía, pues, una tremenda movilidad en el seno de la clase terrateniente. La misma importancia de las hipotecas facilitaba mucho el acceso a la propiedad: el comprador asumía, por lo general, el gravamen, y se limitaba a pagar en efectivo la diferencia entre la hipoteca y el precio de venta. Cuando más cargada de hipotecas se encontraba una finca, más probable era su transferencia de un propietario a otro. La tierra, en Valle de Santiago, no se encontraba "amortizada" en manos de un cerrado grupo de terratenientes; al contrario, circulaba como cualquier mercancía, permitiendo así una perpetua renovación de los miembros de la clase latifundista.

4. *La burguesía comercial y usurera*

El período del porfiriato es clave para el surgimiento del sector comercial. El establecimiento de modernas vías de comunicación, la seguridad de los transportes y, sobre todo, la abolición de las alcabalas (1896), facilitan la circulación de las mercancías.

En Valle de Santiago, la proximidad de los grandes centros de consumo estimula al comercio de los productos agropecuarios. Por lo demás, la prosperidad, que en la zona va unida al crecimiento de la producción agrícola, crea nuevos consumidores de bienes no autóctonos, ampliándose así el mercado. La importancia que adquiere el sector comercial en Valle se refleja en la constitución de las sociedades mercantiles.²⁷ La aparición de esas

²⁶ Casos de las haciendas de "Guantes", "Pantoja", "San Joaquín", "Santa Catalina", "Santa María" y "Segunda de Sintora."

²⁷ Se trata de contratos firmados por dos socios, cuando menos, para el giro de cualquier tipo de negocios. Si bien no podemos registrar, por

empresas comerciales atestigua que se produce una multiplicación de las actividades mercantiles durante los últimos decenios del porfiriato: de 1891 a 1900, se registran 13 constituciones de sociedades mercantiles, y de 1901 a 1910, 33. En los decenios siguientes, su número cae a 10 (1911-1920), luego a 3 (1921-1930), y, finalmente, a 4 (1931-1940).

El desarrollo del sector comercial en Valle coincide con el período de apogeo de las haciendas en el país. Por lo tanto, el sistema de las haciendas no excluye la posibilidad de un comercio dinámico. Prueba de ello es que la destrucción de este sistema no estimuló las actividades comerciales, como podría esperarse a partir de la hipótesis de su carácter excluyente. Ello se explica por las características de las fincas vallenses, que acabamos de poner de relieve: proximidad de la ciudad de Valle, ausencia de las tiendas de raya.

El tipo de operaciones a las cuales se dedican las sociedades mercantiles creadas de 1890 a 1910 son, por orden de importancia: la abarrotería (11 sociedades), la compraventa de grano (10), el comercio de ropa (6), talleres (6), boticas, casas de empeño, hoteles, cantinas, etc. (13). Destaca la importancia de las sociedades creadas con el fin de comercializar el grano producido en la región; entre ellas, encontramos a las que cuentan con el mayor capital al momento de su creación, pues un 39% tiene un capital de más de \$ 5 000.00 cuando solo un 22% de todas las sociedades mercantiles alcanzan esta cifra. Este dato completa nuestro cuadro: muestra que no solamente los hacendados vallenses en general no ejercían funciones comerciales con respecto a la población que empleaban, sino que, además, no colocaban ellos mismos su producción en los centros de consumo. De esta última tarea se encargaban algunos comerciantes instalados en la ciudad de Valle.

Otra actividad que se amplía durante el porfiriato es la usura, más específicamente el préstamo hipotecario. En total, unos 15 individuos se dedican, a lo largo de este período, al préstamo, en combinación con alguna otra actividad (comercio, agricultura, especulación con bienes raíces). Este pequeño grupo tiene su jerarquía. En la cúspide reina, como amo indiscutido de la usura, don Refugio Aguilar: de 1892 a 1910, establece no menos de 58 contratos de préstamo hipotecario o de venta de bienes raíces

este medio, la creación de comercios manejados por un solo individuo, consideramos que la frecuencia de las constituciones de las sociedades mercantiles es indicativa del surgimiento del sector comercial en su conjunto.

con pacto de retroventa. La suma que tiene prestada (la cifra no incluye los desembolsos para comprar bienes raíces definitivamente fluctúa entre \$ 13 200.00 para 1894, y \$ 293 200.00 para 1910, año de su muerte. Los comerciantes Ramón Roperó, Ramón Velarde, Manuel y Antonio Alonso, así como Moisés González e hijos, y Benito López Baeza, son también prestamistas de primer orden, aunque sus operaciones no tienen la misma envergadura que las de Refugio Aguilar.

Las modalidades de los préstamos son variadas: encontramos, por ejemplo, el crédito hipotecario clásico y la venta condicional (el solicitante del préstamo vende un terreno con el pacto de poder retrotraer la operación en cierta fecha; en caso de no poder o no querer hacerlo, suele vender este derecho de retroventa al prestamista, quien se convierte en propietario del terreno. Como garantía, nuestros usureros aceptan terrenos agrícolas o urbanos, casas, derechos hereditarios, animales y herramientas, etc. Los intereses que figuran en los contratos fluctúan entre el 10% anual y el 2% mensual; es probable que, en muchos casos, la tasa real haya sido más alta, al entregar el prestamista una suma menor que la que figuraba en los contratos.

El perfil de este nuevo grupo comercial y usurero es bastante definido. Varios de sus integrantes hicieron sus primeras armas durante la Reforma, realizando negocios jugosos gracias a la especulación con créditos piadosos o a la adjudicación de fincas del clero. Una muy importante proporción de ellos son extranjeros: encontramos 13 españoles, entre los cuales destacan Joaquín Garma (especialista en rescates de capitales piadosos); los hermanos Alonso (los mayores acaparadores de grano de la época en Valle); y los grandes comerciantes y usureros Ramón Roperó y Ramón Velarde, Asisclo Aguinaco, Ismael Pastor, Benito López Baeza, Demetrio Ruiz Gomar, etc. Los franceses ocupan también una posición preeminente: los tres hermanos Derbez tenían la tienda de ropa y abarrotes mejor surtida de Valle y se dedicaban también al préstamo; eran igualmente comerciantes de ropa y prestamistas los socios Ulisse Gilly y Edouard Silve.

Esta burguesía comercial-usuraria tiene actividades bastante diversificadas. La mayoría combina el comercio con la usura. Todos se dedican a la especulación con bienes raíces: adquieren terrenos, sea por compra directa, o sea como pago de una hipoteca no saldada, para venderlos o arrendarlos transitoriamente. Pero varios de ellos poseen además una hacienda de importancia

que conservan a todo lo largo de su carrera y que dan en arriendo o administran directamente: tal es el caso de Moisés González con sus haciendas "San Javier", "San Joaquín" y "La Gachupina", o de Joaquín B. Garma con "San Vicente". El mismo Refugio Aguilar posee numerosos y extensos terrenos en la parte oeste del municipio, que recibió en herencia de Nicolás García de León, o adquirió posteriormente. Por cierto, entre las propiedades de estos burgueses encontramos a la mayoría de las haciendas que no están hipotecadas.

Obviamente, tenemos aquí a la fracción más poderosa del bloque hegemónico vallense. Al control de la tierra, añade el del capital financiero, lo que le permite establecer, a través de los créditos hipotecarios, relaciones de dominación sobre la fracción meramente propietaria de tierras. En pleno porfiriato, la fracción comercial-usurera de la clase que denominamos "burguesía agraria", juega ya un papel de primer orden en la estructura social de Valle.

Ahora bien, sería inadecuado proponer a estas alturas una división decisiva de la clase dominante en dos fracciones. Por una parte, la distinción es a menudo difícil de establecer. La casi totalidad de los comerciantes y prestamistas son, al mismo tiempo, propietarios de tierras; varios terratenientes, a su vez, otorgan ocasionalmente préstamos (Francisco Franco y Regino Franco, por ejemplo) Por otra parte, la cohesión de esta clase está reforzada con las relaciones de parentesco (afinidad, parentesco, ritual, etc): el general Francisco Franco, dueño de la hacienda "Villadiego" y máxima figura política a nivel local (es Jefe Político del distrito durante casi 20 años), casa a una de sus hijas con el hijo del prestamista Ramón Velarde, y otra, con Federico Garma, hijo de don Joaquín Garma. El mismo Garma (padre) se alía con otro gran comerciante y especulador español, Ismael Pastor, otorgándole la mano de su hija Dolores. Amado Olivares, propietario de "San José la Grande" era yerno de Moisés González; Ramón Roperó y Ramón Velarde eran compadres, etc. No olvidemos, en fin, que terratenientes y prestamistas tienen un punto en común: son rentistas. La mayoría de ellos está desligada de la producción. Si exceptuamos a uno que otro terrateniente que administra directamente su hacienda,²⁸ todos viven de rentas, cuya fuente es un préstamo o un terreno.

²⁸ Tal es el caso de "San José de Parangueo". Su dueño, don Manuel del Moral y Godoy, vive parte del año en la hacienda, y otra, en la capital de la República, delegando sus funciones en un administrador.

5. El sistema de dominación política

Este pequeño grupo controla firmemente el municipio. La máxima autoridad, a nivel local, es el Jefe Político del distrito. Siguiendo el ejemplo del Presidente de la República, el general Francisco Franco, propietario de "Villadiego", se reelige numerosas veces y ocupa el cargo desde 1879 hasta 1898. Le sucede un tal Pedro González, probablemente hijo del expresidente de la República Manuel González (éste adquirió varias haciendas en Valle durante la última década del siglo: "San José del Cerro", "Rosa de Castilla", "Huérfanos", y varios ranchos) González es remplazado en 1903 por Agustín Lanuza, quien fungía anteriormente como secretario y apoderado del Laborío de Valle. De 1907 a 1909, el jefe político es el doctor Andrés Ortega, dueño de las haciendas de "San José de Propios" y de "Casas Blancas". Cuando estalla la revolución, el presidente municipal de turno es el comerciante Crescencio Saavedra.

En cada hacienda y rancho, la autoridad del jefe político es representada por los jefes y jueces auxiliares, que aquél formalmente nombra. Esos "auxiliares" son, en realidad, testaferros de los hacendados, y un indicio de ello es que éstos sugieren al jefe del distrito a quiénes debe designar.²⁹ El hacendado puede hacer una denuncia de cualquier individuo que considere sospechoso o nocivo para sus intereses al jefe auxiliar; éste lo arresta y lo manda a la cárcel de Valle. Tal medida se aplica particularmente a todos los que no quieren trabajar como peones para la hacienda: los "vagos", pues la *vagancia* se considera como un delito. Prueba de ello es lo ocurrido, en 1904, en la hacienda de Pantoja: "El suscrito, Jefe Auxiliar de la expresada hacienda, a solicitud de su propietario, José Ortiz Madrazo, notificó a los vecinos de la referida hacienda... (sigue una lista de diez nombres) que si dentro de 15 días no se han separado de la hacienda, o transcurrido este término continúan negándose a prestar sus servicios como peones en las labores de campo mediante el jornal acostumbrado, serán aprehendidos y remitidos a la Autoridad Política del Distrito para los efectos del Decre-

²⁹ Cf., carta de Andrés Ortega a Manuel del Moral y Godoy, dueño de "San José Parangueo": "Muy Señor mío, deseando esta Jefatura a mi cargo cambiar los Jefes y Jueces Auxiliares de las haciendas y ranchos del Distrito, me permito suplicarle se sirva enviarme los candidatos que crea conveniente para los ranchos pertenecientes a esta hacienda..." *Corresp. del Pres. Mpal*, carta del 29. V. 1905.

to No. 6 del Séptimo Congreso del Estado”.³⁰ En 1910, se lleva a cabo exitosamente, en la misma hacienda, una operación contra los “vagos”, al término de la cual el jefe político, Crescencio Saavedra, agradece su colaboración al administrador de Pantoja, diciendo: “Cuantos individuos sean nocivos a esa hacienda, le he de estimar me los remita, pues sabe Ud. que siempre estoy en la más buena (sic) disposición de ayudarlo para moralizar a esta gentuza (sic)”.³¹ Este texto ilustra la solidaridad de clase que existe entre un comerciante (en su papel de gobernante) y un hacendado frente al campesinado. Hasta el estallido revolucionario de 1910, la clase dominante forma un bloque homogéneo para mantener el “orden público” en el campo, a sangre y fuego.

V. La Revolución y la Reforma Agraria: una nueva estructura de clases

Como era de esperarse, los miembros de la clase hegemónica de Valle son firmes partidarios de Don Porfirio. Al organizar los comicios de 1910, en los cuales Francisco I. Madero presenta su candidatura en oposición a la del general Díaz, el jefe político da órdenes terminantes a los responsables electorales para que “procuren que no salgan electores individuos del Club mencionado (el Club Antirreeleccionista Ignacio Allende), pues es evidente que pretenden serlo para causar molestias a la Autoridad, basados siempre en su maderismo”.³² Porfirio Díaz gana las elecciones en Valle de Santiago, como en el resto de la República; pero, como se sabe, no se mantiene durante mucho tiempo en la silla presidencial.

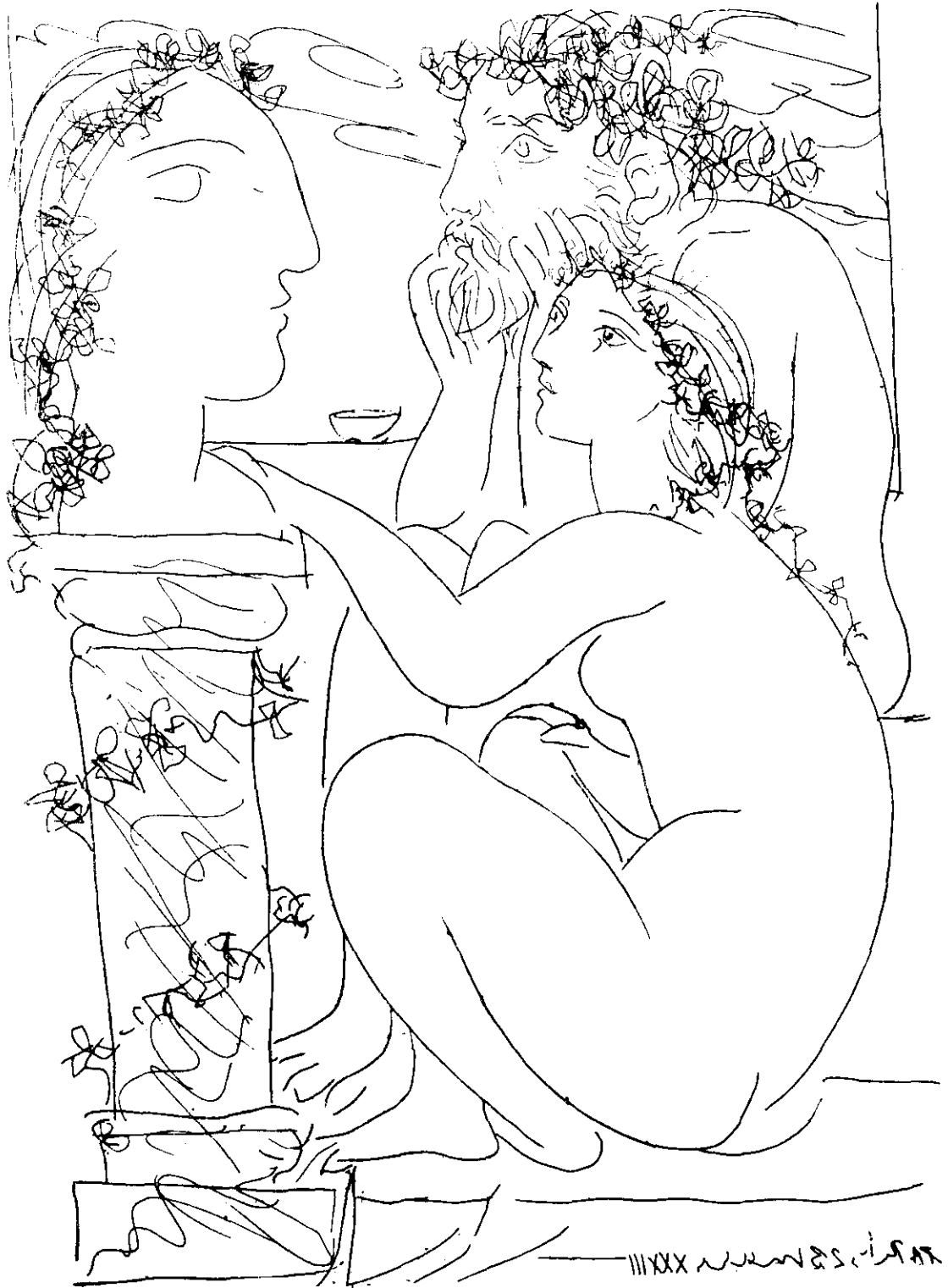
El movimiento revolucionario no tiene en Valle ni remotamente, la importancia y la profundidad que alcanzó en Morelos o en Chihuahua. La tormenta que sacude al país, toca a Valle por la tangente.³³ Sus manifestaciones se expresan básicamente en dos formas. La primera es la aparición de numerosas pandillas armadas que asolan al municipio, notablemente en su porción suroeste. A partir de 1911, se multiplican los ataques a las haciendas, los asaltos en los caminos, los robos de ganado y los

³⁰ *Ibidem*, carta del 6. VIII. 1904.

³¹ *Ibidem*, carta del 7. V. 1910.

³² *Ibidem*, carta del 21. VI. 1910.

³³ Esto se debe probablemente a las características de la estructura social: ausencia de relaciones de servidumbre por deudas en las haciendas, ausencia de núcleos indígenas importantes, importancia de la clase media rural (los rancheros).



plagios. La ciudad de Valle permanece al abrigo, pero la inseguridad impera en la zona rural.

La más importante figura de este movimiento armado embrionario es Tomás Pantoja. En compañía de sus numerosos hermanos, organiza una banda que llega a agrupar hasta 500 hombres armados y provoca muchas dificultades a las fuerzas de represión. Acepta la amnistía de enero de 1913; pero vuelve a levantarse en armas tres meses después.³⁴ Sabe aprovechar la división del país en varias facciones para obtener promociones: en 1914, ostenta el grado de coronel del Ejército Constitucionalista, y llega a ocupar (en enero de 1915) la presidencia municipal de Valle. Poco después, llamado por sus superiores, se traslada a Irapuato, en donde es fusilado, víctima de una conjura.³⁵ Pero, hasta los años veintes, partidas armadas merodean por el municipio; algunas no ostentan bandera política, otras se proclaman villistas, orozquistas o constitucionalistas.

Los terratenientes no permanecen indiferentes a la amenaza que representan esas "gavillas" para sus bienes. A partir de 1911, se forman "acordadas" de voluntarios, financiadas por los hacendados; salen, en compañía de un destacamento de soldados, cuando lo hay, en persecución del enemigo. La existencia de estas acordadas es, en general, bastante irregular y efímera: según los vaivenes de la situación política y militar, los terratenientes desisten de luchar con sus propias fuerzas, y dejan de financiar la guardia rural, o bien vuelven a imaginar que unos cuantos hombres armados pueden contener el movimiento rebelde.

La segunda forma en que se manifiesta la rebeldía del campesinado vallense es legalista: se trata de las reivindicaciones de tierras solicitadas en virtud de las primeras disposiciones agrarias promulgadas por Venustiano Carranza. La primera solicitud de restitución de tierras se hace el 24 de diciembre de 1915, por parte del pueblo indígena de "La Magdalena". No es por obra del azar: a todo lo largo del siglo XIX, este pueblo ha peleado por sus tierras, en contra del convento de agustinos de Yuriria, en primer lugar, y luego en contra del adjudicatario de los bienes de este. El promotor de tal iniciativa es Gervasio Mendoza, hombre que se ha distinguido, hasta la fecha, por su celo en combatir contra las pandillas armadas que merodean en la parte sur del municipio (he aquí un fenómeno interesante: el movimiento armado y la lucha legal por la tierra se consti-

³⁴ Cf., *Corresp. del Pres. Mpal.*, cartas del 23. I. 1913 y del 29. IV. 1913.

³⁵ Versión proporcionada por el Sr. Arturo Ramírez Hernández.

tuyen en dos fuerzas encontradas). Es hasta 1923 cuando los habitantes de "La Magdalena" cobran el fruto de un siglo de lucha: se les entregan, en posesión provisional, 4759 has. de temporal y agostadero. "La Magdalena" se convierte así en el primer ejido del municipio, y Gervasio Mendoza, en su máximo líder agrario.³⁶

El nuevo clima que caracteriza las relaciones de clases, después de la caída de Porfirio Díaz, permite que "los de abajo" tomen la palabra. Llegan a la presidencia municipal numerosas quejas de peones y aparceros, que indican cuáles son los más graves puntos de contradicción entre hacendados y campesinos. Jornales bajos, mala calidad del maíz entregado a peones o medieros, fraude en el reparto de las cosechas entre la hacienda y los medieros, trabajo excesivo asignado como tarea a los peones, vejaciones indebidas por parte de los mayordomos, tales son las quejas que más frecuentemente salen a relucir.³⁷

A partir de 1911, la fiebre política se apodera de la burguesía vallense. La presidencia municipal cambia de manos dos, tres o hasta cuatro veces al año. A primera vista, la naturaleza del dominio no cambia, respecto del porfiriato, pues el personal político se recluta siempre en la misma clase. Crescencio Saavedra vuelve a ocupar la presidencia municipal, de 1917 a 1920; en la lista de los jefes políticos, predominan siempre los terratenientes (Fidencio Hernández, Sotero García, Francisco Franco Jr., Salvador Ortega, Florencio A. Pérez). Sin embargo, las cosas han cambiado a nivel nacional, y la clase dominante de Valle no puede ignorar el nuevo rumbo que toma el régimen mexicano. En efecto si bien se practica por un lado, una política de represión (constitución de las guardias rurales), empiezan a aparecer, por otro lado, las primeras manifestaciones de una política que intenta conciliar a las clases.

Durante el mes de noviembre de 1911, Félix Galván, el jefe político maderista, envía cartas a varios hacendados, en las cuales enumera las reivindicaciones de los peones y medieros, y pide que se solucionen las dificultades para evitar cualquier estallido que perturbe el orden público.³⁸ En marzo de 1912, se

³⁶ Archivos del D.A.A.C. (hoy S.R.A.), expediente de "La Magdalena de Araceo". Gervasio Mendoza fue asesinado, por un grupo de cristeros, a finales de los años veintes.

³⁷ Cf., *Corresp. del Pres. Mpal.*, cartas del 13, 14, 15 y 16. XI. 1911.

³⁸ "...Al Gobierno que represento conviene no haya diferencias del género de las indicadas y que las que ocurran sean solucionadas cuanto antes, porque si son desatendidas, podrían acarrear alteraciones del orden

efectúa una junta entre los representantes de los hacendados, arrendatarios, aparceros y peones, "para solucionar el problema surgido entre el capital y el trabajo".³⁹ En agosto de 1914, un decreto estatal fija el salario mínimo en 75 centavos diarios.⁴⁰ De aquí en adelante, se llevan a cabo periódicamente asambleas para reajustar dicho salario. En 1923, se distribuyen ejemplares de la nueva *Ley de trabajo agrícola* a los representantes de los peones. Ahora, cualquier conflicto que surge entre un propietario y sus peones o medieros tiene que ventilarse ante una Junta de Conciliación y Arbitraje; ésta se reúne frecuentemente, a lo largo de los años veintes, para examinar los casos e imponer multas, pago de indemnizaciones, respeto al salario mínimo o a lo dispuesto en cuanto al reparto de cosechas. La misma ley obliga a los terratenientes a establecer en sus fincas una escuela que beneficie a los hijos de los peones; esta medida provoca la reacción airada de algunos hacendados.⁴¹ Y, sin embargo, tan solo se trata por ahora de las primeras escaramuzas entre el gobierno y los hacendados; el ataque frontal —las confiscaciones de tierras— está por venir.

Los terratenientes no son los únicos afectados por el movimiento armado y la instauración del nuevo régimen; la burguesía comercial también fue afectada por el paso de la tormenta, aunque en mucha menor medida. Algunos comercios son saqueados por las tropas de Macario Silva, durante su incursión del 23 de enero de 1917, en la ciudad de Valle. En cuanto a la intervención oficial en la vida comercial, se produce solamente en un caso de extrema gravedad: la escasez de maíz, que si bien es provocada en parte por la baja en la producción, es también acentuada por el procedimiento de algunos comerciantes que acaparan y ocultan el grano. El 8 de octubre de 1915, el jefe político manda el telegrama siguiente al gobernador del Estado: "... no hay grano en esta ciudad que no pertenezca a Alonso. Pueblo hállase amotinado Palacio Municipal pidiendo maíz por tener hambre. Esta imperiosa necesidad me obliga a abrir un depósito de Alonso y tomar 300 hectolitros para satisfacer de

que redundarían en perjuicio de la paz pública, descrédito para la Patria y lesión a los intereses mismos de los propietarios". *Ibidem*, carta del 7, XI. 1911.

³⁹ *Ibidem*, carta del 1. III. 1912.

⁴⁰ *Ibidem*, carta del 20. XI. 1914.

⁴¹ Cf., el pleito entablado por Regino Franco, propietario de la "Aróstegui" en contra del presidente municipal. *Ibidem*, cartas del 23. X. 1920, 11, 23 y 28. XI. 1920 y 6. XII. 1920.

momento necesidad".⁴² Esta situación conduce a cuatro distinguidos ciudadanos a sugerir al presidente municipal el establecimiento de una "junta proveedora de artículos de primera necesidad... (para beneficiar) a la clase proletaria". Según la propuesta, la junta vendería los artículos al costo.⁴³ La idea no prospera y el gobierno (estatal y municipal) deja de interferir en las actividades del sector comercial. Sin embargo, éste sufre un decaimiento notable en los años veintes y treintas como lo muestra el índice de creaciones de sociedades mercantiles antes mencionado. El abatimiento de la producción agrícola y el abandono de la ciudad por varias familias de terratenientes provocan seguramente una contracción del mercado que afecta en forma negativa la vida comercial.

En 1923, empiezan las afectaciones de tierras destinadas a satisfacer las solicitudes de los campesinos. De esta fecha, hasta 1934, se afectan y distribuyen 512 has. de riego, 5 953 has. de temporal y 3 886 de agostadero entre 1 302 beneficiarios. Pierden fracciones de sus haciendas, 16 terratenientes, a raíz de este reparto. Se trata de parcelas mediocres, por lo general, pues la proporción de tierras de riego es ínfima (5%). Es durante la presidencia de Lázaro Cárdenas cuando se produce el ataque frontal y definitivo contra las haciendas: de 1935 a 1940, se distribuyen 4 387 has. de riego, 21 743 de temporal y 11 143 de agostadero; el número de beneficiarios es de 3 895 jefes de familias. De ahora en adelante, la mayoría de las tierras del municipio son, jurídicamente por lo menos, ejidales.⁴⁴

Los terratenientes reaccionan de dos maneras ante las confiscaciones. La primera es la respuesta altanera del gran señor, ultrajado en su dignidad: asiste pasivamente al proceso de afectación, renuncia a escoger el mejor lote de su finca para constituir su "pequeña propiedad", diciendo: "Quieren confiscar una parte de mi hacienda, pues tómenla toda de una vez". Tal fue, según un informante de Valle, la reacción de Antonio P. Aranda, dueño de "Santa Catalina", el cual abandonó la zona después de la expropiación. Parecida fue la actitud del mayor latifundista del municipio, don Manuel del Moral y Godoy y de su familia. El proceso de confiscación de sus tierras se escalona sobre más de 20 años; sin embargo, don Manuel no hizo aparentemente el menor esfuerzo encaminado a vender partes de la

⁴² *Ibidem*, carta del 8. X. 1915.

⁴³ *Ibidem*, carta del 27. XI. 1915.

⁴⁴ *Archivos del D.A.A.C.*, municipio de Valle de Santiago.

hacienda o a fraccionarla entre parientes, como medios para evadir parcialmente las afectaciones. Resultado: la única parte que rescata la familia como pequeña propiedad es de mala calidad: se encuentra en el vaso de una presa y se inunda frecuentemente.⁴⁵ Tampoco los dueños de la "Aróstegui", la "Compañía", "Guantes", "San Vicente", "Terán" y "Pitayo" realizan ventas de fracciones; pierden así la gran mayoría de sus tierras por la aplicación de la ley de Reforma Agraria.

La segunda reacción es más calculada: para varios terratenientes, las primeras confiscaciones de los años veintes, que tocan a sus fincas o a las de sus vecinos, constituyen un campanazo de alarma. Empiezan inmediatamente a fraccionar sus haciendas y a realizar múltiples ventas simuladas de pequeñas parcelas a parientes (los contratos prevén que el vendedor conserva el usufructo de la parcela hasta su muerte). Por ejemplo, Ricardo González, dueño de "San Javier" vende parcelas de 27 a 67 has. de riego a 17 miembros de su familia, en el transcurso del año de 1928. Igual procedimiento siguen los propietarios de "La Grande", "San Vicente", "El Brazo", "San Joaquín" y "La Gallega". De esta manera, salvan lo esencial de su patrimonio; las extensiones expropiadas durante la segunda ola de la reforma agraria son limitadas si se comparan con las superficies que poseían estos terratenientes diez años antes.

1. *El surgimiento de la burguesía agraria actual*

Este proceso de fraccionamiento y de ventas múltiples a parientes es lo que permite el surgimiento de los actuales "pequeños propietarios". Algunos de estos burgueses agrícolas de hoy son, efectivamente, los descendientes de los hacendados de los años veintes. Sin embargo, se trata de una pequeña minoría. La mayor parte de ellos eran pequeños agricultores (o son hijos de éstos) que tuvieron fácil acceso a la tierra en los años veintes y treinta, gracias a las ventas apresuradas que realizaron los terratenientes. Apremiados por la amenaza de afectación, éstos vendieron seguramente las parcelas a bajo precio y en buenas condiciones de pago. En cuanto a los parientes que se beneficiaron con las ventas ficticias, no conservaron durante mucho tiempo sus parcelas; es de suponer que eran personas totalmente ajenas a la agricultura, y que no se interesaron en cultivar ellos mismos

⁴⁵ *Idem*, e información de un pariente del finado don Manuel del Moral y Godoy.

la tierra. Por otra parte, estos lotes eran demasiado pequeños para que sus propietarios alentaran la esperanza de vivir de las rentas que pudieran producir. La incertidumbre en cuanto a posibles confiscaciones posteriores, además, probablemente los indujo a vender sus parcelas.⁴⁶

Los compradores de tierras, en estos años, dieron prueba de mucha visión. Si bien el cardenismo es un período crítico para los propietarios, una nueva era empieza para ellos con M. Avila Camacho y, sobre todo, con Miguel Alemán. Este último amplía los límites de la “pequeña propiedad” inafectable, promueve el derecho de amparo, y limita las distribuciones de tierras. Toda la política agrícola oficial tiende a estimular a la pequeña propiedad (financiamiento de obras de infraestructura, facilidades para importación de maquinaria agrícola del extranjero, crédito, etcétera). Muchos pequeños propietarios de Valle se refieren todavía, hoy en día, a Miguel Alemán, en términos de salvador y benefactor. A las vacas flacas han sucedido las vacas gordas: los agricultores empiezan a invertir fuertes sumas en la producción e intensifican el cultivo de la tierra. Los ricos suelos de Valle responden con creces a esta inyección de capital y trabajo: los rendimientos suben con rapidez. La incipiente prosperidad de los pequeños propietarios se multiplica, a fines de los cincuenta al adoptarse un nuevo cultivo perfectamente adaptado a las condiciones ecológicas de la zona: el *sorgo*. En estas condiciones, el cultivo intensivo de 100 has. de riego llega a ser mucho más provechoso que la explotación arcaica de 5 mil has.⁴⁷

Los “pequeños propietarios” de hoy constituyen, tanto por su origen social, como por sus características socioeconómicas, una nueva clase. Fuera de una o dos excepciones, ninguna de las actuales familias de agricultores capitalistas jugó un papel de importancia en la escena del porfiriato. La mayoría de ellos proceden de un medio de pequeños agricultores, que adquieren tierras o incrementan su propiedad durante los años de reforma agraria. Las antiguas familias de terratenientes perdieron casi todas el lugar que ocupaban en la sociedad vallense, sea porque empobrecieron, o sea porque abandonaron la zona.

No se trata ahora, como en otras ocasiones, a lo largo del

⁴⁶ Así actuaron, por ejemplo, los familiares de Ricardo González Roa y de Manuela del Río de Abascal.

⁴⁷ Para un análisis estructural más profundo de esta burguesía agrícola, Cf., Héctor Díaz-Polanco y Laurent Guye Montandon: *La burguesía agraria en México. Un caso de El Bajío*. Cuadernos Sociológicos, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México, 1976.

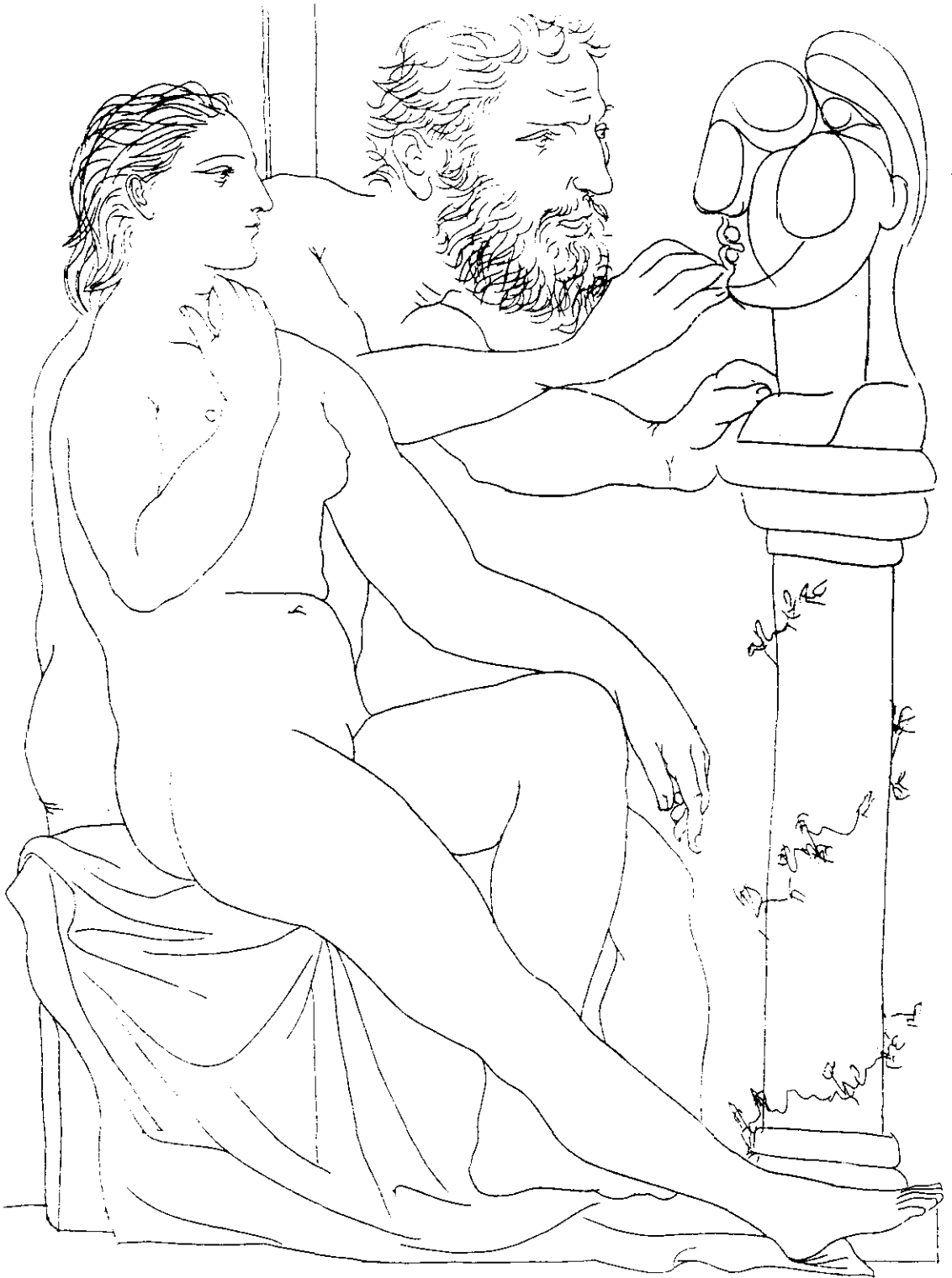
siglo XIX, de una simple renovación del personal al interior de una clase cuyas características permanecen inalteradas. Los burgheses agrícolas forman una nueva clase, porque su comportamiento económico difiere por completo del de sus predecesores. Ya no son rentistas desligados de la producción, sino empresarios capitalistas. El burghés agrícola de hoy administra directamente el cultivo de sus tierras; escoge los productos, adopta nuevas técnicas, invierte capital en maquinaria y en obras de riego, supervisa las labores de los trabajadores asalariados, etc. Su prosperidad es ahora función de su eficiencia como organizador de la producción, y no del monto de las rentas que cobra.

En cuanto a la fracción comercial de la burguesía agraria, hay que subrayar un primer hecho curioso: a pesar de haber sufrido mucho menos que los terratenientes los efectos del movimiento armado y de las políticas gubernamentales, los comerciantes de principios de siglo parecen haber sido totalmente barridos de la escena económica durante la década de los treinta. Ninguno de sus apellidos aparece, hoy día, en la lista de los miembros de la Cámara de Comercio de Valle. Tampoco existe vinculación genética alguna entre los antiguos terratenientes y los comerciantes actuales: no se verifica la hipótesis según la cual los hacendados, al ver afectadas sus fincas, hubieran transferido sus capitales del sector primario al terciario. Los grandes comerciantes de hoy son, al parecer, "self-made men" que surgen paralelamente al grupo de los "pequeños propietarios" o burgheses agrícolas. Los acaparadores (comerciantes de grano), notablemente, afirman casi todos ser de extracción modesta (hijos de ejidatarios o de minifundistas).

De manera general, la evolución del sector comercial en Valle es muy original. Frecuentemente, se piensa que la estructura latifundista impide el nacimiento y el desarrollo del comercio como actividad específica, al monopolizar las haciendas las funciones mercantiles. En Valle, descubrimos que el comercio surge y se incrementa durante el porfiriato. Según la misma hipótesis, las actividades terciarias tendrían que desarrollarse con posterioridad al rompimiento del sistema de las haciendas. En el caso de Valle, al contrario, el período de fraccionamiento y de afectaciones de las haciendas se acompaña de una grave recesión de las actividades comerciales. Estas vuelven a conocer la prosperidad, gracias al gran desarrollo agrícola netamente capitalista de la zona, a partir de los años cuarentas. Su expansión parece, por consiguiente, más directamente ligada con el crecimiento de la

producción agrícola capitalista, que con los cambios parciales de la estructura socioeconómica.

La fracción comercial-usurera de la actual burguesía agraria de Valle, no es una creación de la estructura socioeconómica que surge de la Revolución y de la reforma agraria, pues encontramos su vigorosa presencia en pleno porfiriato. Si bien se produce, entre los años veintes y cuarentas, una renovación prácticamente total de los individuos que integran este grupo, no se puede afirmar, como para el caso de los "pequeños propietarios", que surge una fracción de clase con características nuevas. Entre el comerciante, el acaparador o el prestamista del Valle de principios de este siglo y sus equivalentes actuales, existen seguramente diferencias marcadas por lo que respecta al *monto* de las operaciones realizadas, a las técnicas de administración o a los productos manejados; pero no en término de la naturaleza misma de las actividades, de sus relaciones con los otros grupos sociales, ni siquiera de la posición que ocupan en la sociedad vallense.



Migración indígena, problemas analíticos

Dra. Lourdes Arizpe *

A. *El estudio de pequeños grupos en la migración rural-urbana.*

Más que otros fenómenos sociales, el estudio de la migración presenta dificultades teóricas particulares por estar insertada en procesos sociales y económicos mayores que influyen en ellas en forma decisiva. Incluso se ha llegado a afirmar, como lo hacen los sociólogos Muñoz, Oliveira y Stern, que la migración no constituye un área de estudio susceptible de ser analizada en sí misma como un fenómeno: se trataría, en cambio, de un síntoma o del resultado de otros procesos que requerirían ser explicados previamente. En efecto, el aislar a la migración del juego de variaciones demográficas, económicas y sociales, que la acompañan, ha provocado, como sugieren Schwarzweller y Mangalam (1969), que la gran mayoría de estudios sobre este tema hayan partido de premisas equivocadas; a saber, que la migración es un fenómeno azaroso, individual y único, cada vez que ocurre.

Dicha dificultad teórica se hace más aguda en el estudio de pequeños grupos de migrantes. Los estudios de este tipo realizados en Latinoamérica, por lo mismo, han adolecido de graves deficiencias. En el peor de los casos, los investigadores no han estado conscientes de estarse enfrentando a un fenómeno que, por sus dimensiones en todo el subcontinente, es masivo, y así han confundido las causas de la migración —primordialmente la rural-urbana— con las motivaciones de ella, lo que reduce sus estudios a encuestas de opiniones. En el mejor de los casos, el comprender

* El Colegio de México.

que el pequeño grupo que se estudia forma parte de un fenómeno más amplio, ha llevado a la búsqueda de marcos teóricos más generales; pero, hasta ahora, sólo se ha tomado como tal la teoría de la modernización. (c.f. Germani, 1965; Hauser, 1967).

Al nivel más general, la migración, en especial la rural-urbana, cuando se presenta a escala masiva, está relacionada con los mecanismos de la oferta y demanda de mano de obra. En dichos mecanismos, una variable primordial, las más de las veces, es la industrialización. Sin embargo, esta relación causal es sólo una explicación parcial. Explica el ajuste mecánico entre recursos y población, pero no las variaciones que han ocurrido en distintos períodos en diferentes países.

En Inglaterra, por ejemplo, la migración interna, en niveles considerables, se dio en el siglo pasado de resultados de un incremento de población en las áreas rurales —muy moderado, una tasa de 1.0 por década (Saville, 1957: 2), en comparación con el promedio de 3.5 en América Latina hoy en día—, y del cambio operado en la economía rural debido a la nueva legislación sobre tierras comunales. La proporción de población excedente en estas áreas aumentó durante la recesión económica de la agricultura en la primera mitad del siglo XIX, y por consecuencia de la maquinación de la misma hacia fines de ese siglo. Las industrias en expansión, gracias a los enormes mercados de consumidores que ofrecían las colonias y la multiplicación de servicios y amenities fueron atrayendo a los migrantes a las ciudades, en especial a los hombres y mujeres jóvenes. Pronto, la proporción de migrantes en las grandes ciudades fue mayor de la que podía ser absorbida por la demanda de mano de obra de las industrias. Consecuentemente, muchos de ellos emigraron a ultramar a las colonias imperiales o a los Estados Unidos, Australia y Canadá. Sin embargo, emigraban sólo en caso de no poderse emplear en Inglaterra: se estableció así una correlación inversa entre la migración de ultramar y la exportación de capitales. Es decir, en la medida en que aumentaban las primeras, disminuían las segundas, y viceversa (Brinley, 1954:125).

A pesar de las limitaciones que tiene el hacer comparaciones tan generales, el contraste con la forma en que se ha dado este mismo proceso en Africa y en América Latina señala diferencias muy significativas. En las antiguas colonias inglesas del Africa Negra puede decirse que se dio un proceso de industrialización sin urbanización. La migración ha sido de hombres jóvenes, en su mayor número, que salen de sus zonas tribales solamente

por temporada. Lo hacían, a fin de conseguir el dinero necesario para pagar impuestos —de hecho, se ha afirmado que la introducción de éstos por la administración colonial fue una medida para impulsar la migración a los centros de trabajo—, para adquirir bienes de consumo, y por los atractivos que les ofrecían las ciudades. Las mujeres, los ancianos y los niños permanecían en las zonas tribales, puesto que en las ciudades no se había creado para ellos ni una demanda laboral ni una oferta de servicios. Ni la administración colonial ni las empresas aportaron medidas de seguridad social, de vivienda, de transportes u otro tipo de servicios que permitiera a los migrantes establecerse permanentemente en los centros de trabajo. Se creó así un patrón de migración periódica y temporal, en que la mayoría de los migrantes se desplazaban continuamente de su comunidad tribal de origen a los centros laborales.

En América Latina, la migración rural-urbana ha estado asociada a una incipiente expansión industrial en algunas ciudades y al empobrecimiento y desempleo en el campo. Tanto el estancamiento económico, como el desarrollo comercial —aunado con la mecanización de la agricultura— han provocado desempleo, y los campesinos se han trasladado a las ciudades. El crecimiento vegetativo de la población ha aumentado en forma dramática la mano de obra sobrante. Además, la demanda de ella en las ciudades, a causa de una expansión industrial, y la posibilidad de ganarse la vida mediante actividades marginales, como son la venta ambulante o la prestación de servicios no especializados, han fortalecido la atracción de migrantes. Sin embargo, muy pocas ciudades, si no es que ninguna, han logrado absorber a los migrantes a niveles adecuados de remuneración, por lo que la proliferación de barriadas paupérrimas se ha convertido en la nota distintiva de la migración rural-urbana en estos países. En breves palabras, puede decirse que las condiciones de la economía internacional no permiten la industrialización acelerada, siguiendo el modelo clásico del desarrollo capitalista; el crecimiento de la población es el más alto que registran históricamente los demógrafos, y no existen posibilidades de migración al exterior. Son estos tres factores los que han moldeado de manera decisiva el carácter de la migración interna en América Latina.

He citado los tres casos anteriores, de manera simplificada, sólo para establecer el contexto en que se ha dado históricamente la migración interna en forma masiva. Visto así, se aclara su naturaleza de fenómeno integrante de la transformación capita-

lista de la economía de los distintos países, ya sea siguiendo un "desarrollo clásico", ya sea un "subdesarrollo deformado o dependiente."

A nivel teórico, ¿cómo se explica la relación entre población y economía? Los economistas de la escuela clásica y los maltusianos afirman que existe una proporción óptima de población para una cantidad limitada de recursos: al sobrepasarse esta proporción, se crea una población sobrante que deberá reasignarse a otros recursos. El problema del bienestar se resuelve, pues, manteniendo un equilibrio entre ambos factores, primordialmente a través del control del crecimiento de la población o, alternativamente, a través del aumento de los recursos. La escuela contraria, la del marxismo, sostiene que no existe un problema de escasez de recursos ni de sobrepoblación. Estos síntomas aparecen porque hay una mediación política en el intercambio entre ambos factores: una clase social controla el acceso a estos recursos en beneficio propio. El bienestar se logra, pues, reestructurando las relaciones de la población con los recursos.

Estas dos interpretaciones generales han producido teorías explicativas divergentes para la migración, basadas en dos concepciones sobre lo que constituye el desarrollo económico. Por un lado, existe el esquema restoviano, o como lo llama Gunder Frank, el "enfoque de zanja". Con tinte evolutivo y ahistórico, afirma que el desarrollo es el extremo de dos polos cuya distancia deben zanjar los países subdesarrollados en su camino hacia el bienestar. No amplió esta discusión, porque es ya bien conocida. La menciono porque la teoría de la modernización, que se ha utilizado en el estudio de la migración, es un desprendimiento culturalista de este esquema. Basándose en la dualidad heurística entre tradicionalismo y modernización, esta teoría concibe a la migración como una representación espacial de dicha dicotomía. Su contraparte geográfica son el pueblo y la ciudad. Pero al ignorar la estructura económica y política que los engloba, los oponentes de esta teoría tienen que apoyarse fuertemente en las diferencias culturales de los dos polos, para poder mostrar que son independientes. De ahí la tendencia de los antropólogos a estudiar la migración entre un pueblo y una ciudad *con distintas culturas*. Su interés central se enfoca hacia el cambio cultural que acompaña la migración. Para los sociólogos que siguen esta corriente, no se trata ya de una transformación cultural, pero sí de un cambio de actitudes. Porque consideran que, finalmente, las modificaciones que ocurren son resultado de la selección que

hacen los actores de opciones de comportamiento. El modelo de toma de decisiones es el esqueleto metodológico de la teoría de la modernización. Dicho en otras palabras: si las transformaciones sociales en estos países son primordialmente un cambio de actitudes tendientes hacia la modernización, las motivaciones subjetivas de los actores, y, en el caso de la migración, de los migrantes, son las que determinan su manera de actuar, y ésta, a su vez, es la que conforma el proceso social. De hecho, lo que intenta explicar esta teoría es la *selectividad* de los migrantes, objetivo aceptable siempre y cuando se acepte que no por ello está explicando el fenómeno en sí.

En el estudio de pequeños grupos, el modelo de la modernización tiene la ventaja de poderse aplicar indistintamente a cualquier nivel paramétrico. Digamos, para estudiar la modernización a nivel de un país, o al nivel de un pueblo.

En cambio, el enfoque alternativo, histórico y estructural, no se ha operacionalizado para estudiar pequeños grupos. Según dicho enfoque, la migración rural-urbana es el resultado de los grandes procesos económicos y políticos por los que atraviesa un país. Las preguntas a las que responde (Oliveira y Stern, 1973) se ubican a nivel de procesos predominantemente macrosociológicos. Pero una vez explicada la migración por cambios estructurales, el investigador se topa con la microincógnita: ¿por qué la selectividad? Argüello (1973) lo formula claramente: después de explicar por qué las distintas formas de producción en el campo chileno tienden a expeler migrantes, formula la siguiente pregunta: ¿Entonces por qué no migran todos?

Contestar a esta pregunta, me parece que es la labor del antropólogo. Pero llega a un terreno lleno de tentaciones y obstáculos. Una tentación es que, dado que su punto de partida metodológico es el individuo informante, pase a considerar a éste como su punto de partida teórico. En efecto, es esta la premisa implícita, tanto en el esquema de la modernización, como en el de la toma de decisiones: a saber, que la migración es una acumulación de decisiones individuales. Pero el individuo no recibe las presiones estructurales sino a través de una medición: la del grupo al que pertenece, ya sea éste una unidad cultural, ya sea una clase social. De este grupo precisamente recibe la mayoría de las actitudes que asume. Si no partimos de esta premisa, el estudio de la migración, a través de casos, se convierte en una enumeración de motivaciones cuya aglutinación se hace basándose en similitudes superficiales de opinión.

La segunda tentación consiste en ignorar aquellas presiones que no son verbalizadas por los entrevistados. De ahí la importancia de la representatividad de los casos estudiados, y del conocimiento a fondo del contexto local y regional en que se hallan insertados éstos.

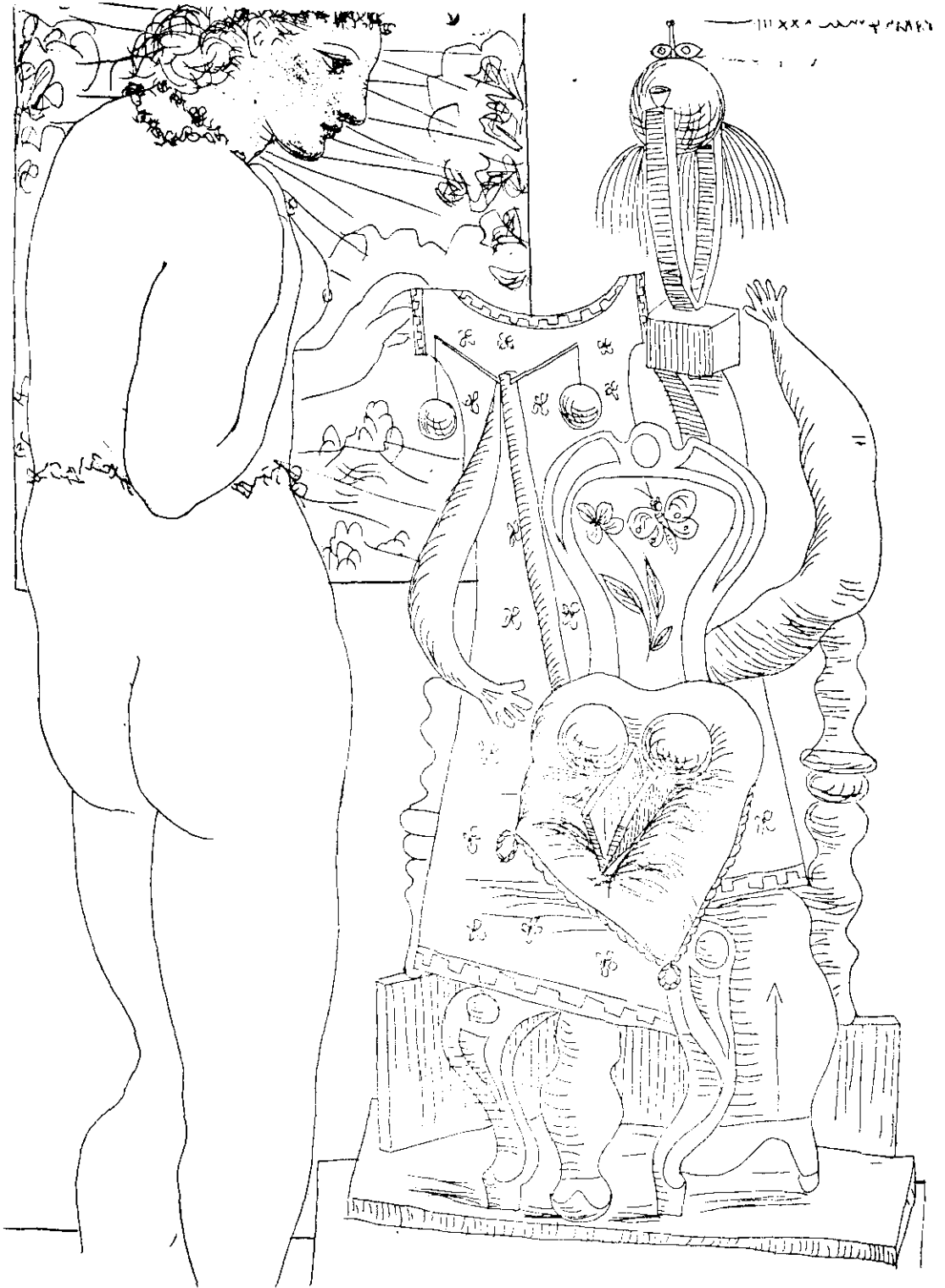
Además, el mayor obstáculo que encuentra el antropólogo que toma como marco de referencia para la migración los procesos macroeconómicos, es la falta de instrumental, tanto metodológico, como teórico, con que ligar los distintos niveles paramétricos.

El propósito de la investigación que realicé sobre un grupo de migrantes indígenas a la ciudad de México, fue, claro, en primer lugar, explicar por qué migraban y por qué se daban diversas formas de migrar entre ellos. Pero en una segunda etapa de la investigación intenté resolver algunos de los problemas teóricos que presenta la investigación microsociológica de la migración. En este trabajo, presento los resultados preliminares obtenidos en relación a: 1) evaluar las posibilidades inductivas del método antropológico para el estudio específico de la migración; 2) comprobar si el modelo de toma de decisiones es adecuado para un estudio de esta índole, y 3) sugerir los lineamientos de un modelo que permita operacionalizar el estudio de pequeños grupos dentro de una visión histórico-estructural de la migración.

La migración en la región mazahua

La región mazahua abarca once municipios localizados en el rincón noreste del Estado de México, en los que habitan cerca de 100 000 hablantes de la lengua mazahua, conviviendo con unos 80 000 mestizos. Los grandes poblados, Atlacomulco e Ixtlahuaca, dominan la región, desde el punto de vista político y económico. San Felipe del Progreso, otra cabecera municipal, constituye el centro social más importante de la población mazahua.

La investigación se inició con un somero recorrido por toda la región y una indagación más precisa en seis comunidades en cuanto a los siguientes puntos: distancia de la ciudad de México, facilidad de transporte a ella, proporción de la población migratoria, formas de migración, tipo de economía, grado de conservación de los valores y costumbres de la cultura tradicional, y, finalmente, aceptación de los investigadores. Con apoyo en estos criterios, fueron seleccionadas dos comunidades mazahuas para ejecutar trabajo de campo intensivo; al mismo tiempo, se ampliaría la investigación para estudiar a los emigrantes de estos mismos pueblos en la ciudad de México.



El contraste que presentan las dos comunidades permitiría responder a estas preguntas: San Francisco Dotejiare, pueblo de 3 701 habitantes, con 97% de hablantes de mazahua y 38.6% de alfabetizados, ha contribuido con el mayor número de mujeres —de las llamadas popularmente “Marías”—, que venden fruta en las calles de la ciudad capital mexicana. Según una encuesta, el 62.3% de éstas proviene de Dotejiare (Peltier y Galván, 1971). Inaccesible, comunicado sólo por brecha con el exterior, Dotejiare es el típico pueblo mazahua; en él imperan todavía las costumbres y valores tradicionales, cuya conservación es reforzada por el hecho de que las familias viven sumamente dispersas en los montes y ejidos. A pesar de ello, hay una corriente continua de emigraciones temporales de mazahuas que se trasladan a la ciudad de México, en donde se dedican a la venta ambulante, a la albañilería, y a los servicios no especializados; i.e., como cargadores y macheteros en los mercados y como mozos. Existe también una bien delineada colonia de emigrantes permanentes en la ciudad, que conservan su estilo de vida rural, su lengua y su indumentaria mazahua.

En cambio, de Santiago Toxi, comunidad de 3 818 pobladores, no salen “Marías”. Sus emigrantes tienden a querer establecerse permanentemente, casi todos ellos, en la ciudad: se integran a empleos no marginales; como empleados y dependientes en tiendas y negocios, choferes, obreros y oficinistas, o establecen su negocio propio; i.e., un puesto en un mercado, o una tienda en alguna colonia suburbana. Pierden casi de inmediato la lengua y la indumentaria mazahua y se diluyen socialmente de manera rápida en la población urbana. El pueblo mismo está sufriendo una transculturación acelerada —sólo el 47.7% habla el mazahua y su índice de alfabetismo es de 41.3%—, en parte como resultado directo de cambios culturales fomentados por una gran industria establecida en el municipio contiguo. Dicha industria ha sido un virtual experimento para “convertir a ejidatarios en obreros”, según las palabras de su gerente. Cerca de 50 mujeres y hombres, jóvenes los más, trabajan en la fábrica. Todo ello ha ejercido un importante influjo en su forma de migración.

En las comunidades, durante el trabajo de campo, se realizó un estudio etnográfico completo para darle un marco inmediato a los datos y relatos de los entrevistados. Desde los primeros momentos, se hizo obvio que un estudio sincrónico habría ofrecido datos poco interesantes: se habrían enunciado solamente cuántos emigrantes habían salido en fecha reciente, qué motivos

daban para haberlo hecho, en qué condiciones se habían trasladado, dónde se habían instalado en la ciudad, etc. Pero al congelar el momento para cuantificar sujetos, se habría perdido el proceso que nos interesa. Esto se hizo aún más patente al empezar a recoger relatos del tiempo reciente de las comunidades e historias de vida: se hicieron transparentes, a través de los relatos, varias etapas migratorias con distintos patrones de migración y de asimilación a la sociedad urbana. Para explicar la migración actual de estos grupos, pues, había que mostrar cómo se había originado ésta en las comunidades, y para explicar sus distintas modalidades había que entender el proceso histórico, económico y político, de las comunidades, e, incluso, algunos procesos que solo se hicieron claros a nivel regional.

En seguida se describe el papel de la migración en la historia local, con base en relatos de informantes, datos históricos recogidos en libros y censos estadísticos de población.

A. 1900-1930

A principios de este siglo, la vida en la región mazahua, al igual que en la mayor parte del país, giraba en torno de la existencia de grandes haciendas. Eran éstas extensos latifundios en manos privadas, que controlaban la producción y la comercialización agrícola. En ellas se cultivaba principalmente el maíz, el frijol, la cebada, la avena, la haba y la alfalfa, productos que la hacienda vendía a los pueblos libres de los alrededores, todos de población mazahua, o a regiones más alejadas, transportándolos por carreta. Dos tipos de haciendas especializadas existieron en la región mazahua; en la meseta de Ixtlahuaca, varias haciendas y ranchos se dedicaban a la cría de ganado: la hacienda de Boxinó, por ejemplo, vendía ganado corriente a los carniceros de Ixtlahuaca, en la imposibilidad de llevarlo a otros mercados; i.e., el de Toluca, por falta de transporte. El rancho de El Rocío y la hacienda de Pastejé criaban toros de lidia, y otro rancho cercano, caballos pura sangre para el Hipódromo. Estos eran llevados en carretas o a pie hasta la capital.

En la zona de San Felipe del Progreso, algunas haciendas se caracterizaban por una organización de tipo plantación, por las necesidades del cultivo del zacatón, el producto comercial de la región, que se exportaba a diversos países, principalmente de Europa.

En general, los recuerdos de informantes coinciden en que las

condiciones de trabajo y de vida de los peones en las haciendas eran muy duras: se les pagaba poco, se les maltrataba, se les enganchaba con las deudas de la temible tienda de raya, y no se les permitía irse a trabajar a otra parte. Esto es importante: cuando un peón se hallaba en la "lista" de una hacienda, no podía irse a trabajar a otra si no le extendían un documento en el que constaba que se le permitía ausentarse; de otra manera, no le darían trabajo en ninguna otra hacienda. La movilidad geográfica, entonces, sólo era posible para los peones no acasillados.

El comercio en pequeño, por la frecuencia con que es mencionado en los relatos, era una actividad continua en las vidas de casi todos los campesinos mazahuas. Una imagen muy evocadora de esta actividad es la que nos da un viajero, Rivera Cambas, al atravesar la región mazahua en 1883: Dice: "... en estas soledades, reina el silencio más grande y nadie creería que por aquí vive gente si no fuera por el encuentro ocasional con indios acarreando semillas y bastimento al mercado de Toluca y hasta el de México. Así, siempre llevan fruta, pájaros silvestres, tejamanil, y, a veces, carbón; los acompañan sus esposas e hijos, todos cargando pesados bultos y arreando burros pacientes..." (Rivera Cambas, 1883: 56).

Este comercio itinerante tomaba muchas formas: el padre de Anacleto Solís traía a vender aguardiente de caña, en burro, desde Cuernavaca hasta Santiago Toxi; otras veces, caminaba hasta Quiroga, Michoacán, donde compraba loza, que llevaba a vender a los ranchos de la sierra. Otro informante acarreaba carbón a vender a El Oro, y trigo a San Juan del Río. En el camino, cuenta que se encontraba a veces hasta con 20 arrieros, con sus burros y mulas, cargados de mercancías. Estos arrieros pasaban periódicamente por Toxi y Dotejiare, llegando hasta las chozas más apartadas de los mazahuas a vender recaudo. Don Luis, el hombre más prominente de Dotejiare, recuerda que esa fue su labor de joven: "ranchar" fruta de Zitácuaro hasta San Felipe.

Un grupo regular que participaba en este comercio era el de "polleros" y "huacaleros" que llevaban mercancías a la ciudad de México. Los que a esto se dedicaban en Ixtlahuaca, por ejemplo, compraban pollos y guajolotes en este mercado los lunes. Descansaban martes y miércoles. El jueves, tempranito, salían a pie para la ciudad, llegando a ella el viernes por la noche, después de pernoctar en los fríos bosques de la Sierra de Lerma. El sábado se presentaban en la gran plaza de La Merced a vender sus aves, y regresaban a Ixtlahuaca el domingo.

El trabajo en las minas era otra importante fuente de ingresos en aquel tiempo. A principios de siglo, las minas de El Oro producían grandes cantidades de ese mineral, y absorbían mano de obra de toda la zona circunvecina. Los mazahuas de Dotejiare, así como de Santiago Toxi, iban a trabajar allá, en los meses durante los cuales no había labores que ejecutar en sus milpas.

Entre 1915 y 1920, el terremoto de la Revolución, y otro real, terrestre, junto con una epidemia de gripe que diezmó la población, parecen haber soltado las amarras de la población, y cuentan que gran cantidad de familias vagaban por la región en busca de qué comer. Algunas, como la de José Antonino, de Toxi, se fueron a la capital con otras familias mazahuas; allí, él se ocupó en descargar granos de los vagones del tren, acarreándolos a las bodegas de La Merced. Duró en ese trabajo varios años, hasta que supieron que la situación se había calmado en sus pueblos, y entonces regresaron.

Después de la Revolución, las haciendas siguieron funcionando normalmente: las condiciones no habían cambiado. Aunque para ir a la ciudad de México todavía había que tomar el tren o venirse a pie, algunos hombres jóvenes de los dos pueblos empezaron a salir a trabajar a la ciudad. Pero sólo se quedaban algunos años para regresar luego a trabajar la parcela que les heredaba su padre.

En general, la situación en aquel tiempo la resume este comentario de un anciano de Dotejiare: "Antes, en tiempos de los abuelos, no salían. ¿A qué, si no había trabajo en la ciudad de México? Se tenían que ir a pie tres días, y la mayoría no iba. Entonces no se necesitaba tanto (emigrar) porque todo era barato, de a centavo el kilo. Daban las cosas por montones, no por báscula como ahora."

B. 1930-1950

Dos hechos, ambos por iniciativa del gobierno nacional en la década de los treintas, provocaron cambios radicales en los dos pueblos: por una parte, se alteró la organización política de la región; por otra parte se realizó la reforma agraria.

Hasta entonces, la región mazahua había estado englobada políticamente dentro de los límites del Distrito de Ixtlahuaca, con sede del gobierno distrital en ese poblado. Este se dividía a su vez en municipalidades, una de las cuales era San Felipe del

Progreso. En 1930, se subdividió el distrito en municipios libres, cada uno con una cabecera donde se asienta el gobierno municipal. Santiago Toxi quedó comprendido en el municipio de Ixtlahuaca, y Dotejiare, en el de San Felipe del Progreso. En términos reales, esto permitió el desarrollo económico y político de las cabeceras, que se transformaron en centros de comercio y servicios para los pequeños pueblos de su municipio.

El segundo acontecimiento que influyó en la vida de los pueblos fue el reparto de la tierra que se llevó a efecto por la reforma agraria. En el valle de Ixtlahuaca, se dismantelaron casi todas las haciendas, y en su lugar se fundaron pueblos.

En 1928, se concedió al pueblo de Santiago Toxi un ejido de 1 413 has. de tierras de las haciendas de Patejé, Enyejé, Ticaque y Huerejé el Grande. Los 718 ejidatarios recibieron parcelas de un promedio de 2.5 has., quedando 158 individuos con derechos a salvo (Fabila, s.f.: 187).

En Dotejiare el ejido se dotó en 1937, fecha en que se inició una lucha sangrienta por el control de las tierras ejidales, que terminó en 1952, al consolidarse como líder político único don Luis Cruz. En la dotación, 451 ejidatarios recibieron un promedio de 3.0 has. de tierra cada uno. (Fabila, s.f.: 437).

El hecho es que la situación económica de los campesinos mejoró repentinamente, y en los años posteriores al reparto de las tierras, en la década de los treinta y cuarentas, *el usufructo de dichas tierras era suficiente para la manutención de las familias.*

La migración se limitaba, en ese entonces, como ya dijimos, al trabajo temporal, por parte de hombres y mujeres jóvenes, y a la salida de algunos individuos con rasgos personales especiales.

El comercio itinerante a pequeña escala se siguió practicando, siguiendo las mismas rutas y características que en décadas anteriores. Con la desaparición del trabajo asalariado en las minas de El Oro y en las haciendas, sin embargo, los campesinos buscaron otras fuentes de trabajo temporal. Una que apareció a partir de la década de los cuarentas fue el trabajo en la construcción de caminos. La primera vez que participaron en ellos los mazahuas de Dotejiare y Toxi, fue en la construcción de la carretera de Toluca a Villa Victoria. Cuenta Marcelino Hernández, que, al enterarse de que ofrecían allí trabajo, él y varios compañeros se decidieron a ir. Durante toda la temporada en que duró la construcción, excepto en los meses en que regresaban al pueblo a realizar alguna labor en las milpas, permanecieron

en el lugar de la construcción, durmiendo en una zanja por no haber casas donde hospedarse. Desde entonces, se delinea ya el carácter colectivo que muestra la migración laboral en el pueblo: de entre ellos se escogió a un "huacalero", que salía de Toxi todos los días a las 4 de la mañana, después de haber recibido comida de las esposas de los trabajadores para llevarles el desayuno, que éstos recibían oportunamente a las ocho de la mañana. Entre todos, le pagaban un pequeño salario; le daban también encargos —ropa o dinero— que traer o llevar a sus familias.

El trabajo en la construcción de carretera fue incrementándose ya entrada la década de los cincuentas. La carretera principal de Toluca a Ixtlahuaca, Atlacomulco y San Felipe, se abrió en 1945. Brechas de Villa Victoria a San Felipe y a El Oro se abrieron a principios de los cincuentas. En todas estas obras pudieron trabajar los mazahuas de ambos pueblos.

Pero fue precisamente a partir de los cuarentas cuando la ciudad de México empezó a ser la principal fuente de trabajo temporal para los campesinos mazahuas. Esto se debió, en parte, al hecho de que se hubieran agotado otras fuentes de trabajo, ya mencionadas, y a que algunos individuos excepcionales se establecieron en la ciudad y se hicieron proveedores de información, de hospedaje y de empleo para sus paisanos.

Dos ejemplos servirán para ilustrar esta relación: José Matos, del pueblo de Providencia —cerca de Dotejiare— se fue a vivir a Xochimilco, donde compró tierras en unas chinampas. Periódicamente, iba al pueblo a reclutar jóvenes que le ayudaran en la siembra y cosecha de verduras. Les pagaba \$ 50.00 cada dos semanas, de lo cual, cuenta un informante, gastaba \$ 20.00 para comida y enviaban \$ 30.00 a sus familias. Pronto se estableció un tráfico continuo entre Xochimilco y los pueblos de Providencia y Dotejiare. Algunos muchachos empezaron entonces a extraer la raíz de zacatón en los alrededores de Xochimilco. Poco después fueron a Tlalnepantla, también a extraer dicha raíz. Otros grupos de jóvenes salieron, con el mismo objeto a los estados de Puebla, Jalisco y Michoacán.

Lo importante es que José Matos, a quien llamaban "tío", según la costumbre mazahua de designar así a cualquier hombre de edad, les dio trabajo no sólo a los jóvenes mazahuas de la Providencia, sino que "se corrió la voz" y empezaron a ir de todos los pueblos cercanos; entre ellos, de Dotejiare.

Otro caso parecido, pero con diferencias importantes, es el



de los hermanos Vieira, de Santiago Toxi. Emigraron a la ciudad de México en los años cuarenta, y lograron establecer un próspero negocio de librerías e imprentas. Posteriormente, han venido a trabajar para ellos, en calidad de empleados y de sirvientas, muchos jóvenes de Toxi. Su relación, sin embargo, ha sido de clientela, ya que los Vieira son mestizos y se han incorporado de lleno al estilo de vida urbana .

Otro tipo de emigrante individual excepcional es el que representa Lorenzo Miranda, también de Toxi. A los diez años, por iniciativa propia, salió a la ciudad a trabajar de mozo en una casa. Ahorró hasta reunir lo necesario para comprar una pollería. La compró, la vendió luego, y pasó por una serie de aventuras por demás simpáticas, que sería demasiado largo relatar. Terminó siendo un hombre muy rico, dueño de una cadena de pollerías y puestos de jugos. Hace cinco años, regresó a vivir a Toxi. Su casa estilo urbano, de dos pisos, con puertas y balcones de hierro, y sus tres automóviles y una camioneta, representan a ojos de los del pueblo el éxito que puede obtenerse con solo irse a la ciudad. Así, don Lorenzo, aunque no actuó como empleado de emigrantes del pueblo, ha jugado un papel importante en fortalecer la idea de que la migración hace fácil ascender económica y socialmente.

En cambio, el resto de historias personales de emigrantes repiten un mismo patrón de migración estacional; salían a la ciudad de México en tren o a pie; trabajaban de cargadores o macheteros en La Merced; ahorraban algún dinero, y regresaban a Toxi.

En Dotejiare, según cuentan, en aquel tiempo había muy poca migración, probablemente debido a que los trabajadores aprovechaban el tiempo en que no había labores en las milpas, dedicándose a la extracción del zacatón. Además, el pueblo se encontraba más alejado y aislado geográficamente, y justamente en aquellos años se hallaba sumido en matanzas intestinas que hacían arriesgado el desplazarse.

Finalmente, después de sucederse varios asesinatos y cambios de comisariado ejidal, don Luis Cruz logró mantenerse en su puesto y consolidar su posición política en el pueblo. Ello ocasionó el éxodo masivo de la facción opositora, y se estima que unas 25 familias salieron intempestivamente a establecerse en la ciudad de México.

C. 1950-1970

En la década de los cincuentas, resaltan con claridad las condiciones que han influido en convertir lo que fue en los años cuarentas un movimiento individual y costumbrista, en una migración masiva, cuyas proporciones han modificado por completo la conformación social y económica de la región.

Por una parte, se hicieron sentir los efectos de la explosión demográfica: los índices de crecimiento de ambos municipios fueron más altos que el nacional para la década de los cincuentas. Ixtlahuaca aumentó su población con un índice anual de crecimiento de 4.5, y San Felipe del Progreso, de 4.0 (dato proporcionado por el demógrafo Agustín Porras).

En ambos pueblos, el crecimiento de la población fue explosivo. Sin embargo, por circunstancias especiales, la presión demográfica les afectó en forma diferencial.

En Dotejiare, debido a la salida precipitada de una parte de su población, no se ha hecho sentir con agudeza la presión sobre la tierra. Una encuesta, hecha en 1956, mostró que cada ejidatario tenía todavía como promedio 2.5 has. de tierra. En cambio, la misma encuesta en Toxi reveló que las parcelas ya se habían reducido a un promedio de 0.5 a dos hectáreas. (Fabila, s.f.: 287 y 437).

Las razones para esta mayor presión demográfica en Toxi son las siguientes: el índice de mortalidad decreció al hacerse disponibles los servicios médicos en Ixtlahuaca y en Toluca. Esto se nota en la pirámide de edades del municipio de Ixtlahuaca de 1950. Un cálculo sencillo explica la escasez de tierras: en el municipio, las mujeres que entraron en edad de procrear en los treintas, tuvieron un promedio de 7 hijos, según el censo de 1970. Aun teniendo en cuenta la mortalidad, podemos calcular que tuvieron cuando menos de 2 a 3 hijos varones a quienes repartir la parcela patrimonial. Si éstas originalmente tuvieron un promedio de 2.5 has., significa que la segunda generación de ejidatarios, los que tomaron posesión de ellas a principios de los cincuentas, recibieron una hectárea o menos. Las hijas, obviamente, no tuvieron posibilidad de heredar las tierras, y la legislación sobre tierras ejidales incluso no lo permitía.

Para principios de los cincuentas, como resultado de ello, la migración permanente y temporal se intensificó en Santiago Toxi y en otros pueblos del municipio.

El destino de casi todos los emigrantes de Toxi era la ciudad

de México. Los hombres adultos seguían yendo a la ciudad, por temporadas, a trabajar como cargadores y macheteros en La Merced. Pero ya había un número considerable de niños y adolescentes que, desde los doce y trece años, salían a la ciudad, y allí permanecían hasta pasados los veinte años. Han sido estos hombres jóvenes —que son ahora jefes de familia— los que han tenido una influencia decisiva en provocar cambios sociales y políticos en el pueblo.

José Maldonado, por ejemplo, trabajó desde los trece años descargando por la noche los camiones de verduras en La Merced. Ganaba de \$30.00 a \$40.00 trabajando toda la noche. Dormía en las mañanas, y en las tardes, asistía a la escuela para aprender “a escribir y a hacer cuentas.”

Sobresalen en las historias personales de estos emigrantes su afán por aprender a leer y escribir, adiestramiento que no pudieron recibir en el pueblo por la falta de interés de sus padres y por los pocos maestros con que contaba la escuela. Pero una vez en la ciudad, al entrar en un sistema en que dichos conocimientos cuentan para “progresar”, adquirieron interés en educarse: interés que ahora han suscitado en sus hijos, a quienes han enviado sin dilación a la escuela primaria y secundaria. Incluso algunas familias se han trasladado a México a fin de asegurar esta educación para sus hijos. Ahora bien, un punto vital que comprender es que no hay empleos mediante los cuales “progresar” en el pueblo, de manera que, para cumplir con este nuevo esquema ideológico de movilidad social, los jóvenes se tienen que trasladar a la ciudad.

Ya para esta época, se había consolidado una amplia red de trabajo y de intercambio de información entre La Merced y Santiago Toxi. Los tres emigrantes dueños de bodegas proveían y proveen de empleo a los hombres jóvenes del pueblo y de otros pueblos de la región. El constante ir y venir de emigrantes ha establecido canales permanentes de información todos ellos se comunican y están al tanto de sus mutuas actividades. Es típico un comentario, como el siguiente, por parte de una mujer cuyo esposo estaba trabajando en la ciudad: —“No, si ya me dijeron que esta semana no me va a traer centavos porque los perdió antenoche a las cartas...” Para reforzar este vínculo pueblo-ciudad existe ya desde los cincuenta el “correo”, un hombre que se dedica a llevar y traer encargos entre Toxi y la ciudad de México. Actualmente, desempeña este papel José Vidal. Sale del pueblo todos los domingos a las 6 a.m. hacia la capital. Se pasea

en la ciudad hasta las 12, y de las 12 a la una de la tarde, espera en la estación de los autobuses de la Herradura, a recibir los encargos de emigrantes en la ciudad: algunos recogen la ropa limpia que les envía su familia y mandan de regreso algún dinero y su ropa sucia; alguna mujer joven que trabaja de sirvienta le manda un recado a su padre para que la venga a recoger, porque no está "a gusto en donde trabaja"; otra manda preguntar si ya se alivió su madre; otros muchachos envían regalos a sus novias allá en el pueblo. A las seis de la tarde, José ya está de regreso en Toxi, repartiendo recados. Además de este "correo", cada fin de semana hay alguien que va al pueblo y, si se quiere enviar algún recado o bulto, no hay más que preguntar quién está por irse, generalmente será un pariente propio, o de alguien conocido, y se realiza el encargo con facilidad.

En Dotejiare, en cambio, la situación general en la década de los cincuentas, fue muy distinta. No existía en ese entonces la necesidad imperiosa de emigrar estacionalmente para sobrevivir. Las tierras eran todavía abundantes, y la extracción de la raíz de zacatón proporcionaba el ingreso líquido que se necesitaba para otros gastos. Al contrario de otros pueblos circundantes, en los que pronto se acabó el zacatón por haber sido explotado con demasiada rapidez, en Dotejiare, don Luis logró convencer a los ejidatarios de que se plantara nuevamente zacatón. Esto fue en 1952, y, gracias a ello, en la actualidad, el pueblo cuenta con la reserva más alta de zacatón de la zona.

Pero el hecho de que un grupo de gente del pueblo estuviera instalado en la ciudad de México funcionó como estímulo a la migración. Lo interesante de esto es que casi todos los que salían a la ciudad por alguna temporada, se dedicaban a vender fruta en las calles. Y sucedió que, a principios de los sesentas, al intensificarse la represión de la venta ambulante, por parte de las autoridades urbanas, los hombres de Dotejiare empezaron a llevar a sus esposas para que ellas vendieran, ya que la represión contra ellas ha sido menos dura, aunque igualmente brutal.

En Dotejiare, los datos muestran que un grupo doméstico de unas cinco personas el promedio es de seis puede subsistir si posee 2 has. de terreno y un ingreso líquido, ya sea que éste provenga del zacatón, o de raspar magueyes, o de vender pulque, o de una pequeña tienda, o de la venta de algunos animales, o de la contribución monetaria de un hijo o hija. Es decir, la migración en Dotejiare es opcional para la subsistencia. En Toxi no lo es.

Un factor de atracción poderoso en la migración durante los años sesentas, ha sido el aumento en los ingresos que podían obtenerse en la ciudad de México. Por ejemplo, el salario de un albañil, \$90.00 semanales en 1955, se duplicó en 1965, y en 1971, ha llegado a \$224.00. En ese mismo lapso, el jornal agrícola subió de \$42.00 semanales en 1955, a \$60.00 en 1965, y a \$90.00 en 1971. Los incrementos de las ganancias en la venta ambulante y en otros tipos de servicios marginales en la ciudad, son aún más altos. Esta discrepancia, en un principio, aceleró la salida masiva de gente de Dotejiare hacia la ciudad. Apenas en los primeros días de los setentas comenzó a notarse entre los emigrantes la desilusión de que a altas ganancias corresponden altos gastos de vida en la ciudad, y de que, por tanto, no aseguran un nivel de vida mucho más alto. Unas cuantas familias han empezado a regresar a Dotejiare. Petra Albino y su esposo, por ejemplo, habían vendido sus tierras y se habían ido a vivir a la ciudad de México. Pero allí, no pudo él encontrar un trabajo permanente, y sobrevivían gracias a la venta de frutas a que ella se dedicaba. La policía la arrestó varias veces: en una ocasión, tuvo que quedarse 15 días encerrada en la cárcel por no poder pagar la multa. Al ver que no tenían futuro en la ciudad, regresaron al pueblo. Habían pasado 10 años en la ciudad, cuando “las cosas eran baratas.” En 1974, su esposo se ocupaba de nuevo en extraer la raíz de zacatón, y con eso lograban mantenerse. Esperaban poder comprar otra parcela y, por lo pronto, él trabajaba una parcela “a medias”.

Conclusiones

El análisis de los procesos de migración que acabamos de describir, en sus distintos aspectos de economía, estructura de poder en la región, familia y parentesco, y estratificación social, nos permitió llegar a las siguientes conclusiones, en cuanto a los puntos que expusimos al principio de este trabajo; que son, a saber, la validez del estudio antropológico de pequeños grupos migratorios.

En primer lugar, se hizo patente que el estudio restringido heurísticamente a una o a dos comunidades no habría permitido explicar los procesos sociales que se han dado en ellas; entre los cuales está la migración. En efecto, todos los acontecimientos que afectaron en forma decisiva a las comunidades, provinieron del exterior: la posibilidad de trabajo en las minas —y posterior-

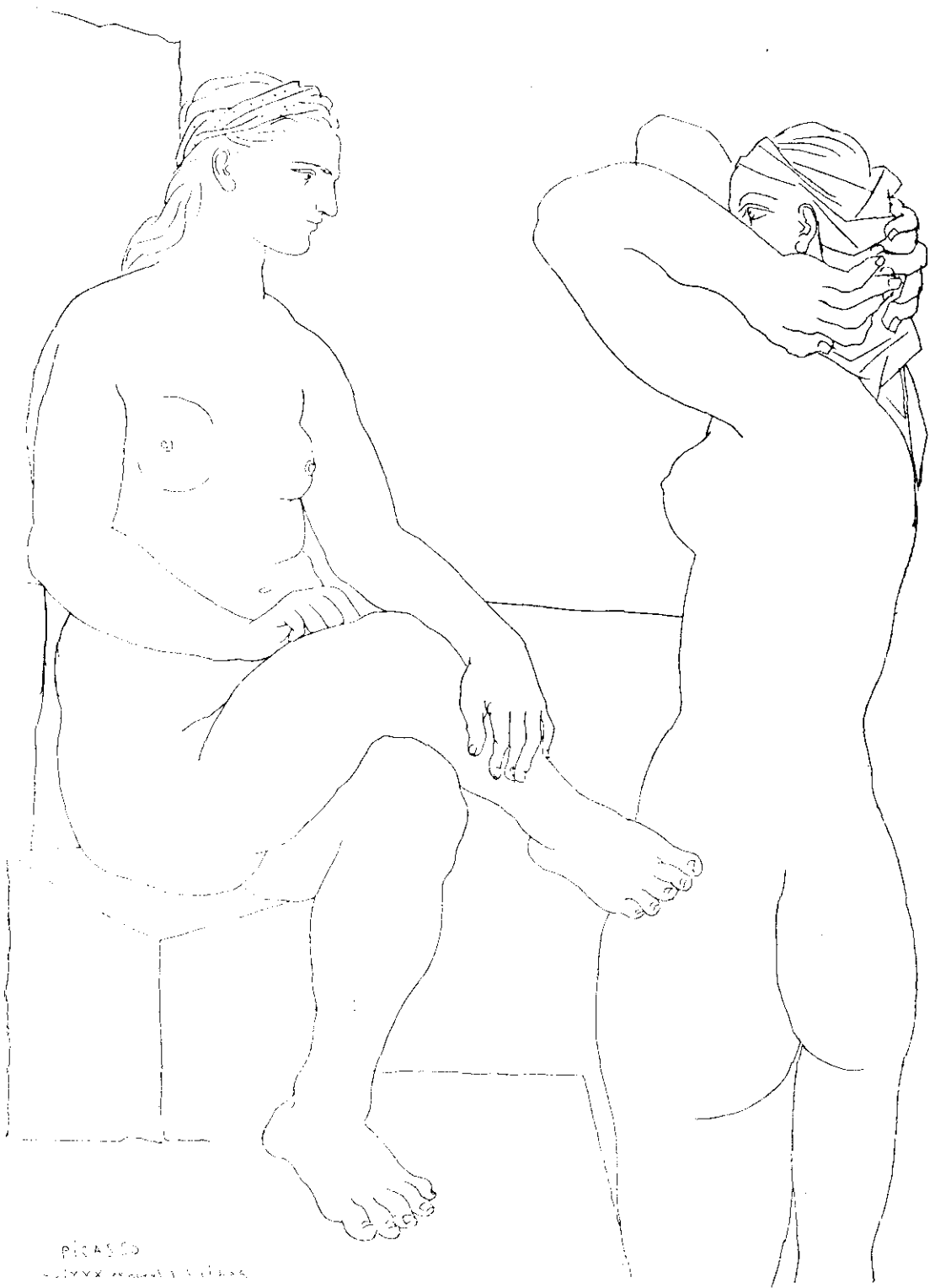
mente su desaparición—, la Revolución, la reorganización política en municipios, las iniciativas políticas que apoyaron o derrocaron a los caciques en las comunidades, la reforma agraria, la construcción de carreteras, la extensión de los servicios médicos, la instalación de las escuelas, la disponibilidad de insumos y maquinaria agrícola, y el punto más importante, el surgimiento de la ciudad de México como enorme mercado de trabajo, con una amplia demanda de mano de obra no calificada.

Puede apreciarse que todos estos hechos forman parte de un solo proceso económico, político y social, a nivel macrosociológico. Aislar analíticamente, pues, en su interior, a una o a dos comunidades, como suelen hacerlo los antropólogos para estudiar la migración, llega a ser a todas luces inadecuado. Tampoco son adecuados los esquemas dualistas que consideran al pueblo y a la ciudad como sistemas independientes cuyo vínculo es el emigrante: se pierde entonces el hecho de que ambos están entrelazados en un proceso mayor. Y la migración, cuando es masiva, como en el caso de los mazahuas, está especialmente ligada con dicho proceso.

En segundo lugar, se confirmó lo expuesto como hipótesis en un principio: el error de intentar generalizar partiendo únicamente de las verbalizaciones de los informantes. En la reconstrucción que hicimos de la historia reciente de las comunidades, resalta el hecho de que muy pocos individuos en ella —aunque sí los hay— han logrado tener una visión sociológica e histórica amplia de la misma, como para haber podido describir el proceso social mayor en que están insertadas las comunidades. Es decir, el individuo, por estar dentro de la tela social, difícilmente puede realizar la tarea del científico social: verla a distancia, desde fuera. La colección de gran número de relatos individuales, incluyendo sus motivaciones para emigrar, no asegura, pues, de ningún modo, la reconstrucción del proceso social.

Respecto de esto, el estudio hecho en Toxi y en Dotejiare mostró lo siguiente:

1. Se encontró, en algunos casos, una fuerte discrepancia entre las causas globales de la migración y las motivaciones que dan los emigrantes para salir de sus pueblos de origen. Esto se debe, casi siempre, a una distinta posición de clase del informante. Un ejemplo ilustrará este punto: en Dotejiare, un grupo de gente afirma que los emigrantes se van por flojos, por “dejados”, porque prefieren la vida “fácil y promiscua” de la ciudad. En Toxi, no hubo opiniones como ésta. Sólo pude encontrarle coherencia a



PICASSO
1911

estas divergencias cuando, al revisar entrevista por entrevista, se hizo evidente que casi todos los que así se habían expresado pertenecen a una exigua burguesía rural; es decir, son aquellos cuyas propiedades les permiten sobrevivir holgadamente en el pueblo, y que, además, gozan también de privilegio político. La posición de clase, por tanto, influye de manera importante en la apreciación que hace la gente de la migración.

2. Ligado con lo anterior, resaltó que no existen las mismas alternativas de acción para toda una población. Para los hijos de las familias poderosas de Dotejiare, existe la posibilidad de salir a estudiar a la universidad a la ciudad, o pedir prestado dinero al padre para establecer allá un negocio, o permanecer en el pueblo a seguir manejando los cultivos y negocios del padre. En cambio, para una familia con ocho hijos y una hectárea de tierra estéril; que sufre una descapitalización y endeudamiento constante —la situación más común en ambas comunidades— el hijo no tiene opciones entre las cuales escoger: se ve forzado a emigrar para ganar dinero con que solventar el déficit familiar, y queda de esa manera condenado a seguir repitiendo este esquema toda su vida o a emigrar para siempre. Así, un estudio de toma de decisiones puede dar indicios importantes sólo si se establece con precisión la alternativa que existe para un grupo social específico. En el estudio llavado a cabo en la región mazahua, esta consideración tiene una importancia adicional, porque tratándose de un grupo “indio”, el simple hecho de ser estigmatizados como tales les cierra la puerta a los mazahuas, a toda una serie de alternativas de trabajo y de ascenso político y social de que gozan los mestizos (Arizpe, 1973). *El analizar las tomas de decisiones de estos grupos en conjunto, como si no existieran diferencias de clase, de poder y de estigma étnico, falsea por completo los datos.*

3. Aclarado lo anterior, resulta que un estudio de toma de decisiones lo que nos explica son los casos desviantes; es decir, aquellos que, a pesar de encontrarse en una situación previamente definida, según ciertos parámetros de opción, han tomado una decisión contraria. Tal sería el caso citado de Lorenzo Miranda, por ejemplo. *Nos ayuda, pues, a entender la selectividad migratoria, pero no puede explicar la norma de la migración, porque éste se explica, no por los resultados, i.e., las decisiones tomadas, sino por los factores canalizantes de dichas decisiones.*

Ahora bien, demostrada la necesidad de que, a nivel de pequeños grupos, el investigador centre su análisis en la clase social

o grupo étnico —no en la seriación de individuos— y en los procesos mayores que los afectan, los obstáculos que surgieron para realizar este tipo de análisis fueron los siguientes:

Para el caso de la migración, el estudio mostró que es indispensable que el investigador lleve ya al campo un marco teórico macroestructural que le indique cuáles son los puntos claves de su investigación. Dicho modelo puede ser tomado de estudios estadísticos realizados por economistas, demógrafos y sociólogos, que se refieren a la sociedad mayor en la que participan los pequeños grupos que va a investigar. El resumen incluido en este trabajo muestra que, a partir de una o dos comunidades, *el antropólogo no puede inducir los procesos básicos que afectan a la migración*, i.e., las características particulares del proceso de industrialización, las políticas gubernamentales que la han afectado, el desarrollo desigual de las regiones, los cambios demográficos, etcétera. Hasta el momento, a mi juicio, el esquema que mejor provee de este marco explicativo del desarrollo capitalista de las economías latinoamericanas, respecto de la migración, es el que proporciona Paul Singer (1972 y 1975).

Sin embargo, una vez demostrada la necesidad de utilizar un marco histórico-estructural, el antropólogo o sociólogo se enfrenta a la dificultad de ligarlo con sus datos de nivel local. El ejemplo siguiente ilustra dicha dificultad: por una parte, un número considerable de campesinos recalcó que ya no se ocupaban en extraer la raíz de zacatón, por razones de índole muy diversa: “lo están acaparando”, “la gente se ha vuelto floja, ya no la quiere trabajar”, “es un trabajo muy duro, es mucha chinga”, o, simplemente, “se está acabando”; por otra parte, busqué estadísticas sobre la exportación de este producto, y encontré que, en efecto, decreció en un 80% en el período de 1900 a 1970. Me parece que es innecesario explicar que esto se debió a que la raíz de zacatón ha sido sustituida en mercados internacionales por fibras sintéticas fabricadas en los países desarrollados. Parcialmente, la explicación del empobrecimiento de la región mazahua, pues, se debe a las características de su relación económica y política con el exterior.

De esta manera, resalta que el área en la que se necesita trabajo teórico más urgente consiste en tratar de ligar los datos de informantes con el nivel regional y nacional. Intenté resolver este problema, en mi investigación, comenzando por dar forma a un esquema analítico que permitiera colocar los datos en sus niveles adecuados, sin perder su conexión causal. En seguida se presenta para su discusión.

Como medida heurística, se identifican tres niveles paramétricos causales en la migración. El nivel de mayor magnitud, de *condiciones*, afecta a la unidad social mayor, ya sea a la nación, ya sea al área de análisis que incluya a la comunidad de origen del emigrante y la ciudad de destino. Los factores que operan a este nivel no pueden captarse únicamente en uno de los polos: se requiere englobar a ambos en el análisis. Su funcionamiento se entiende solamente a nivel estadístico, en el marco de un sistema político-económico global. En sus aspectos más generales, se relaciona con el modelo de desarrollo económico y las políticas de industrialización y urbanización tomadas por los gobiernos centrales.

El segundo nivel de *causas mediatas* comprende aquellos factores que influyen directamente en los *grupos* sociales y culturales de una región dada. Dichos factores no pueden captarse únicamente a nivel de la comunidad o del grupo de emigrantes en la ciudad, sino que se hacen aparentes analizando la estructura de la región rural o de la ciudad en su totalidad. Sin embargo, estas presiones, que se mantienen constantes, afectan diferencialmente a los diversos grupos. Son estas presiones diferenciales las que debe explicar el antropólogo.

El último parámetro es el de *factores precipitantes*, las razones de haber emigrado que dan los emigrantes. Es el último empujón que necesita el emigrante para partir —lo que Gulliver (citado en Mitchel, 1959) llama “last straw causes”, y lo que Mitchell (1959) denomina “causas suficientes”. Incluye acontecimientos precisos, accidentes y sucesos en la vida de los individuos.

El esquema se presenta como sigue:

CONDICIONES

1. El modelo general de desarrollo adoptado por el país en el que se estudia la migración, dando especial atención a lo siguiente:
 - a) Tipo y localización de las industrias que se están estableciendo.
 - b) Desequilibrios económicos que se están agudizando en diversas regiones.
 - c) Condiciones de la agricultura en las regiones que expelen emigrantes.
2. Las políticas del gobierno central relativas a aspectos que

afectan a los emigrantes, tales como: servicios sociales y de vivienda en la ciudad, medidas tendientes a una distribución equitativa del ingreso, al desarrollo regional equilibrado, a la canalización de recursos fiscales, etc.

3. Los cambios demográficos de importancia en la región en donde se produce la migración.

CAUSAS MEDIATAS

1. Características del lugar de origen:

1.1 Las condiciones económicas de la región y las comunidades que se estudian.

- a) Agricultura: desarrollo o estancamiento, rendimiento, disponibilidad de insumos, de crédito, etc.
- b) Industrias, artesanías y empleos tradicionales.
- c) Nuevas fuentes de trabajo creadas por las industrias modernas y por los servicios.
- d) Los patrones de consumo.

1.2 La estratificación y clases sociales en la región y en el pueblo.

1.3 La estructura de poder de la región y las comunidades: en particular, su relación con las condiciones económicas.

1.4 Comunicaciones y transportes.

1.5 Cambios culturales:

- a) Las pautas de la cultura tradicional.
- b) Los efectos de la estigmatización étnica.

2. Características del lugar de destino:

a) La estructura ocupacional.

b) La aceptación de emigrantes: las barreras sociales y culturales.

c) El acceso a servicios sociales, viviendas y diversiones.

d) Factores específicos del lugar, respecto de la región de origen de los emigrantes; i.e., que exista ya una colonia de emigrantes de la región en la ciudad.

FACTORES PRECIPITANTES

1. Acontecimientos locales y de la comunidad que han provocado migración; i.e., luchas políticas, desastres naturales, epidemias, etcétera.
2. Eventos de la vida personal que han hecho que ciertos individuos emigren; i.e., una muerte o enfermedad en la familia, una disputa familiar, la ocasión de emigrar con un amigo o pariente, la oferta directa de un trabajo en la ciudad, etc.

BIBLIOGRAFIA

- Arizpe, Lourdes, 1975. *Indígenas en la ciudad: el caso de las Mariás*. SepSetentas. México.
- Arizpe, Lourdes, 1975. "Consecuencias Económicas de un Estigma Etnico: el Indio y la Economía Campesina." Manuscrito.
- Argüello, Omar, 1973. "Migración y Cambio Estructural" en *Población, Desarrollo y Estructura Social*. CLACSO. Buenos Aires.
- Brinley, Thomas, 1954. *Migration and Economic Growth*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Butterworth, Douglas, 1971. "Migración rural-urbana en América Latina: el estado de nuestro conocimiento" en *América Indígena*, XXI, 1, 52-85.
- Centro de Estudios Económicos y Demográficos, 1970. *Dinámica de la Población de México*. El Colegio de México. México.
- Fabila, Isidro, 1958. *Los Ejidos del Estado de México*. Gobierno del Estado de México. México.
- Germani, Gino, 1965. "Emigración del Campo a la Ciudad y sus Causas" en Gilberti, H. (ed.) *Sociedad, Economía y Reforma Agraria*. Buenos Aires.
- Harris, John y M. Todaro, 1970. "Migration, Unemployment and Development: a Two Sector Analysis" en *American Economic Review*. March 1970, 126-142.
- Hauser, Philip (ed.), 1967. *La Urbanización en América Latina*. Buenos Aires.
- Mitchell, Clyde, 1959. "The Causes of Labour Migration" en *Bulletin of the Inter-African Labour Institute*, VI, 1, 12-47.
- Muñoz, Humberto y Orlandina Oliveira, 1972. "Migraciones Internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis" en Muñoz, H. et al., *Migración y Desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires.
- Oliveira, O. y Claudio Stern, 1972. "Notas acerca de la Teoría de

- las Migraciones Internas: aspectos sociológicos” en Muñoz, H. et al., *Migración y Desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires.
- Peltier, R. y A. Galván, 1972. “Encuesta sobre mujeres dedicadas a la venta ambulante.” Manuscrito.
- Schwarzweller, H. y J. J. Mangalam, 1973. “General Theory in the Study of Migration: Current Needs and Difficulties” en *Journal of Migration*, IX, 3-17.
- Singer, Paul, 1972. “Migraciones Internas: Consideraciones Teóricas sobre su Estudio” en Muñoz, et. al., *Migración y Desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires, págs. 45-67.
1975. *Economía Política de la Urbanización*. Ed Siglo XXI. México.



Clase, raza y etnicidad en Brasil y México

Angela Gillian *

Este ensayo constituye un intento inicial por estructurar una interpretación de la relación existente entre clase, raza y etnicismo. En este sentido, hemos incorporado el concepto que Anselm Remy llama "etno-clase". Esto es, en aquellas sociedades que han desarrollado rasgos sociales de la clásica economía de plantación, aún después de que la esclavitud fue abolida, se aceptaba comúnmente que la posición social de un individuo estaba determinada no sólo por su riqueza, sino también por el grado en que presentara características caucásicas, así como por su familiaridad con la cultura europea (Remy, 1970). Puede añadirse que el fenotipo, los índices culturales sociolingüísticos, la educación y la riqueza, todos contribuyen para determinar la posición social en Salvador da Bahía. Por lo tanto, aun cuando existe una relación entre clase social y fenotipo, la definición de raza es fundamentalmente social.

Salvador da Bahía es una ciudad de cerca de 800 000 habitantes, de los cuales el 50% fenotipo es africano occidental. Originalmente, fue la ciudad-puerto principal y la metrópoli nacional durante los años del cultivo del azúcar en los siglos XVII y XVIII, y, desde entonces, ha venido a ser un satélite de la zona industrializada del sur del Brasil, en donde Sao Paulo funciona como

* Trabajo presentado, en la 73ava. reunión anual de la Asociación Americana de Antropología en la ciudad de México, como parte de la sesión intitulada "Raza, etnicidad, clase y marxismo: El punto de vista del nativo, 1974. Traducción de Luis Berruecos.

la metrópoli nacional. Salvador da Bahía tiene, entonces, todas las características de una metrópoli provincial dependiente del sur; pero, a la vez, es un punto focal regional (Gunder Frank, 1969). Aun cuando el anuario estadístico-censal brasileño (Anuario Estadístico do Brasil) no publica datos sobre migración interna (en realidad, la información que no publica es más importante que la que sí publica; sirve propósitos político-militares definidos para el régimen militar represivo del Brasil; por ejemplo, para negar la existencia de amerindios en Brasil), miles de hombres y mujeres de Bahía inundan el sur cada año en búsqueda de trabajo y, de hecho, el "metro" de Sao Paulo está siendo construido por obreros de Bahía.

Una de las consecuencias del funcionamiento de esta región, como colonia interna, es que los problemas de la sociedad brasileña se hacen mucho más visibles a primera vista. Las relaciones sociales, ya sea por distinciones de clase, de raza o de sexo, toman formas atávicas. Además la estructura paternalista y patriarcal de las leyes, hacen que la "militarización" de la cultura se manifieste, en términos generales, de manera más acentuada en el noreste. Así, el primer punto central para entender correctamente el problema de clase y de raza en Bahía como proceso sociológico, es a través del estudio de los roles del papel de la mujer en la cultura. Hay un dicho popular en Brasil que resume los aspectos básicos de etno-clase y de relaciones sexuales en Bahía: "una mujer negra para trabajar, una blanca para casarse, y una mulata para fornicar" (*Preta p'ra trabalhar, branca p'ra casar, e mulata p'ra fornicar*). Es evidente, entonces, que si utilizamos este estribillo como paradigma sociológico, podemos constatar la presión social que existe por lograr un "mejoramiento de la raza" (*melhorar a raca*) o "limpiar la sangre" (*limpar o sangue*), consecuencia lógica del patrón tradicional de mezcla de razas en la cual el participante más pasivo y vulnerable es la mujer negra o morena. Así, la movilidad social se concibe comúnmente como un proceso de "blanquearse", ya sea por las características fisiónómicas (por ejemplo, alaciarse el cabello chino), ya sea por la selección de la pareja que, entonces, ayudará a "mejorar" los hijos. El "blanquearse" a uno mismo se convierte entonces en un condicionamiento cultural a través de la adquisición de la educación formal o de la constante vigilancia para evitar africanismos, reales o imaginados, lingüísticos y/o paralingüísticos, en la fonología (acento), la sintaxis (gramática), el léxico (vocabulario) y la conducta. Estos valores y percepciones son

compartidas por todas las clases sociales y grupos raciales de la sociedad de Bahía aun cuando hay mucha resistencia por parte de los negros y/o mulatos hacia la absorción total e internalización de esos valores. Según conceptos de Fernando Solana referidos a muchos americanos nativos neocolonizados, al bahiano "se le hace sentir inferior (por un proceso externo fuera de sí mismo), pero no se le llega a convencer de su inferioridad" (Solana, 1968).

En términos funcionales, ha habido una proliferación de folklore de los propios negros, que refleja esta dicotomía. En términos generales, cualquier cosa relacionada o ligada con la esclavitud, es vista de manera negativa. Lo anterior significa que, si los que fueron esclavos tenían el pelo lanudo, entonces esta categoría se asocia con lo "malo", etc, a pesar de que los negros de Bahía también hablan con orgullo de las numerosas rebeliones de esclavos y movimientos de resistencia ocurridos en Bahía.

Dado que la institución del matrimonio refleja esta estructura social, no extraña el que muchos negros o mulatos profesionistas de Bahía procuren lograr matrimonios con blancos pobres. De este modo, las dos partes participan en un contrato que les promete a ambos movilidad vertical. Sin embargo, esto, de todas maneras, no es constante.

En contraposición con lo anterior está el hecho de que Bahía presenta una cultura predominantemente afro-accidental y/o afro-brasileña. Los bahianos, negros o blancos, ricos o pobres, comen comida africana, tienen una fonología relacionada con hábitos de articulación física del oeste africano (en acento y lenguaje). En cierto sentido, se enorgullecen de la continuidad de la tradición original africana. Es más, aun cuando muchos de ellos digan que son católicos, no ven una contradicción en el hecho de que una nueva clínica dermatológica tenga al frente una gran estatua que simboliza a Omolu, el Orixá (dios) Yoruba de la viruela y de las dolencias de la piel.

La cultura popular inconsciente es, en muchos casos, africanizada, aunque muchos bahianos han absorbido algunas características de la ideología neocolonial acerca del Africa contemporánea transmitida a través de los medios de comunicación; por ejemplo, el papel "noble" de Portugal en Africa, etc. (Dzidziyeno, 1973).

Al igual que en otras culturas dependientes, el bahiano *burgués* es "super-correcto" y "super-europeo", especialmente si percibe inconscientemente que su fenotipo es nocivo para el status que desea. El bahiano de clase media sufre de "amnesia adaptativa",

fenómeno también conocido en los Estados Unidos y el Caribe. En él, el negro de clase media “olvida” los incidentes humillantes de la discriminación racial. Con palabras de un negro brasileño: “El profesionista negro se avergüenza de ser discriminado, aún después de haber cumplido con los requisitos de “blanquearse.” Si examinamos otros fenómenos verbales, desde un punto de vista sociolingüístico prevaecientes en Bahía, podemos notar cómo ayudan a definir este proceso, que aparece a la vez paradójico y lógico. Por una parte, uno oye decir “branco da terra) (blanco originario del lugar), “branco da Bahía” (blanco de Bahía), “saruaaba” y “sará” (mariney” o “riney” —una expresión sureña negra que se emplea en describir a una persona con piel ligeramente coloreada y con pelo y ojos de características africanas—), todo ello para significar que “no se es *realmente* blanco”. Por otra parte, también se escucha “nego” “querido”, como una palabra de cariño hacia cualquiera, en un país en donde la palabra “negro” es ofensiva. Las formas diminutivas “neguinho” y “negrinho” pueden añadir, ya sea afecto, ya sea paternalismo, según fuere la situación. Quizá el término más fuerte para el fueño es el de “barriga suja” (“barriga sucia”) y su antónimo “barriga limpa” (barriga limpia). Cualquier hijo de piel más blanca (o con pelo menos quebrado) que cualquiera de sus hermanos, se dice que viene de una “barriga más limpia” que los otros. El contrario también se aplica cuando uno ha nacido de una “barriga sucia”. Muchos de estos valores y actitudes también los comparten los afroamericanos de Estados Unidos, con la diferencia de que las actitudes de muchos bahianos *socialmente blancos*, son también llevadas a cabo por los *socialmente negros* (piel ligeramente oscura o cualquier otra característica europea) en los Estados Unidos, donde supuestamente el genotipo define al “blanco” y al “negro”. De ahí que, en muchos lugares, Bahía y Pino-tepa no sea anacrónico escuchar a una persona decir: “se casó con un hombre negro, pero todos sus hijos salieron blancos”.

Hay algunos amerindios en el puerto de Salvador da Bahía: las concentraciones más grandes de afroamerindios se localizan en el interior del estado. Ambos grupos encuentran razones para denigrar al otro; pero, a pesar de ello, existen toda clase de relaciones sociales entre ellos. Generalmente, la mayoría de los no indígenas brasileños sienten que el indígena es el “menos civilizado” de los tres grupos étnicos mayores, y es notable observar cuán seguido el negro brasileño habla con orgullo de haber ayudado al portugués a “domesticar” al amerindio. Este lamentable

valor no solamente se refleja entre los afroamericanos de los Estados Unidos, quienes aún recuerdan con romanticismo los roles históricos de grupos tales como los "soldados búfalo" (famosos soldados negros que luchaban contra los "guerreros indios" en el siglo XIX, sino que también forma parte del esquema ideológico de los "morenos" o los afromestizos de la Costa Chica en México. Lo anterior indica que, aun cuando el tipo de cabello es un indicador importante de etno-clase, en aquellas regiones, como el Amazonas, donde los amerindios representan el estrato más bajo de la sociedad, la definición de la movilidad ascendente coloca a la "africanidad" (física o cultural) en un punto intermedio entre lo europeo y lo indígena.

La Costa Chica mexicana es una región que se ha caracterizado por una relación de colonialismo interno, tal y como lo describe Pablo González Casanova (González Casanova, 1970). Es una región que exhibe todo el rango de relaciones de dependencia: como Bahía, las leyes y el control social tienen una forma más paternalista. De hecho, la Costa Chica tiene fama nacional por ser una región particularmente belicosa. Mientras que en Bahía existe una imagen ilusoria de "simbiosis cultural" entre los blancos y los negros, en la Costa Chica hay tres grupos étnicos definidos y algunos otros grupos que cruzan a aquellos. Los primeros son las comunidades mixtecas, los pueblos de "morenos" y los pueblos mestizos. Para los propósitos de este estudio, examinaremos detenidamente las características de Pinotepa Nacional, pueblo que funciona como una minimetrópolis provincial respecto de otras pequeñas comunidades ("cuadrillas"), tales como Piedra Ancha, Río Grande, Cuijla (también conocida como Cuajinicuilapa), etc., en dicha región. Todas las minimetrópolis provinciales, como Pinotepa o como Ometepec, más al norte, son de mestizos; esto es, los euromestizos mantienen posiciones de poder regional y se les designa como "gente de razón". No hay poblados de indígenas mixtecos o de afromixtecos o de "morenos" que funcionen como minimetrópolis.

Al igual que en Bahía, la palabra "negro" tiene una connotación de agresividad en la Costa Chica, por lo que la palabra "moreno" y sus derivados lingüísticos (aumentativo, diminutivo y repetitivo) se usan como eufemismos para referirse al negro. Los individuos que ostentan el poder y la riqueza regional son mestizos, fenotípica y culturalmente; pero socialmente se les considera blancos, o sea "gente de razón", término utilizado desde tiempos de la Colonia. La gente que se considera "de razón"



afirma que los negros y los mixtecos no son "de razón". Los negros, a su vez, se consideran ellos mismos "de razón"; pero no así los mixtecos. Y los mixtecos, mientras hablen su lengua y vistan su indumentaria aceptan no ser "de razón". El ser "de razón" se determina, entonces, por una combinación de lengua, indumentaria, educación y otras características étnicas. Cuando un hombre mixteco abandona el "calzón de manta" y se pone zapatos, puede llegar a ser "de razón", siempre y cuando salga de su comunidad y adopte las características de la cultura nacional. Sin embargo, corre el riesgo de ser considerado como "indio revestido". En cambio, un hombre mixteco que ya no usa calzón blanco, pero que aún vive en una comunidad mixteca, mantiene su identidad étnica. Esta fue la posición de dos de los maestros del Centro Coordinador Indigenista que rehusaron abandonar su identidad mixteca, aun cuando su trabajo de maestros les facilitaba usar el tipo de indumentaria que llevan los empleados. En ellos, el trabajo les produjo problemas psicológicos, dado que sintieron que funcionaban como agentes desculturizantes para los niños mixtecos. Se percibían a sí mismos como atrapados en el dilema tan familiar para todo colonizado: que tienen que aprender el lenguaje colonial para conseguir trabajo; pero con cada año de estudio formal se iban sintiendo más separados de sus comunidades.

Los patrones de mestizaje son:

1. El tradicional, en el que los representantes del poder ejercen control de las mujeres campesinas, y 2., cuando la mujer mixteca se casa con un "moreno". (Todas las personas entrevistadas especificaron que el casarse con un "moreno" es la manera tradicional para una mujer mixteca de llegar a ser "de razón".) El hombre mixteca rara vez se casa de manera exógama.

También se oye decir en Pinotepa que la mujer negra prefiere tener un hijo ilegítimo, con un hombre blanco, a estar casada legalmente con un hombre negro. Davidson, en su artículo sobre las rebeliones de esclavos en México, cita una carta enviada a Felipe II, y escrita por el virrey en 1574, en donde éste especifica que "las mujeres indígenas prefieren casarse con negros y no con indígenas y, ni más ni menos, los negros prefieren casarse con mujeres indígenas que con mujeres negras, ya que así sus hijos serán libres" (Davidson, 1973). Aguirre Beltrán ha mostrado que el matrimonio o la cohabitación entre los negros de México usualmente estaba prohibida de manera indi-

recta por los dueños de esclavos que, de acuerdo con la Iglesia, fijaban días y horas para la unión conyugal, a fin de controlar el pecado y el adulterio (Aguirre Beltrán, 1972). Lo anteriormente citado hace ver claramente que las bases no sólo de las relaciones históricas entre indígenas y negros, sino también de la propia estructura matrimonial y las uniones conyugales, están relacionadas con cuestiones de poder y de control. Se ha dado, por tanto, más una *reinterpretación* de uno de los modelos culturales africanos que una transferencia cultural directa, en parte debido a que la mujer indígena pasa sus tradiciones a sus hijos.

En cierto modo los negros o afromixtecos tienen más prestigio social entre aquellos que detentan el poder en La Mixteca, aunque la fisonomía y la cultura del negro tienen menos valor que el del mixteco. Esto es, los mestizos, ya sean afromixtecos, ya sean afroeuromixtecos, se encuentran culturalmente aislados de aquellos que viven en las comunidades mixtecas, hecho que es un motivo de orgullo para muchos mixtecos. Por lo anterior, la mujer mixteca que se casa con un hombre que no es también mixteco, se enfrenta a una decisión difícil: tiene que dejar atrás cierto tipo de vestimenta, lenguaje, costumbres, etcétera.

Las siguientes expresiones y definiciones verbales aun cuando son manifestaciones ideológicas, nos ayudan a aclarar la relación entre movilidad social ascendente y la etno-clase:

1. *Igualado*: indígena o negro que presume de ser "de razón".
2. *Morena limpia*: mujer de piel negra con fisonomía europea y/o pelo lacio.
3. *Güera sucia*: mujer blanca con fisonomía africana y/o pelo quebrado.
4. *Chanda*: pelo quebrado (peyorativo).
5. *Acotejado*: hombre de piel oscura que sólo se relaciona con mujer de piel más clara.
6. *Chango vestido*: hombre negro vestido con ropa muy cara.
7. *Labio volteado*: el de labios grandes con una pequeña división entre cada lado del labio.
8. *Medio-lavado*: mulato.
9. *Juego (también fuego)*: labios de color rosa o rojo vivo.
10. *Tizón*: color carbón de piedra, negro.

Otra característica de Pinotepa Nacional es el gran número de albinos a los que se conoce como "hijos del Sol". Dado que el color rubio es visto como fenotípicamente deseable, muchos de los negros entrevistados afirmaron que hubiesen preferido ser hijos del Sol. Lo anterior quizá se deba al hecho de que la mayoría de los albinos son indígenas sin pelo quebrado, tipo africano. Esto lo refuerza una característica geográfica clásica de la colonización interna, que es la presencia de periódicos de segunda clase, revistas y tiras cómicas, las cuales reafirman la dependencia cultural de la región. Específicamente en éstas, el rubio aparece como el estereotipo ideal, tanto en este lugar, como en la ciudad de México.

Uno de los aspectos de la cultura que se dice derivada de los "morenos" es hablar como "pallo". Esta palabra particular se refiere no solamente a la fonología africanizada; por ejemplo, la supresión de la s antes de las consonantes, sino también a la manera pesada y lenta de pronunciar el lenguaje con un ritmo peculiar. Otra identificación del lenguaje "pallo" es el uso de un léxico particular; por ejemplo, la voz "mba" que se sitúa entre el sí y el "umhmm" del lenguaje afroamericano, tanto en uso, como en significado.

Uno de los miembros de las familias poderosas de Pinotepa afirmó que el hombre negro deforma toda lengua civilizada que trata de hablar. Así, no es sorprendente que el afroestizo, sobre todo el campesino, manifieste el mismo sentimiento de inseguridad lingüística al hablar con una persona que considera "de razón".

Ni siquiera en los archivos municipales hay indicaciones acerca del origen y/o fechas de llegada de los "morenos" a la región. A las comunidades que son supuestamente de "morenos" se les llama "charcos chocos de negros mostrencos". Aun los "morenos" que viven en comunidades mestizas dicen que "la brosa" vive en comunidades negras: "no vaya allá; la negrada le secuestrará", es el aviso y la advertencia a los extraños que se acercan a la región.

El matrimonio por secuestro o rapto no es raro ni para la "gente de razón", aunque se supone que es una característica de los "morenos". Muchos campesinos afirman que, originalmente, la "brosa" ayudó a la gente a conseguir terrenos de aquellos que eran grandes latifundistas; pero que "ya no se les necesita más porque cada quien tiene su ejido". En un trabajo pionero de Luis González Obregón, *Rebeliones indígenas...* hay referen-

cias acerca de las instrucciones que los virreyes de la Colonia dejaron a sus sucesores acerca del "peligro en el orden plebeyo, debido a que incluye toda una variedad de tipos raciales mixtos... dadas sus necesidades y sus vicios y también a raíz de la falta absoluta de toda esperanza de ascenso a mejores oportunidades de empleo, dado que la naturaleza impuso sobre ellos el carácter del servilismo". (González Obregón, 1951).

Parecería entonces que buena parte del carácter sociocultural de todos los habitantes "morenos" proviene de un tipo de esclavo casi cimarrón, localizado a todo lo largo de la Costa Chica en pequeñas ínsulas, algunas de las cuales están aún tan aisladas, que en la época de lluvias (junio a septiembre), es imposible llegar a ellas por tierra tales como Río Viejo, Cuyuche, Collantes, etc. Estos agregados sociales mantienen una paz intranquila con las comunidades mixtecas y ambas han estado sujetas a las formas clásicas del poder regional colonial en la zona.

En conclusión, notamos que:

1. Se justifica el acuerdo con Paulo do Carvalho-Neto que en sus trabajos acerca del folklore en la lucha de clases afirma: "Hay muchas restricciones hacia los negros que aparecen de manera idéntica hacia el pobre, y viceversa, por lo que se les puede calificar de *socio-raciales*; que hay otras que son exclusivas hacia el negro (o exclusivas hacia el indígena), por lo que se trata aquí de consideraciones *raciales*; y que un tercer grupo se aplica en general a los pobres, y por esto es *social*" (Carvalho-Neto, 1973).

2. Aunque existen vínculos claros entre la etnicidad, la clase y el fenotipo, estos no son uniformes. La definición del color de la piel es, pues, una construcción social, tanto en Salvador da Bahía como en Pinotepa Nacional y en los Estados Unidos. Así como hay blancos sociales en las dos últimas regiones, también hay negros sociales en los Estados Unidos; esto es, personas que, siendo rubias, aun cuando sean social y culturalmente negras, hayan crecido dentro de las fronteras étnicas de las comunidades negras. También podría decirse que en Pinotepa y Salvador hay fenotipos negros que comparten, de manera generalizada, la cultura nacional, y que conciben sus intereses de clase como los de la cultura oficial y del poder regional. Más aún, la definición de amerindio a través del hemisferio, manifiesta el mismo paradigma.

3. Estamos de acuerdo con Verena Martínez Alier, quien toma la posición de que en la mayoría de las sociedades en el continente americano, el matrimonio ha tenido esencialmente funcio-

nes de clase y la unión conyugal con frecuencia ha tenido un carácter de explotación. Dado que existe una "interdependencia de estructura social y tipo de unión conyugal... las mujeres de la clase baja carecen de honor y sus uniones con hombres de clases superiores generalmente son relegadas al ámbito de la ilegalidad" (Martínez Alier, 1974). Esta realidad se complica cuando la mujer negra no tiene absoluta libertad para "enamorarse" de un hombre negro, o la mujer amerindia se siente forzada a casarse siguiendo las reglas de la exogamia. La mujer pobre, en general, es la que lleva el peso estructural de las relaciones sociales y sus consecuencias, en cualquier sociedad dependiente.

4. Aun cuando estamos de acuerdo con aquellos colegas que critican la cultura racista de los Estados Unidos como socio-patogénica, vemos una deformación correspondiente en el sistema cultural latinoamericano que identifica a lo que es africano o amerindio, como una enfermedad social, cuyo remedio está en la mezcla e incorporación de sus elementos psicológicos y culturales. Como Stavenhagen ha mostrado, dicho proceso no constituye, de ninguna manera, un proceso de reestructuración del orden social (Stavenhagen, 1972). O, parafraseando las palabras de Eduardo de Oliveira e Oliveira sociólogo afrobrasileño, en su crítica al trabajo de Degler: "El mulato intenta escaparse de su posición discriminada, pero esa famosa huida es también una trampa preparada por el propio sistema social brasileño, que culmina con un aprisionar al mulato que se encuentra incapacitado para conceptualizar y adquirir su propia identidad" (Oliveira e Oliveira, 1974).

5. Sorprende cada vez más que el científico social mexicano no se interese en estudiar la asimilación, la etnicidad y la lucha de clases en las comunidades afromestizas de las dos costas del Atlántico y el Pacífico. Contrariamente a las versiones convencionales sociológicas, la total integración de los negros *no ha ocurrido*, y el proceso a través del cual es supuestamente *integrado*, tiene los mismos problemas ideológicos de base que las políticas indigenistas de asimilación. El problema de los valores coloniales y la subsecuente ideología neocolonialista deben ser atacadas dondequiera que se presenten, incluyendo la propia ciudad de México. De hecho, las hijas de Tonantzin (la figurilla diosa precolombina), quieren ser "rubias de categoría" (texto de un comercial de cerveza) por la misma razón que algunas mujeres afroamericanas en los Estados Unidos creen que las "rubias la pasan mejor" ("blondes have more fun").

6. Sostenemos la posición del colega Guillermo Bonfil Batalla en el sentido de que es necesario reforzar el análisis estructural de las relaciones existentes entre etnicidad, clase, minorías nacionales y colonias internas (Bonfil, 1974). Estamos aún en la controversia pionera en cuanto a estos temas.

7. También estamos de acuerdo con aquellos que afirman que la lucha de clases en el continente americano debe teorizarse como un esquema triangular teniendo en el vértice superior del triángulo el problema de la lucha de clases, y en los inferiores, claramente delineados los conflictos de identificación cultural y de raza. Si los científicos sociales encontramos dificultades en el tema, también los campesinos Quechua y Aymara de Bolivia han afirmado, justa y explícitamente, sus preocupaciones. (Manifiesto de Tiahuanaco, 1973). Dicho con palabras de Norman Girvan, un economista jamaiquino: "La ideología revolucionaria debe hablar por necesidad de la cuestión racial; esto es obvio, dada la existencia de dos o más grupos raciales en muchos países del hemisferio, que se encuentran en una situación similar ante la propiedad y el poder, pero que a la vez también están divididos entre sí por antagonismos generados históricamente a la vez estructurales e ideológicos." (Girvan, 1974).

Sólo si confrontamos, explícita y valientemente, el problema de la internacionalización operacional de los valores imperialistas en nosotros mismos, podremos llegar a una teoría y a una praxis que nos permitirán alejarnos de tales valores ideológicos.

BIBLIOGRAFIA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. *La población negra de México*, págs. 248-259, Fondo de Cultura Económica. México, 1972.
- Bonfil Batalla, Guillermo. Trabajo presentado al 73 - Reunión Anual de la American Anthropological Association en México, traducido al inglés por Angela Gilliam.
- Carvalho-Neto, Paulo. *El Folklore de las luchas sociales*, pág. 62, Siglo XXI, 1973, México.
- Davidson, David. "Negro Slave Control and Resistance in Colonial Mexico 1519-1650" en Price. R. *Maroon Societies*, 1973. Anchor Books, Garden City.
- Dzidziengo, Anani. Trabajo presentado en la "Black Brazil Conference at Harvard", Mayo, 1973.

- Frank, Andre Gunder. *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. New York: Monthly Review Press, 1969. págs. 143-213.
- Girvan, Norman. Aspects of Political Economy of Race in the Caribbean and the Americas: A Preliminary Interpretation. Trabajo presentado en la Conferencia sobre el Caribe, organizada por CLACSSO-UNAM. México, octubre, 1974.
- González Casanova, Pablo. *Democracy in Mexico*. New York: Oxford University Press, 1960, págs. 67-120
- González Obregón, Luis. *Rebeliones indígenas y precursores de la Independencia Mexicana*. Ediciones Fuente Cultural, 1951, México.
- Lewis, Diane. Anthropology and Colonialism en: *Current Anthropology*. diciembre, 1973. Vol. 14, Núm. 5, pág. 581.
- Martínez-Alier Verena. *Marriage Class and Colour in Nineteenth Century Cuba*. Cambridge, Cambridge University Press, 1974.
- Oliveira e Oliveira, Eduardo. "O Mulato: Um Obstáculo Epistemológico. en *Argumento*, Año 1. Núm. 3. Enero 1974, Sao Paulo, Brazil.
- Remy, Anslm. Ethno-Class and Worker's Consciousness in a French Caribbean Island: Martinique. Unpublished paper, 1970.
- Solanas, Fernando. *La Horna de los Hornos*, film. Argentina, 1968.
- Stavenhagen, Rodolfo. *Sociología e Subdesarrollo*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.
- Manifiesto Tiahuanacu. Trabajo enviado a INDIGENA por el grupo boliviano campesino indio MINK'HA. julio, 1973.
- Warman, Arturo. "Todos Santos y Todos Difuntos" en: *De eso que llaman la antropología mexicana*, por A. Warman, M. Nolasco. y col., Editorial Nuestro Tiempo. México, 1970, págs. 9-38.



HACIA UNA ARQUEOLOGIA COMPROMETIDA

Eduardo Matos Moctezuma

La arqueología en México tiene por punto de partida el interés que en la época prehispánica se despierta a finales del siglo XVIII, ya que una vez consolidada la dominación colonial algunos siglos antes, se pierde ese interés, y el indígena pasa a un sometimiento que lo convierte en objeto de explotación para los fines de la corona española.

Es significativo que en los albores de la Independencia se vuelve a suscitar el interés por el tiempo pasado prehispánico. Así ocurre con el hallazgo de la Coatlicue y la Piedra del Sol, ocurridos en 1790, en las obras que el virrey Revillagigedo emprende en la Plaza de Armas de la ciudad de México (zócalo), y con el estudio que de ello realiza don Antonio León y Gama. Otro ejemplo podría ser el sermón que fray Servando Teresa de Mier dice ante las autoridades coloniales, el 12 de diciembre de 1794, en el cual utiliza la figura de Quetzalcóatl como elemento importante contra los españoles. El discurso le acarrea el ser juzgado y deportado a España.

Después del movimiento independentista, vemos cobrar un nuevo impulso hacia los finales del siglo XIX, cuando se hacen diversos estudios, tanto de viajeros como de nacionales, presentándose un gran interés por lo pasado. Esto nos lleva al momento del porfiriato en que el gobierno emprende las primeras obras de importancia. Así tenemos que, a principios del siglo XX, o sea en 1905, dan comienzo las obras de excavación y reconstrucción en Teotihuacán llevadas a efecto por don Leopoldo Batres, por

iniciativa de la Secretaría de Educación Pública a fin de celebrar el Centenario de la Independencia, con lo que, como hemos dicho en otra ocasión: "El régimen sólo utilizó a la arqueología para crear una fachada político-cultural. En resumen, podríamos decir que se carecía de postulado y de una problemática específica por resolver, dando por resultado que la arqueología sirviera como medio para emprender obras de reconstrucción monumental con fines político-culturales".¹

Con la lucha armada que se inicia en 1910, surgen nuevos valores en los diferentes campos del conocimiento, que se anteponen a lo anterior. Respecto de la ciencia arqueológica, va a corresponder a don Manuel Gamio el negar la arqueología que se había venido practicando hasta el momento. Así, podríamos considerar sus conceptos sobre la disciplina, cuando dice:

"... la falta de conceptos, de tendencias, de métodos, de perspectivas y de encadenamiento lógico que antecede a las escasas investigaciones propiamente arqueológicas que se emprenden las cuales, por lo tanto, resultan aisladas e inconexas".²

A él se debe el primer trabajo estratigráfico ejecutado en América y su proyecto integral en el Valle de Teotihuacán, en donde por primera vez trata de integrar en un estudio a diferentes ramas de la antropología y de otras ciencias.

Sin embargo, años más tarde, volverá a tomar auge una de las corrientes de la arqueología: la de la reconstrucción monumental.

Es interesante señalar cómo esta corriente va a dedicarse principalmente al estudio de los centros ceremoniales o de los palacios de la clase dirigente prehispánica. Aunque se aportan datos de interés indudable, es evidente que un enfoque de este tipo no va a darnos la visión de una sociedad como un todo integral y dentro de un proceso de desarrollo general, ya que éste es el fin de la arqueología como ciencia. Y no queda allí: la arqueología deberá dar, a través del estudio de los procesos de desarrollo en lo pasado, la idea de cambio constante que servirá para entender el momento que vivimos, y lo que es más importante: unido con las otras ramas de la ciencia social, deberá dar

¹ Matos Moctezuma, Eduardo. "Proyecto Tula: objetivo y método" en *Proyecto Tula*, 2a. parte, serie científica, INAH, México.

² Gamio, Manuel. "Metodología para las investigaciones arqueológicas en México" en *Manuel Gamio: Arqueología e Indigenismo*, Edit. Sep-Sentas, Núm. 24, México, 1972.

las directrices que han de seguirse en lo futuro transformando en metas más justas la sociedad en que nos desarrollamos.

Es así como nos permitimos hablar de una ciencia social comprometida, dentro de la cual la arqueología también tiene un compromiso inmediato: el romper con los conceptos tradicionales que han dado de la arqueología una imagen de piezas bonitas y grandes pirámides, las que finalmente son utilizadas para los espectáculos de luz y sonido, en donde además se tergiversa la verdad histórica y se mutila y distorsiona la integridad del monumento; el romper con aquellas posiciones que han hecho de la arqueología una técnica al servicio del turismo, cuyo beneficio es para empresas privadas, y no para el pueblo mismo; el romper con aquellas que, por satisfacer particulares intereses, destruyen y se apropian ilícitamente del patrimonio cultural arqueológico... y sentar un compromiso verdadero con nuestro pueblo, dedicándonos al estudio de los procesos sociales de desarrollo, que permitan tener una visión real de las etapas de cambios cuantitativos y cualitativos por las que se ha pasado, del surgimiento del estado prehispánico como elemento coercitivo en donde una clase ostenta el poder mientras otra está siendo explotada, y, como todo el aparato ideológico, está al servicio del grupo dirigente.

Es necesario que lo anterior quede plasmado a través de los medios de difusión; como son los museos, hoy por hoy, lugares donde se exhiben piezas sobresalientes de diversas culturas, lo que da una imagen falsa de la sociedad prehispánica, al no exponerse las contradicciones sociales que existían desde entonces.

Para resumir lo antes expuesto, podemos decir lo siguiente:

La arqueología, como ciencia, está ubicada dentro de la ciencia social, al tratar de estudiar las pasadas sociedades en su proceso de desarrollo social. Pero el interés por conocer este proceso es obtener una visión histórica, y por eso decimos que, unida a las demás ramas de la ciencia social, servirá para entender el momento que actualmente se vive, y lo que es lo más importante, para ver las directrices que se presentan hacia lo futuro, a la vez que para plantear los cambios que sean necesarios. Es en esto donde surge el compromiso inmediato de la arqueología: un compromiso total con la sociedad y con la parte más dinámica de la misma: el pueblo de México.

PLANTEAMIENTOS CONCRETOS:

Para poder llevar a cabo una verdadera arqueología compro-

metida, es necesario, en términos generales, lo siguiente:

1. Discusión, a nivel de los especialistas, para aclarar y precisar los objetivos de la arqueología como ciencia.

2. Programar, con base en lo antes expuesto una política de investigación arqueológica, a nivel nacional. En ella deberán quedar incluidos los proyectos internacionales que se realizan en México, con el fin de que se adecúen a la planificación general.

3. Contar con los medios indispensables para llevar a cabo los programas aceptados, y no estar sujetos a contar con medios suficientes sólo cuando, por interés gubernamental, se solicita la excavación de una zona arqueológica determinada. Esta práctica debe desecharse.

4. Reglamentar todo lo relacionado con las normas de restauración monumental, a fin de que no haya un abuso en ellas. Existen ya principios básicos que empiezan a ser aplicados en este campo.

5. Que los medios de difusión (publicaciones, museos) cuenten con los fondos suficientes para llevar al público una visión integral de las sociedades, y no en la forma parcial en que, por lo general, se ha practicado.

OBSERVACION MILITANTE EN UNA "VILLA MISERIA"

Por Andrés Serbín

El desarrollo de una experiencia de observación militante¹ y comunicación horizontal² en una "villa miseria" de la ciudad de Buenos Aires, es parte de la enriquecedora etapa de discusión y compromiso que viven, en los últimos años, las investigaciones sociales en los países del Tercer Mundo, y del proceso de descolonización cultural que se gestan en ellos. Lo relevante de este tipo de experiencias está fundamentalmente en el aporte que pueden hacer las ciencias sociales a las luchas de liberación que, día tras día, se desencadenan y crecen en la periferia del imperio, y en el significativo apoyo que pueden prestarles los científicos sociales comprometidos con ellas, rompiendo su tradicional enclaustramiento académico y volcando su conocimiento en la realización de sociedades independientes, más justas y más humanas.

¹ Cfr. Stavenhagen, R. 1974 ¿"Cómo descolonizar las ciencias sociales?", en: *Sociología y subdesarrollo*, ed. Nuestro Tiempo, México.

Fals Borda, O. 1973. "Reflexiones sobre la aplicación del método de Estudio-acción en Colombia", en: *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo.

² Cfr. Gerace Larufa, F.: Comunicación horizontal, ed. Studium, Lima.

metida, es necesario, en términos generales, lo siguiente:

1. Discusión, a nivel de los especialistas, para aclarar y precisar los objetivos de la arqueología como ciencia.

2. Programar, con base en lo antes expuesto una política de investigación arqueológica, a nivel nacional. En ella deberán quedar incluidos los proyectos internacionales que se realizan en México, con el fin de que se adecúen a la planificación general.

3. Contar con los medios indispensables para llevar a cabo los programas aceptados, y no estar sujetos a contar con medios suficientes sólo cuando, por interés gubernamental, se solicita la excavación de una zona arqueológica determinada. Esta práctica debe desecharse.

4. Reglamentar todo lo relacionado con las normas de restauración monumental, a fin de que no haya un abuso en ellas. Existen ya principios básicos que empiezan a ser aplicados en este campo.

5. Que los medios de difusión (publicaciones, museos) cuenten con los fondos suficientes para llevar al público una visión integral de las sociedades, y no en la forma parcial en que, por lo general, se ha practicado.

OBSERVACION MILITANTE EN UNA "VILLA MISERIA"

Por Andrés Serbín

El desarrollo de una experiencia de observación militante¹ y comunicación horizontal² en una "villa miseria" de la ciudad de Buenos Aires, es parte de la enriquecedora etapa de discusión y compromiso que viven, en los últimos años, las investigaciones sociales en los países del Tercer Mundo, y del proceso de descolonización cultural que se gestan en ellos. Lo relevante de este tipo de experiencias está fundamentalmente en el aporte que pueden hacer las ciencias sociales a las luchas de liberación que, día tras día, se desencadenan y crecen en la periferia del imperio, y en el significativo apoyo que pueden prestarles los científicos sociales comprometidos con ellas, rompiendo su tradicional enclaustramiento académico y volcando su conocimiento en la realización de sociedades independientes, más justas y más humanas.

¹ Cfr. Stavenhagen, R. 1974 ¿"Cómo descolonizar las ciencias sociales?", en: *Sociología y subdesarrollo*, ed. Nuestro Tiempo, México.

Fals Borda, O. 1973. "Reflexiones sobre la aplicación del método de Estudio-acción en Colombia", en: *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo.

² Cfr. Gerace Larufa, F.: Comunicación horizontal, ed. Studium, Lima.

El trabajo desarrollado, entre 1971 y 1973, en una "villa miseria" de Buenos Aires, es uno de los muchos ejemplos de las posibilidades que se abren a una ciencia social comprometida, con una práctica en los sectores oprimidos, y de la creadora amplitud que pueden tener las técnicas antropológicas tradicionales y los medios masivos de comunicación al ser utilizados en un contexto ideológico distinto.

La "villa miseria" N.N.:

N.N. es una típica "villa miseria" de la ciudad de Buenos Aires, con todas las características propias de otros sitios urbanos marginales de América Latina, y con una población aproximada de 8 000 habitantes, distribuidos en cinco manzanas incrustadas en un barrio de clase media que originariamente se proyectaba como zona residencial. Los terrenos sobre los que se hacían las precarias viviendas de N.N. son propiedad de una viuda que, a mediados del año 1971, y luego de 20 años de tramitaciones y juicios, aún no había ganado la sucesión. En este lapso, los terrenos habían sido ocupados paulatinamente por migrantes del interior del país: paraguayos, bolivianos y elementos del hampa porteña, desplazados de varios lugares de la ciudad. Esta heterogeneidad de la población de la "villa" no impidió su crecimiento y consolidación, con la consiguiente proliferación de pequeños negocios de venta de alimentos y artículos de primera necesidad (especialmente almacenes y verdulerías) la mayor parte en manos de migrantes bolivianos y paraguayos (dedicados principalmente a establecer carnicerías); la apertura de reducidos bares y de salones de billares, todos distribuidos dentro del perímetro de la "villa" y orientados a satisfacer las necesidades de sus habitantes, de tal manera que éstos rara vez se ven obligados a abastecerse fuera de N.N.

Como en otras "villas miseria" de Buenos Aires, la mayoría de la población masculina no dispone de ocupación fija y debe recurrir a diversos trabajos temporarios ("changas") para poder vivir. Sin embargo, también existe una alta proporción de obreros de la construcción, incluso especializados (mecánicos, torneros, etc.). Un gran porcentaje de las mujeres de N.N. son reclutadas para el servicio doméstico en las zonas residenciales cercanas.

No obstante, la "villa" presenta un aspecto menos precario que otras "villas miseria" de la ciudad y sus alrededores, ya que, a lo largo de sus 20 años de existencia, las casas, hechas de latas y desechos, han sido transformadas gradualmente en construcciones de material, muchas de ellas revocadas y pintadas. Hacia 1971,

merced a la iniciativa de una incipiente junta vecinal, la mayoría de los pasillos que se diseminan por el interior de las manzanas habían sido asfaltados; se habían construido zanjas y cañerías para evitar su anegamiento en los días de lluvia; y se habían instalado nuevas canillas para la distribución de agua potable.

A mediados de 1971, sobre N.N. se cierne la amenaza del desalojo, al iniciar la dueña de los terrenos una serie de medidas judiciales para expulsar a sus habitantes. Ante esta situación, la junta vecinal, hasta entonces entregada a tareas de mejoramiento de los barrios, reacciona desarrollando una activa campaña de difusión de los derechos de los "villeros", organizando, paso a paso comisiones que a su vez eligen delegados para participar en la junta, y echando mano de todos los recursos necesarios en defensa de los habitantes. En estas tareas, dicha junta es apoyada por el comité local del movimiento peronista. Sucesivas asambleas, y reclamos ante las autoridades municipales y nacionales, van consolidando una incipiente lucha por las tierras que, en ese momento político, se incorpora a una amplia serie de luchas reivindicativas similares que agitan todo el país, las cuales irán conduciendo a un decisivo enfrentamiento de los sectores populares con la dictadura militar que unida a los monopolios internacionales, gobierna en estos años la Argentina.

En esta etapa de intensificación de la lucha en la "villa", se incorpora, como miembro a la junta vecinal, un antropólogo, militante del movimiento nacional mencionado antes que, entre los años 1971 y 1973, tomará parte en el proceso de organización y movilización política que vive N.N. y desarrollará una observación-inserción, "involucrándose dentro del proceso y tomando una posición a favor de determinadas alternativas..."³

Una experiencia de observación militante y comunicación horizontal:

El trabajo ejecutado, entre 1971 y 1973, en N.N., por el antropólogo a que hemos aludido, consta de varias etapas coincidentes, en líneas generales, con las etapas de inserción y observación de una investigación antropológica clásica, pero acompañadas de una activa intervención orientada a la incitación o agitación táctica alrededor de reivindicaciones locales,⁴ con el objeto de elevar los

³ Vessuri, H. 1973: "La observación participante en Tucumán, 1972", en: *Revista Paraguaya de Sociología*, Asunción.

⁴ Fals Borda, O. op. citada.

niveles de conciencia y organización política de los habitantes de la "villa".

El primer paso consistió, en la vida de la "villa miseria" de N.N., en el reconocimiento del antropólogo como un miembro más de la población de N.N. y el establecimiento de sólidos vínculos entre él y los "villeros". Las dificultades normales inherentes a esta etapa fueron superadas fundamentalmente merced a los siguientes factores:

a) Una previa relación de vecindad, ya que el "investigador" vivió 5 años dentro de los límites de la "villa", y era identificado como "del barrio", pese a pertenecer a otra capa social.

b) La presentación del antropólogo a la junta vecinal y su incorporación a ella, en calidad de colaborador, fueron hechas por uno de los líderes más destacados, con la consecuente aceptación del "investigador" como un participante más en la lucha del barrio.

c) La amistad personal del antropólogo con algunos habitantes de N.N., al margen de las tareas políticas en curso.

El desarrollo de esta etapa, basada en la creciente identificación del antropólogo y en la confianza puesta en él, por parte de la gente de la "villa", se prolongó por un período de 3 meses, en el transcurso de los cuales éste cumplía semanalmente con sus responsabilidades políticas durante 3 ó 4 noches laborables, y además cooperaba todos los fines de semana, con dedicación total, a las actividades de la junta vecinal, sin dejar de asistir a partidos de fútbol, casamientos, bailes, asados, bautismos, y otros acontecimientos sociales de la "villa". La presencia de miembros de la junta vecinal y de vecinos en la casa del antropólogo, ubicada dentro de los límites de N.N., fue decisiva para su incorporación a la vida del barrio. Al final de esta etapa, su presencia era reconocida como habitual por casi todos los vecinos, y sus relaciones con ellos se desarrollaban en el marco de mutuos saludos cotidianos y eventuales conversaciones y mateadas de "vereda", al margen de sus tareas específicas en la junta. La segunda etapa de este proceso se inicia luego de que el "investigador" hubo adquirido un rol definido dentro de la junta vecinal, como miembro activo de ella, y de ser reconocido por el barrio como "de adentro". En esta etapa, de una duración aproximada de 6 meses, se comienzan a utilizar en forma sistemática las siguientes técnicas antropológicas tradicionales:

a) Observación participante, paulatinamente derivada a observación e intervención.

b) Control de la observación obtenida, por medio de la participación de informantes claves.

c) Entrevistas abiertas e informales, que en algunos casos son grabadas.

De esta manera se detectan algunos de los problemas que se le presentan a la junta vecinal en su trabajo de organización, principalmente respecto de conflictos interétnicos y por lo que se refiere a fricciones y reyertas provocadas por los delincuentes ("charritos") con el resto de la población "villera".⁵ A medida que la información proporcionada por el "investigador" sobre algunas de las líneas de conflicto en el barrio y sus características se hace, de día en día, más útil para las determinaciones de la junta vecinal, a la par adquiere un carácter más riguroso. Los datos obtenidos, después de algunas discusiones con otros miembros de la junta, en vez de seguir el clásico proceso de análisis, elaboración y/o comunicación académica, son devueltos al grupo, en forma sintetizada y ordenada, el cual inicia una tercera etapa de la observación militante. En ella, la información obtenida sistemáticamente, incluso con la ayuda de guías de trabajo de campo tradicionales, es discutida, por todos los delegados que integran la junta vecinal. En algunos casos, el "investigador" introduce algunas sugerencias sobre las posibles soluciones inmediatas a los problemas planteados, o sobre la manera de hacerles frente (por ejemplo, el señalamiento de la necesidad de visualización y superación de los conflictos interétnicos para lograr una mayor unidad combativa, y las razones políticas e históricas de la discriminación existente para con algunos de los grupos étnicos de la "villa"); pero, en general, el sentido común y la experiencia propia de los delegados de la junta, al quedar hecho el señalamiento, encuentran gradualmente las salidas adecuadas. Por lo que toca a los problemas locales que se presentan, son proyectados sobre la realidad nacional y relacionados con los conflictos e intereses de clase generados en ella, revertiéndose este análisis sobre las subsiguientes etapas de lucha del barrio; evaluándose las medidas de fuerza convenientes para la coyuntura política que se vive, y el

⁵ El papel de los "corritos" dentro del proceso de politización de la "villa", siempre consistió en apoyar la presencia de caudillos políticos ajenos a esta o, en algunos casos se mezcló en la acción con grupos de derecha que buscaban sabotear el trabajo de la junta vecinal. En esto inició su temor, como realmente sucedió, a la aparición de organismos de control del barrio surgidos de la "villa" que comenzaran a limitar los frecuentes robos y crímenes que se cometían en N.N.

margen de acción que hace posible utilizar y profundizar en las contradicciones existentes en el país y su incidencia en las situaciones por las que atraviesan los habitantes de la "villa", tanto personalmente, en sus trabajos y relaciones cotidianas, como colectivamente, como marginados en lucha por las tierras de N.N. En estas discusiones, el "investigador" se limita a proporcionar la información necesaria, y a señalar algunas líneas problemáticas y sus posibles interconexiones, manteniendo, por lo demás, su papel de colaborador, sin asumir en ningún momento el rol de inductor o coordinador del grupo; rol que está a cargo de los dirigentes naturales de la junta vecinal. Además, la dinámica de los componentes de la junta tiende a configurar un "grupo operativo",⁶ donde el coordinador es alguno de los líderes de ella.

La necesidad de difundir los resultados de la movilización entre los vecinos de N.N. y de incitarles a participar en ella, juntamente con el desarrollo de la organización de los barrios da pie para una propuesta de algunos de los miembros de la junta vecinal de utilizar técnicas audiovisuales a fin de consolidar este proceso. En la tercera etapa de trabajo que se abre con esta propuesta, se introduce la idea de que este tipo de información sea elaborado por un equipo de delegados, y de que éstos adquieran un buen entrenamiento previo.

En tal caso, el rol del "investigador" es definido explícitamente, y se le asigna la responsabilidad de ir filmando las diversas escenas de la lucha en las barriadas, simultáneamente con el entrenamiento de dos compañeros de la junta en la filmación, montaje y sonorización de esa película. El equipo técnico necesario para esta experiencia es proporcionado por el propio "investigador", y los materiales, financiados por los aportes de los miembros de la junta y por colectas hechas entre los vecinos. Las posibilidades técnicas y el poco costo de los materiales de Super 8, tradicionalmente un metraje de aficionados, permite poner en marcha este proyecto con muy poco desembolso. Las escenas filmadas en las sucesivas movilizaciones, luego de reveladas, son proyectadas, pasillo por pasillo, patio por patio, y seguidas de asambleas en donde los vecinos discuten y presentan nuevas propuestas para la lucha por sus tierras. Los resultados de esta experiencia se hacen patentes al incrementarse el número de participantes en las asambleas (con consecuentes fenómenos de identificación con los protagonistas de las movilizaciones filmadas, reconocimien-

⁶ Cfr. Bleger, J. 1970: "Grupos operativos", mimeografiado, Escuela de Psicología Social Pichon Riviere, Buenos Aires.

to de parientes y vecinos, reacciones de hostilidad ante la represión policial, etc.), y al aumentar, paralelamente, el número de activistas y delegados de la junta vecinal, con el consiguiente fortalecimiento de la organización de los barrios.⁷

En un segundo momento de este trabajo, a mediados del año 1973, se monta una crónica filmada de la organización y movilización en la "villa" de N.N.; crónica que es difundida en otras "villas miseria" del país que han afrontado o afrontan problemas similares, y asimismo en otros medios, como el universitario y el sindical, como ejemplo de experiencia de organización.

Tanto la realización de las filmaciones parciales, como el montaje, sonorización y proyección definitivos, son llevadas a cabo por compañeros de la junta vecinal, limitándose la colaboración del "investigador" al asesoramiento técnico.

El éxito de esta experiencia de comunicación horizontal,⁸ donde son los mismos pobladores de la "villa" los que producen la información, la procesan, la reelaboran y la difunden en función de sus propios códigos ideológicos y culturales, permitió en una última etapa de trabajo la introducción de otros medios de comunicación utilizados con los mismos criterios de creación y difusión horizontal, y orientados no sólo a aspectos definidamente políticos, sino también a la recuperación y difusión de expresiones culturales propias de los distintos grupos étnicos de la "villa", en un proceso de rescate y revalorización de la cultura popular. Con estos objetivos, se procedió a la creación, mediante un sistema de altoparlantes, de un circuito de la radio vecinal a cargo de miembros de la junta, difusor de noticias locales y de informaciones políticas nacionales e internacionales, junto a expresiones musicales a cargo de cantantes y conjuntos aficionados o profesionales del barrio (habitualmente amenizadores de fiestas, bautismos y cumpleaños en la "villa"), y a comentarios y entrevistas de los habitantes de N.N., con opiniones y propuestas sobre diversos problemas locales y distintos aspectos de la coyuntura política nacional. En esta etapa, la realización del proyecto quedó definitivamente en manos de los miembros designados por la junta, y la intervención del "investigador" se redujo a algunas sugerencias técnicas, hasta su traslado, a mediados de 1973, a otro frente político.

⁷ Cfr. Serbin, A, 1973: "Cine y movilización popular", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 2, La Plata.

⁸ Gerace Larufa, F.: op. cit.

Observación militante y comunicación horizontal:

Los aspectos principales de esta experiencia de observación militante y comunicación horizontal, descritos brevemente en función de las etapas seguidas y de las implicaciones metodológicas de las mismas, más que en sus connotaciones ideológicas, nos permite visualizar la relevancia que pueden adquirir las técnicas antropológicas y los medios de comunicación habitualmente utilizados con criterios y fines radicalmente distintos, cuando son orientados a una tarea de desarrollo de los niveles de conciencia y organización de las clases populares.

La experiencia de la "villa" N.N. nos permite precisar también algunos de los rasgos de la redefinición del rol del "investigador" social en los procesos de transformación que viven los países dependientes, al trastocarse el científico social tradicional en un informante clave de la cultura dominante, de sus mecanismos y de sus técnicas, para su reelaboración y reutilización por los sectores populares, a través de una observación militante, donde "se comienza con un compromiso serio y respetuoso con las gentes que se estudian y con el proceso social en el que se va inmerso; se dirige su atención a las contradicciones del sistema para entenderlas y manejarlas en cooperación estrecha con los grupos claves de base; se ensaya hurgar el sistema y agitar tácticamente para determinar sus reales áreas de tensión, provocar las instituciones, destruir mitos y tomar parte, junto con los grupos de base, en los choques inevitables; y se devuelven a estos grupos, con mayor claridad, y sistematizadas, las ideas que se recibieron de ellos en confusión."⁹

Sin embargo, a diferencia de otras experiencias similares, en el caso de N.N., el "antropólogo" nunca asumió un papel explícito de investigador, sino que siempre fue identificado como cuadro político que, en función de un mayor manejo de información especializada y una determinada preparación previa, podría ayudar a ubicar algunos de los conflictos más inmediatos de la "villa"; a precisar sus posibles causas, a nivel nacional, y su conexión con conflictos de características más amplias; y a asesorar en ciertos aspectos estrictamente técnicos. La identificación del "investigador" como cuadro político y su actuación como tal, implicó también que su participación, mediante el control ejercido por su movimiento político y por los delegados de la junta, no derivase

⁹ Fals Borda, O.: op. cit.

de ningún tipo de manipulación, y se atuviese a las directivas emanadas del propio proceso de organización de N.N.

A pesar de que la inserción del "investigador" siguió las etapas clásicas del método etnográfico, las características de este tipo de inserción, con su especial hincapié en una relación de respeto a la gente, hizo posible la concreción de un vínculo más sólido con el grupo, y el cual redundó en beneficio del trabajo político, de un mayor aporte al proceso de organización y concientización encarado por la junta vecinal y la agrupación política, y una mayor eficacia de organización en la lucha que agitaba los ánimos en la "villa".

La definida identificación del "antropólogo" con un movimiento político de hondo arraigo en las masas y de amplio desarrollo (pese a la represión oficial), a nivel nacional, no hizo que menguara en ningún momento, su trabajo en N.N. Por el contrario, aceleró sus posibilidades de efectuar un aporte concreto a las necesidades del barrio, y permitió una mayor delimitación de su papel y su actuación en la "villa", sin que su presencia produjera los habituales recelos frente a la entrada de extraños en N.N.

En el caso de la "villa" de N.N., las posibilidades de implementación de la observación militante de estas características, se acrecentaron en alto grado por la introducción del cine como elemento de apoyo y difusión horizontal, y la ventaja de poder operar con elementos concretos.

La importancia que puede adquirir la transferencia de los medios masivos de comunicación a los sectores populares, es un tema largamente tratado por la literatura política latinoamericana. Sin embargo, la instrumentación de experiencias concretas ha estado circunscrita a algunos países, especialmente Chile, hasta 1973, Colombia, y actualmente Perú.

La posibilidad de que sectores populares puedan acceder a una tecnología habitualmente vedada a ellos, y a conferirle a su utilización un cariz acorde con sus necesidades y sus proyectos políticos, muestra las potencialidades de estos medios al ser rescatados en un contexto ideológico distinto. La tan difundida propuesta de "devolverle el habla al pueblo" (cfr. Mao) pasa fundamentalmente por esta transferencia de los medios de comunicación masiva, y su utilización política en un proceso de liberación. Para ello, son válidos ciertos medios de difusión tan poco sofisticados como el periódico mural o el boletín mimeografiado, o los más refinados tecnológicamente, como el cine o la radio.

Estos últimos, pese a su aparente complejidad técnica, reade-

cuados a las necesidades del grupo político, pueden ser utilizados en un contexto distinto, en la medida en que una gran parte de su sofisticación puede ser reducida y simplificada. Las dificultades que esto presenta no son tanto de orden técnico, sino que más bien estriban en que la propia concepción tecnológica de estos recursos es coherente con la concepción ideológica que los controla, y tiende a su aprovechamiento por parte de especialistas del sistema.

La importancia del rescate de los procedimientos audiovisuales se hace evidente en la experiencia de N.N., donde luego de los efectos producidos por el cine y la televisión oficial, la "villa" estuvo en condiciones de reproducir su propia imagen y reconocerse en la gestación y en la historia de su propia lucha, y en los elementos de signo contrario a la ideología de las clases dominantes, indispensables en la consolidación de la conciencia política de los "villeros". El papel que la película "Los villeros en acción" tuvo en el crecimiento de la organización política local y en la conformación del movimiento villero, a nivel nacional, rebasa las limitaciones propias de los alcances de volantes y boletines periódicos, en la medida que colaboró con mayor eficacia en la incrementación de discusiones políticas y en la elaboración de propuestas, procurando producir un efecto mucho más directo y accesible a una población con alto grado de analfabetismo, habituada a relacionarse con mayor facilidad con la imagen que con la palabra escrita. Uno de los factores que incidió, de manera especial, en este efecto, fue una identificación más definida con los protagonistas, realizadores y presentadores del film.

Las consideraciones anteriores son válidas para la experiencia radial, que introdujo expresiones culturales y políticas distintas e incrementó la identificación con las tareas de la junta, además de aumentar la participación en la lucha de los "villeros".

El fenómeno de desplazamiento de la televisión, como instrumento informativo que se produjo al introducir un cine y una radio controlada y dirigida por los propios protagonistas del proceso, marcó también las posibilidades contraculturales de esta experiencia al reemplazar la acción ideológica masiva tradicional, con una participación creativa en un ambiente que permitiese otra forma de expresión. La posibilidad que se abrió de participar y de crear, política y culturalmente, dio por resultado que desapareciera la pasividad impuesta por los *medios de comunicación del sistema*, e hizo asumir a la gente un rol activo que produjo

una mayor capacidad de movilización y organización política.

Los logros de esta experiencia, apenas esbozados, y que permitirían una mayor elaboración a partir de algunas de las líneas apuntadas, se revelan en el crecimiento de la organización del barrio; en la ruptura de los circuitos tradicionales de información, a la par que fueran reemplazados por una comunicación horizontal generada en la propia "villa"; y en el incremento de los niveles de participación y conciencia política de los "villeros", expresadas en el desarrollo de organizaciones revolucionarias, y en su afiliación al movimiento de liberación nacional.

Opinión estudiantil

Toda la revista NUEVA ANTROPOLOGIA está abierta a la publicación de trabajos de estudiantes y antropólogos de la ENAH o de otras instituciones, ya que el Consejo Editorial ha considerado que el único criterio para la selección de los artículos debe ser la calidad. Sin embargo, se ha querido estimular a los estudiantes, dándoles oportunidad para que publiquen trabajos muy breves, frecuentemente elaborados para los cursos, y los cuales no podrían ser incluidos como artículos acabados.

LA COYUNTURA ELECTORAL DE 1976

Ma. del Rayo Mena

Las elecciones de 1976 presentan hechos que rompen con las tradiciones electorales que se venían llevando a cabo en los últimos cinco procesos electorales. Particularmente, porque el candidato oficial realiza su campaña sin oposición registrada, cosa que no había sucedido en el país, desde que Obregón figuró como candidato presidencial reeleccionista.

Este suceso echa por tierra el supuesto modelo de democracia burguesa, con base en dos partidos "fuertes" (que sería el modelo de democracia burguesa norteamericana), y la cual supuestamente debería existir en México.

Otros hechos importantes han sido el surgimiento de partidos de oposición con orientación socialista PMT y PST (no registrados); la campaña de Valentín Campa como candidato a la presidencia de la República por el PCM, y la crisis de los partidos comparsas, PAN y PPS, los que evidenciaron que ninguno representa una alternativa diferente de la del PRI.

Consideramos que, para entender la coyuntura electoral desde el

punto del marxismo-leninismo, se debe partir de un análisis de las condiciones objetivas y subjetivas; es decir, un análisis concreto de la estructura y de la superestructura, que nos dé una visión clara de las alternativas de las clases sociales en conflicto, incluyendo las contradicciones de las fracciones de una misma clase social.

Consideramos, asimismo, que la actual crisis económica y política debe ser ubicada como la conjunción de dos procesos dialécticamente unidos: a) la crisis más profunda del capitalismo mundial desde 1929; b) la crisis estructural del capitalismo en México.

Debemos decir que, desde fines del siglo pasado, las crisis del capitalismo internacional han producido en México cambios en la estructura social, ya que la resolución de toda crisis implica ajustes entre la superestructura y la base económica, que hagan posible la acumulación del capital; ajustes sin los cuales dicha acumulación no se llevaría a cabo o se dificultaría.

La experiencia más eficiente fue la de las reformas del cardenismo que, además de la nacionalización de los sectores clave de la economía, produjeron una depuración del aparato de control del movimiento obrero (CROM de Morones), reorganizándolo en una Central más amplia (Central de Trabajadores de México), y cuya dirección coincidía con los intereses de la burguesía más avanzada. También implicó una reforma agraria que, al mismo tiempo que liberaba la mano de obra para la industria, mantenía a las masas campesinas en el medio rural.

En nuestra opinión, la burguesía pretende resolver la crisis mediante las reformas actuales, inspiradas en el cardenismo, al menos ideológicamente ("nacionalismo revolucionario" y la Constitución de 1917), fusionando el aparato estatal con el capital monopolizador, e implantando así un capitalismo monopolista de estado.

Según Lenin, el proceso de consolidación del capitalismo monopolista de estado, disminuye la represión del proletariado y hace crecer el aparato burocrático. La burguesía necesita de movilizaciones sociales que barran los obstáculos que impiden el desarrollo y la homogeneización del mercado interno, así como de un aparato institucional y administrativo que haga más eficiente la acumulación del capital por parte del sector monopolizador, tanto del sector privado como del estatal.

A grosso modo, este es el contexto en el cual se ubica la coyuntura, y la posición política debe tender a lograr mayores ventajas para las masas trabajadoras que, hasta ahora, se han caracterizado por su atraso político, ya que ellas son las que realizan las transformaciones sociales. ¿Se debe promover el abstencionismo? ¿Se debe participar en las elecciones, conociendo las declaraciones de la banca privada en contra del "quietismo social"? ¿Si se participa, cómo debe ser esta participación?

Empezaremos por rechazar el abstencionismo activo, ya que es una consigna muy limitada para las actuales demandas de las masas tra-

bajadoras; dado el nivel político en el cual se encuentran, esta consigna obstruye su desarrollo.

Creemos que los grupos y partidos de izquierda deben presentar una alternativa que deslinde las necesidades de la burguesía y las de las masas trabajadoras como clase social; esto es, unir las demandas de carácter económico con las demandas políticas, a fin de rebasar las reformas burguesas.

POLITICA AGRARIA

Alberto Vargas

El fenómeno migratorio, a pesar de que puede ser localizado en países industrializados, no se presenta en la forma dramática con la que se presenta en los países llamados subdesarrollados. Su aparición se debe a los problemas del subdesarrollo, puesto que la industrialización queda dirigida desde el extranjero. Se forman los centros industriales de acuerdo con la conveniencia de los países ricos, a través de la burguesía nacional; lo cual junto a una economía agrícola en desventaja, crea las condiciones para que exista una marcha interminable hacia los centros industriales que gozan de una gran oferta de mano de obra barata para la industria. A la vez, las empresas privadas tecnifican la explotación de tierra eliminando la competencia en el campo. En consecuencia, al campesino no le queda otro recurso que ofrecer su fuerza de trabajo, situación propicia al sistema capitalista.

El fenómeno migratorio rural urbano es común a los países subdesarrollados; existe, asimismo, el rural rural, y el rural urbano con carácter temporal, cuando se trata de trabajo con motivo de cosechas, zafra o trabajos citadinos.

La preocupación que ha ocasionado el fenómeno migratorio en la conformación de grandes conglomerados urbanos, es angustiosa, sobre todo para "las clases medias urbanas, que temen la invasión de "sus" ciudades por las "hordas bárbaras de campesinos."¹

Por consiguiente, una política agraria que ha tenido como única meta la repartición de tierras encontraría una secuencia lógica, en tanto se tratara de "reorganizar" la distribución de la población, dando "soluciones" a los problemas campesinos mediante la política de colonización.

En México, una de las razones que motivaron el movimiento armado de 1910 fue precisamente la existencia de grandes latifundios (haciendas), que estaban en manos de una burguesía terrateniente. Por una parte, mantenían acasillada a la mayoría de la población, y por otra parte, no daban oportunidad al capitalismo para seguir invadiendo el país, dado que explotaban al máximo la mano de obra. Esto debía traer como petición del campesinado mexicano y de otros sectores

¹ Claudio Stern. *Las migraciones rural-urbanas*, pág. 13.

bajadoras; dado el nivel político en el cual se encuentran, esta consigna obstruye su desarrollo.

Creemos que los grupos y partidos de izquierda deben presentar una alternativa que deslinde las necesidades de la burguesía y las de las masas trabajadoras como clase social; esto es, unir las demandas de carácter económico con las demandas políticas, a fin de rebasar las reformas burguesas.

POLITICA AGRARIA

Alberto Vargas

El fenómeno migratorio, a pesar de que puede ser localizado en países industrializados, no se presenta en la forma dramática con la que se presenta en los países llamados subdesarrollados. Su aparición se debe a los problemas del subdesarrollo, puesto que la industrialización queda dirigida desde el extranjero. Se forman los centros industriales de acuerdo con la conveniencia de los países ricos, a través de la burguesía nacional; lo cual junto a una economía agrícola en desventaja, crea las condiciones para que exista una marcha interminable hacia los centros industriales que gozan de una gran oferta de mano de obra barata para la industria. A la vez, las empresas privadas tecnifican la explotación de tierra eliminando la competencia en el campo. En consecuencia, al campesino no le queda otro recurso que ofrecer su fuerza de trabajo, situación propicia al sistema capitalista.

El fenómeno migratorio rural urbano es común a los países subdesarrollados; existe, asimismo, el rural rural, y el rural urbano con carácter temporal, cuando se trata de trabajo con motivo de cosechas, zafra o trabajos citadinos.

La preocupación que ha ocasionado el fenómeno migratorio en la conformación de grandes conglomerados urbanos, es angustiosa, sobre todo para "las clases medias urbanas, que temen la invasión de "sus" ciudades por las "hordas bárbaras de campesinos."¹

Por consiguiente, una política agraria que ha tenido como única meta la repartición de tierras encontraría una secuencia lógica, en tanto se tratara de "reorganizar" la distribución de la población, dando "soluciones" a los problemas campesinos mediante la política de colonización.

En México, una de las razones que motivaron el movimiento armado de 1910 fue precisamente la existencia de grandes latifundios (haciendas), que estaban en manos de una burguesía terrateniente. Por una parte, mantenían acasillada a la mayoría de la población, y por otra parte, no daban oportunidad al capitalismo para seguir invadiendo el país, dado que explotaban al máximo la mano de obra. Esto debía traer como petición del campesinado mexicano y de otros sectores

¹ Claudio Stern. *Las migraciones rural-urbanas*, pág. 13.

sociales, la repartición de la tierra; aspecto que si bien apareció en la Constitución de 1917, en opinión de Gutelman era necesaria una alianza: "Al nivel de los principios que rigen la vida social mexicana, dicha alianza debería traducirse en una constitución concebida para satisfacer una amplísima gama de intereses, a menudo contradictorios, y que daba a las diversas clases sociales, la posibilidad teórica de afirmar y de hacer aplicar algunas de las reformas que podían serle directamente favorables."²

Así también nació la idea postrevolucionaria de colonización, basada en el artículo 27 constitucional. Posteriormente se hicieron los códigos agrarios, el primero en 1934, que unificó el material existente al respecto dentro de un marco de grandes demandas populares.

A raíz del período presidencial de 1958-1964, la tensión del país creció, teniendo su expresión más clara en el movimiento ferrocarrilero sofocado el 28 de marzo de 1959,³ por lo que la política agraria se amplió para llegar a los nuevos centros de población ejidal, como una solución a los problemas campesinos. No obstante, el plan fue abandonado en el siguiente periodo, por una disposición presidencial concreta: "los terrenos nacionales y rústicos pertenecientes a la federación no podrán ser objeto de colonización."⁴ En consecuencia, los poblados hasta entonces ya establecidos, fueron olvidados, y quedaron aislados.

En la actualidad, los nuevos centros de población, que son en número de 37, divididos en tres cuencas (Baja California, Faja Fronte-riza y Sureste) han movilizad a 30 000 campesinos, según datos oficiales.

La cuenca del sureste cuenta con 14 de los nuevos centros de población, formados por gente proveniente de los estados de Coahuila, Michoacán, Guanajuato, Estado de México, Tlaxcala, Veracruz y Tamaulipas. Los centros están ubicados en la península de Yucatán, placa calcárea que, como sabemos, tiene una capa pequeña de tierra que mantiene una extensa selva, si bien cerrada, de pequeña altura. Cuando parte de la selva es desmontada, queda una tierra rica para las labores agrícolas. Sin embargo, de no tener cuidado, a la vuelta de cinco o seis años queda empobrecida y sujeta con facilidad a la erosión.

Como señalaba Gutelman, para 1917 los grupos que demandaban la tierra, necesariamente entraban en una alianza con sectores interesados en el desarrollo capitalista, alianza que continúa a través de décadas, y que tiene continuas manifestaciones.

La reforma agraria resulta ser mero paliativo para el sector campesino, hecho que se explica porque ellos no fueron quienes dominaron el movimiento de 1910, y mucho menos, quienes organizaron después el país. En este sentido, el campesinado se ha integrado al modelo capi-

² Michel Gutelman. *Capitalismo y reforma agraria en México*, pág. 73.

³ Cfr. Antonio Alonso. *El movimiento ferrocarrilero en México*, pág. 151.

⁴ Jesús W. Lázaro. *Los nuevos centros de población agrícola*, pág. 130.

talista mexicano, mediante la transferencia de valor que se efectúa en el mercado, y va quedando sujeto, de manera velada, a una completa depauperización, que aunada a la explosión demográfica, genera una migración continua.

Si el campesino sufre la invasión de un sistema diferente, con el cual mantiene una postura desventajosa, todas las concesiones que un grupo puede hacerle, no pueden tomarse sino como paliativos que han sido prescritos con base en las continuas presiones que los grupos populares ejercen en contra de esta explotación.

En consecuencia, la solución a los problemas campesinos no se puede reducir a una planeación o a medios técnicos; las relaciones de dependencia que el país mantiene con industrializados impiden que se tomen soluciones adecuadas. Por lo tanto, todo intento por resolver el problema, queda invalidado hasta que se modifiquen las relaciones de producción.